

Selección RNR

Te quiero, Marta

MARIA FERRER PAYERAS



Romance Actual

Te quiero Marta

Maria Ferrer Payeras



1.ª edición: septiembre, 2017

© 2017 by Maria Ferrer Payeras

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-834-1

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Jeroni
porque los de Sopa de Cabra se equivocaban*

*Para Andreu y Maria,
la felicidad es una maravilla diaria cuando estáis junto a mí*

*«Oh benvinguts, passeu, passeu
de les tristors en farem fum.
A casa meva és casa vostra,
si és que hi ha cases d'algú
[Oh bienvenidos, pasad, pasad
convertiremos la tristeza en humo.
Mi casa es vuestra casa,
si es que hay casas de alguien]»*

(Jaume Sisa, Qualsevol nit pot sortir el sol)

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Cita

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Epílogo

Agradecimientos

Promoción

CAPÍTULO 1

«Que se n’ha fet de les nits a la fresca
Petons i bromes a cau d’orella
Tot semblava tan senzill, tan real
[Qué ha pasado con las noches al fresco
Besos y bromas al oído
Todo parecía tan sencillo, tan real]»
(Els Pets, *Ulls de color mel*)

Acababa de dejar a mi marido en el aeropuerto después de pasar uno de los peores fines de semana de mi vida. Estaba tan enfadada, tanto, sujetaba el volante con tanta fuerza, que creía que se me rompería entre los dedos.

«¿Tú crees? —Podía oír en mi cabeza la voz de Paula, mi psicóloga—. ¿Que dentro de una hora estarás igual de enfadada? ¿Y esta noche? ¿Y mañana por la mañana?».

—¡Paula! —dije gritando—. ¡Sí! ¡Estaré igual de enfadada mañana, pasado mañana y, ¡sí!, ¡dentro de un millón de años también! Es tan egoísta, tan egocéntrico, tan detestable, tan cobarde, tan, tan, tan... ¿campana?

Me puse a reír con un ataque de histeria. Vaya chiste de mierda para recordar justo en ese maldito momento.

Paré el coche en el arcén de la autopista y continué riéndome hasta que rompí a llorar.

En realidad, y si lo pensaba con frialdad, nada de lo que había sucedido me sorprendía. Al fin y al cabo, no era más que el curso normal de las cosas. Tampoco estaba enfadada por lo que hacía referencia a mí. Estaba enfadada por lo que concernía a los niños.

Cuando conseguí serenarme un poco, me di cuenta de que era demasiado pronto para ir a trabajar.

—Y ahora ¿qué hago hasta las nueve?

De repente, me vino a la cabeza Ca'n Joan de S'aigo. Sí, me daría un gusto y tendría un rato para reflexionar ante una buena taza de chocolate caliente y una ensaimada.

Ca'n Joan de S'aigo es la chocolatería/heladería más antigua de Palma. Aparte de tener mucho prestigio no es el típico sitio al que acuden los turistas en masa, es más bien un lugar frecuentado por gente de la isla, en el sirven un chocolate con ensaimadas, ¡hmmm! Solo con pensarlo se me hizo la boca agua. Allí podría sentarme en una de las mesas más apartadas y pensar con tranquilidad en todo lo que había sucedido.

Hacía dos años que a mi marido le habían ofrecido un trabajo, como hubiese dicho mi abuela, «al otro lado del mar» (hay que decir que para la gente de la edad de mi abuela solo había dos lugares en el mundo: Mallorca y «fuera de Mallorca», que era lo mismo que hablar de otro planeta); es decir, al otro lado del mundo.

Él era cocinero, trabajaba para una cadena hotelera y le habían propuesto ir de chef, con un sueldo fenomenal, a un hotel de Cancún.

No lo pensó ni dos minutos, dijo que sí enseguida. «¡Hala, venga!».

¡Sí, me voy! Si a mi mujer y a mis dos hijos preadolescentes no les hace ni pizca de gracia, ¡ya veremos!

Se fue solo.

Eso hubiera tenido que darnos una pista de por dónde iban los tiros.

A los niños y a mí no nos apetecía nada tener que marcharnos. A mí me parecía que vivíamos bastante bien, que no necesitábamos más dinero, ni que para conseguirlo debiéramos sufrir un cambio de vida tan radical. A los niños, por supuesto, los asustaba la idea de abandonar amigos, equipos —el de fútbol él, el de gimnasia ella— y tantas otras cosas...

—No es necesario que vengáis conmigo, si no queréis —había dicho David, mi marido—, yo puedo irme solo. ¡No será por mucho tiempo!

¡Y lo decía tan convencido!, ¡sin la más mínima sombra de duda o

añoranza!

No salió de su boca ni un triste «¿Qué haré allí solito?», ni un «¡Venga! ¡Es una gran oportunidad para mí!». Ni siquiera un autoritario «¡Nos vamos todos porque allí estaremos tan bien como aquí!, ¡la familia no se debe separar!». No usó ni el *suplicativo* ni el imperativo. Nada. Solo pensó: «¡Ah, bien! ¡De acuerdo! ¡Ya nos veremos si nos miramos!».

No creo que sea de lo más insólito que tu mujer y tus hijos no quieran acompañarte a la otra punta del mundo. Pero que tú te marches tan feliz, que no se te ocurra llamar más que una vez cada quince o veinte días (¡que estamos en la era de los móviles y de internet, por favor!), y que no vuelvas a casa hasta después de dos años, ¡dos! ¡Eso deja tus intenciones bastante claras!

Había venido el viernes, hacía tres días, y el lunes, se marchaba de nuevo (y, tonta de mí, lo había acompañado al aeropuerto, ¡no te lo pierdas!). Solo había tenido tiempo para recoger cuatro cosas que había dejado cuando se fue la primera vez y llevárselas a casa de su madre.

Los niños (todavía los llamo niños, a pesar de que en aquel momento tenían dieciseis años Lluç y catorce Clara) habían preparado una gran bienvenida. Yo, mucho más reticente, los observé desde lejos, sin querer tomar parte.

Habían preparado la cena ellos solos. Pusieron la mesa como la pondrían en un restaurante de lujo, para impresionar a su padre. Pero él, muy lejos de entusiasmarse con la idea, cenó en un silencio incómodo, como si fuéramos desconocidos. Ellos, al principio, le hicieron muchas preguntas y le explicaron cómo lo habían cocinado todo paso a paso; en cuanto se dieron cuenta de que él no prestaba atención a lo que decían, se callaron de repente.

Resultó una cena muy triste.

Los dos días siguientes fueron casi idénticos al primero. Pero el domingo, poco antes de ir a dormir, hizo que nos sentáramos porque quería anunciarnos algo.

«¡No puede ser nada bueno! —me dije—. Está avergonzado, no es el que

solía ser. Aunque, pensándolo bien, cuando se marchó hacía dos años, ya no era el mismo que era cuando nos conocimos hacía ya veinte. ¡A ver por dónde saldrá ahora!».

Cuando nos conocimos, David era muy atractivo y además lo sabía.

Alto y rubio, con el pelo ondulado hasta los hombros, tenía las facciones suaves y se parecía mucho a Brad Pitt en la peli *Troya* (sí, ¿qué pasa? ¡Estaba muy bueno!).

Y yo, ni demasiado alta ni demasiado baja, morena, con el pelo liso y una cara que no destacaba por encima de las otras, lo único que tenía a mi favor eran mis curvas. Tenía unos pechos grandes que desafiaban la gravedad, la cintura estrecha y las caderas en consonancia con los pechos. Y cuando salía de marcha le sacaba partido.

Nos encontramos en la típica fiesta de piso de estudiantes.

Los dos estudiábamos en Palma y vivíamos en pisos compartidos con otros chicos. Habíamos ido a la fiesta de una amiga común y coincidimos en la mesa de las bebidas cuando los dos quisimos coger una botella de ginebra al mismo tiempo.

Conectamos al instante. Nos pusimos a hablar y no paramos ni cuando la policía nos desalojó, ni cuando nos echaron de Sa Font. Está claro que pasar del bar más frecuentado por los estudiantes de la época a la cama fue visto y no visto¹ (mejor dicho, no visto, porque con la borrachera que llevábamos era difícil ver nada).

Después quedamos varias veces, pero los dos sabíamos que otra gente calentaba, de vez en cuando, las respectivas camas. No pasaba nada, éramos amigos, tal vez con unos derechos algo especiales, pero solo amigos. O eso creíamos.

Poco a poco, empezamos a tener una relación más estrecha y, de forma tácita, dejamos de vernos con otros.

Al año siguiente, compartíamos piso con y, al cabo de dos, vivíamos

juntos y solos.

Visto en perspectiva, éramos unos niños, pero, en aquellos momentos, no nos lo parecía.

Yo ya trabajaba porque, en aquel entonces, enfermería era una carrera de solo tres años y con una oferta de trabajo inacabable en la Mallorca de principios de los noventa. David había estudiado un FP2² de cocina y también trabajaba en un restaurante pequeño y elegante de Palma, donde se encontraba muy a gusto.

Los primeros años fueron una pasada. Salíamos de marcha, íbamos a trabajar (muchas veces de un sitio a otro, sin pasar por la «casilla de salida») y nos divertíamos muchísimo.

Cuando ambos teníamos veinticinco años nos casamos. Fuimos los primeros de todos nuestros amigos. Con veintisiete, nació Lluç, y veinte meses después, Clara.

Al cabo de poco tiempo le ofrecieron un trabajo a David en una prestigiosa cadena hotelera, en la zona costera.

Yo casi siempre había trabajado en quirófano como enfermera instrumentista, tanto en clínicas privadas como en hospitales públicos. Después de tener a los niños, había dejado de doblar turnos, pero seguía siendo interina. Hacía poco que se había abierto el hospital de Manacor y decían que pronto abrirían otro muy grande cerca de Palma, en Son Ferriol. No estaba preocupada; parecía que seguiría habiendo mucha demanda de enfermeras en la isla y no me asustaba cambiar de puesto de trabajo. Así que cuando David me propuso dejar de vivir en Palma e ir a vivir más cerca de su trabajo, ni lo pensé.

Compramos una finca, que en otro tiempo había sido una granja de gallinas, cerca de Ses Salines y la reformamos a nuestro gusto.

Al principio todo fue muy bien, yo me desplazaba hasta Palma para trabajar y David, en invierno cuando no trabajaba, era el que se encargaba de los niños.

Un equipo de médicos de cirugía estética abrió una clínica, me invitaron a unirme a ellos y acepté, no solo porque el horario era bueno, sino también porque me gustaba su filosofía de trabajo.

Para sueldo importante ya teníamos el de David.

Poco a poco, casi de forma imperceptible, las cosas fueron cambiando. A medida que David escalaba puestos en la jerarquía del hotel, se volvía más ambicioso. Nuestra casa le parecía poca cosa, la ropa que llevábamos no era buena, teníamos poco estilo, decía, y nos relacionábamos con la gente equivocada.

Yo no lo tomaba demasiado en serio. Pensaba que era una fase que estaba atravesando y que se le pasaría con el tiempo.

Cuando dejó de ir a las competiciones de gimnasia de la niña, debería de haberseme encendido una lucecita roja en el cerebro, pero que dejara de acompañar al niño a los entrenos de fútbol o incluso a los partidos debería haberme hecho saltar todas las alarmas, porque era una de las cosas que más le gustaban.

Pero yo pensaba que debía de ser la crisis de los cuarenta y no le hice caso.

Empezó a salir mucho. Reuniones de trabajo, decía. No solía llegar nunca antes de las seis o las siete de la mañana.

—Está bien que salgas con la gente del trabajo, pero ¿es necesario que cerréis todos los bares?

—Es lo que hay que hacer para progresar.

—¿Progresar? Si ya vivimos muy bien, ¿qué más quieres?

—¡Que me entiendas!

—¿Que desee más, como tú?

—¡Por ejemplo!

Ahí acabó la discusión. Fue la única que tuvimos. Unos días después, de repente y sin consultármelo, decidió irse. A él no le pareció mala idea y a nosotros tampoco.

Mi error fue continuar pensando que no pasaba nada.

—Bueno —dijo, sin alterar para nada su semblante—, creo que será mejor para todos que sepáis qué está pasando. No es fácil para mí contároslo, pero creo que ha llegado el momento. En Cancún he conocido a otra mujer y estamos a punto de ser papás de gemelos. He decidido instalarme en México, pero, claro, vosotros sois mis hijos y podéis venir a vernos siempre que queráis.

Se hizo un silencio absoluto. No se oyó ni una mosca. Todos nos habíamos quedado tan helados que no supimos o no pudimos reaccionar.

—El dinero no va a ser ningún problema; con todo lo que os he ido mandando estos dos años y que vuestra madre, de forma incomprensible no ha utilizado, tenéis de sobra para manteneros una buena temporada. Si necesitarais más, me lo decís y podemos hablar de ello.

¡Hala! Ya había soltado la bomba. ¿Que para él no era fácil? ¿Que si necesitaban dinero (¡sus hijos!) podíamos hablar de ello? ¿De qué iba aquel imbécil?

En cuanto intenté articular palabra no pude hacer brotar ningún sonido de mi garganta y los niños, todavía menos.

Dentro del coche, ya de camino hacia Palma, empecé a hablar, sin gritar todavía.

—¿Cómo has podido?

—¿No te habías dado cuenta de que ya no había nada entre nosotros? Hace tiempo que no tenemos nada en común.

—No hablo de mí. Me di cuenta hace tiempo de que entre nosotros estaba todo acabado. Pero los niños...

—Los niños ¿qué? Ya casi son mayores de edad y, como he dicho, tenéis mucho dinero ahorrado que, por supuesto, es suyo. Pueden estudiar, si quieren, y si les apetece venir a trabajar a Cancún, en caso de no querer seguir estudiando...

—¿Pero tú te has escuchado? —Empezaba a hervir en cólera; de hecho, hervía desde la noche anterior—. ¿Tú crees que ellos quieren tu dinero? Ellos lo que quieren es un padre, no un tipo que se va a América, que no vuelve

hasta después de dos años y que, además, cuando viene, anuncia con gran pompa que tiene otra familia, eso sí, justo antes de volver a marcharse, ¡no vaya a ser que alguien se le eche a la yugular! ¡Cobarde!

—Sabes dónde ir a buscarme si me necesitan. Además, ya pasé mucho tiempo con ellos cuando eran pequeños, ahora los gemelos me necesitarán más.

—¡No tienes vergüenza! ¡No sé cómo tienes la cara de presentarte aquí con estas historias! Si es por mí, no volverías a verlos nunca más. No pienses que esto se va a acabar así. Te sacaré hasta el último céntimo, ¡tendrás que trabajar tanto para mantener a tus hijos de aquí que no podrás ni ver a los de allí!

Definitivamente, en ese momento era yo la que había perdido los papeles. Pero a él no se le movió ni un pelo de la cabeza.

No nos habíamos peleado, no habíamos discutido, solo nos habíamos ido alejando uno del otro mucho antes incluso de que partiera a hacer las Américas. No me había dado cuenta al principio, pero después de las primeras semanas de haberse ido, nuestras conversaciones eran del todo intrascendentes y llenas de monosílabos.

Habíamos ido perdiendo el interés. Pero de ahí a no poder decirme que tenía a otra y que, además, estaba embarazada, mediaba un abismo.

¡Sí!, ya lo sé, podía haberme imaginado que un hombre como él no debía haber pasado dos años de celibato. De hecho, ya suponía que tenía a otras, aunque pensaba en «otras» en abstracto, no en una en concreto.

Y yo ¿qué había hecho mientras tanto? ¿Cómo había podido pasar dos años sin nada de sexo? ¡Ups!

Pero, claro, la casa, los niños, el trabajo...

¿Cuándo había dejado de preocuparme por el sexo? ¿Desde qué momento había empezado a ser prescindible, un actor secundario?

Me acabé el chocolate a toda prisa; antes de ir al trabajo, quería pasar por

el banco. Me veía incapaz de cumplir las amenazas que había hecho; yo no era así, pero eso no quería decir que tuviera que comportarme como una boba. Antes de que David se echara atrás con lo del dinero, lo sacaría de nuestra cuenta común y, de paso, de nuestras vidas.

1 N. de la A.: «Visto y no visto» es una expresión coloquial que se aplica a algo que se hace o sucede con gran rapidez.

2 N. de la A.: FP2 era un grado de formación profesional de segundo grado, equivalente al nivel internacional ISCED-3

CAPÍTULO 2

«Ja no estic bé aquí
me n'haig d'anar
me'n vull anar
no em puc quedar.
[Ya no me siento bien aquí
tengo que irme
quiero irme
no puedo quedarme]»
(Sau, *Si un dia he de tornar*)

Era lunes por la mañana y me dirigía a una entrevista de trabajo.

Hacia solo tres meses que mi vida había cambiado de manera radical, dando un giro de ciento ochenta grados. De vivir en un piso reformado en el ensanche de Barcelona, tener un trabajo con el que disfrutaba y en el que era bien considerado, y estar a punto de casarme con una chica de ensueño, a volver a Mallorca, vivir en casa de mis padres, encontrarme sin trabajo y estar tan cabreado, tan desilusionado como yo me encontraba, solo había mediado una guardia.

Un sábado por la mañana, tres meses atrás, me desperté temprano y empecé a besar y acariciar a mi novia hasta que ella se despertó también. Aquello no le hizo ninguna gracia y, a pesar de mi patente excitación, se levantó de la cama y me dejó con un palmo de narices.

«Pues sí que empiezo bien el día», pensé.

—¡Venga, no te enfades! ¡Vuelve a la cama!

—¡No! ¡Sabes que me molesta muchísimo que me despiertes cuando, de todas formas, te irás en menos de media hora! ¡Ahora te quedas sin fiesta! — dijo mientras se metía en el cuarto de baño.

Me fui hacia el hospital con un humor de mil demonios y allí me encontré con que uno de mis compañeros ya se estaba poniendo el pijama para la guardia.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó—. La guardia de hoy la cambiamos por la de la semana que viene, ¿no te acuerdas?

—Ostras sí, que la semana que viene tienes lo de la final del campeonato de ajedrez. ¡Lo había olvidado!

—¡Eres la hostia! La cabeza no te la olvidas porque la llevas pegada al cuerpo, que si no...

—Tío, no te rías, que con todo el jaleo de la boda, que si escoge menú, que si listas de invitados, que si escoge traje...

Se echó a reír.

—Márchate a casa, que todavía te vas a encontrar a Cristina en la cama —dijo, elevando las cejas varias veces.

Y, ¡sí!, me la encontré en la cama, aunque no exactamente como yo esperaba.

Estaba de rodillas, con la polla de su primo gay metida en la boca.

¡Si eso, a mí, no había querido hacérmelo nunca! Decía que teníamos que dejar algo para después de casados, ¡para no perder la ilusión!

Entré en estado de choque.

Ellos dos no me habían visto ni oído llegar. Ella, porque estaba concentrada en el trabajo, y él, con los ojos cerrados y las manos detrás de la cabeza, menos.

—Veo que tu primo no necesita el «bono de boda» para que se la chupen —dije con sarcasmo, intentando mantener a raya la rabia.

Los dos abrieron los ojos de golpe. Ella se sentó, cubriéndose con la sábana, como en las películas, que tú piensas: «¿Por qué hace eso, si ya tiene todo el pescado vendido?».

Resultó que ni eran primos, ni él era gay. Cuando habíamos empezado a salir juntos, hacía un año y algo, ya se acostaban. Se ve que a ambos les

parecía bien que también se acostara conmigo, siempre y cuando pudieran disponer de mi dinero.

Si bien es verdad que yo tenía un buen sueldo, también tenía la suerte de tener unos padres ricos y generosos que no me negaban nunca nada. Quizás la palabra «ricos» suene grandilocuente, aunque la verdad es que tenían mucho dinero.

Por eso habíamos hecho preparativos para celebrar una boda digna de salir en las revistas, con *wedding manager* incluida. Nos íbamos a casar en la iglesia de Santa María del Mar y después lo celebraríamos por todo lo alto en el Ritz. A mí no me importaba, era lo que Cristina deseaba y mis padres estaban muy contentos de verme tan feliz.

Había conocido a Cristina con casi treinta años. Ella tenía veintiséis y un cuerpo de escándalo. Era casi tan alta como yo, tenía el pelo negro largo, la cara en forma de corazón, ojos verdes y los labios carnosos. Parecía una modelo.

Yo era un tímido patológico. Desde niño me asustaban las chicas y, sobre todo, las que eran como ella que, sin duda, jugaba en una liga muy superior a la mía.

Fue ella la que me entró con toda la artillería, y yo, con el contador de relaciones sentimentales a cero, caí rendido a sus pies.

Había estado ciego, aunque muy contento. El sexo compartido había sido incluso mejor que la mejor de mis fantasías, y puedo asegurar que mis fantasías eran espectaculares. Además, pasear de la mano de Cristina supuso un plus de autoestima. Todos los hombres se giraban al verla pasar. Eso sí, desde el primer día nos había acompañado a todos sitios su «primo».

La primera vez que los pillé haciéndose «cosquillas» sospeché que aquello no era normal. Cuando se lo comenté a Cristina, con cara de mala leche, ella se echó a reír.

—¡Pero si es gay! No seas paranoico. Mi primo y yo somos muy amigos desde que éramos pequeños, además, ahora está pasando por una mala época. Está muy triste desde que su pareja lo dejó. Estoy intentando animarlo.

¿Verdad que lo entiendes? Tonto, si yo al único que quiero es a ti —me había dicho con voz melosa.

Yo me lo creí. ¿Cómo pude ser tan gilipollas?

En cuanto todo salió a la luz me sentí tremendamente ridículo y humillado. No había parado de presumir de novia y resultó que ella estaba riéndose de mí.

Me reinstalé en casa de mis padres y me refugié en los libros. Era la única forma de no pensar, de no sentir más que lo que sentían sus personajes.

Releí a Tolkien (*El Hobbit* y *El señor de los anillos*; me sentía incapaz de concentrarme lo suficiente como para releer el *Silmarilion*) y también a George R. R. Martin, Almudena Grandes, Matilde Asensi, Pérez Reverte, Maria Antònia Oliver, Jaume Cabré... Estuve leyendo, leyendo y leyendo hasta que conseguí evadirme del mundo real, al menos, la mayoría del tiempo.

La noche anterior a la entrevista, mientras estaba sumergido en las desventuras de Alatríste, mi madre entró en mi habitación.

—Toni —dijo—, este drama tiene que acabar. Tu padre y yo estamos muy preocupados y no hace ni falta que te diga que tu hermana llama por teléfono a diario para preguntar cómo te encuentras. Todos te entendemos a la perfección, pero no puedes seguir encerrado en esta habitación para siempre.

—Mamá, estoy avergonzado hasta de mirarme en el espejo, no puedo ni imaginarme tener que mirar a la cara a otra gente.

—No creo que haya nada de lo que tengas que avergonzarte, no eres el primer hombre al que han engañado y, además, no fue culpa tuya.

—Fui yo el que no se dio cuenta de nada. ¿Qué crees que piensa la gente de mí?

—Ya han pasado tres meses, la gente ya ni lo recuerda y, si se acuerdan, no es problema tuyo. Es ella la que debería estar avergonzada, ¡no tú!

—¡Vamos, mamá!, me había puesto unos cuernos que no podía ni pasar por las puertas si no quería quedarme enganchado en ellas y, aun así, seguía

sin darme cuenta...

—¡Basta! No quiero verte más así. Aquellos dos lo tenían todo planeado. ¿Y qué si consiguió tenerte a sus pies? Cristina también me conquistó a mí, ¡sabía hacer muy bien su papel! Tu padre —continuó— ha hablado con Miguel Salvá. Tiene un amigo que abrió una clínica hace tres o cuatro años. Mañana tienes una entrevista de trabajo con él a las nueve de la mañana.

¡Y me lo decía tan tranquila!

—¿Mañana?

—¡Sí, mañana! Ya puedes ir a afeitarte y a ponerte presentable.

—¡Mamá! No puedes tratarme como a un niño de seis años al que tienes que llevar de la mano.

—Te trataré así mientras no te comportes como un adulto. Ya sé que esto ha sido un duro golpe para ti. Llámalo mala suerte, llámalo error de criterio, ¡o lo llamas como mejor te convenga! La única manera de superar una situación como esta es aprendiendo lo que la vida nos enseña con ella. Ha sido una lección dura y difícil de soportar, pero si algo te puedo asegurar es que no va a ser la última.

—Pues si así pretendes animarme...

Suavizando el tono, continuó:

—¡Te hará bien! No significa que en un futuro no puedas encontrar algo mejor pero, de momento, te servirá para ver gente y salir de entre estas cuatro paredes.

No dije nada. Puse el despertador a las seis de la mañana (total, ¡para lo que iba a dormir!). Necesitaría un buen rato para prepararme a la mañana siguiente solo para enfrentarme al mundo, ni qué decir tiene a un número indefinido de personas desconocidas.

CAPÍTULO 3

«Quan se't tanquin les portes
jo t'obriré el balcó
quan creguis que estàs sola
podràs cridar el meu nom
[Cuando se te cierren las puertas
yo te abriré un balcón
cuando creas que estás sola
podrás gritar mi nombre]»
(Sopa de Cabra, *Si et quedes amb mi*)

Llegué a la clínica a las nueve y media. Fui pitando hacia el vestuario para ponerme el uniforme. No teníamos ninguna intervención programada para ese lunes, por lo que era de esperar que tuviéramos una mañana tranquila.

En la recepción me esperaban Ruth e Isabel, que se habían convertido en dos de mis mejores amigas desde el momento en que nos conocimos.

—¿Qué ha pasado? ¿Ya lo has dejado? Todavía no me puedo creer que lo hayas acompañado al aeropuerto. —La que hablaba era Ruth—. ¡O eres una santa o una gilipollas, todavía no lo he decidido! De lo que sí estoy segura es de que eres la única persona en el mundo capaz de tratar bien a una mierda de tío como él.

No se paraba ni para coger aliento.

—¿Cómo estás? —preguntó Isabel.

—He tenido días mejores.

—¡Es que parece mentira! —continuaba Ruth mientras nos dirigíamos hacia la sala de descanso—. ¡Y encima te hace llegar tarde! ¡Aaaagh! Si pudiese, le pondría la cara como un mapa. Mira que solo lo he visto dos veces, pero ya te dije que no pegabais nada.

Aquel torrente de palabras me caía encima sin que yo tuviese la más mínima oportunidad de abrir la boca.

—Para no pegar nada hemos sido pareja durante casi veinte años —dije, intentando sonar cínica.

—Que una relación dure mucho tiempo no significa que sea una buena relación...

—Sí, ya conozco tu teoría, pero te juro que ahora no quiero volver a escucharla.

—¡Chicas! ¡No os peleéis! ¿Acaso no os acordáis de que el enemigo es David?

Son como la noche y el día, por eso se complementan tan bien y por eso son pareja. La primera vez que salimos juntos los de la clínica, ellas dos habían desaparecido inmediatamente después de cenar. Nadie imaginó que se habían ido juntas. Lo suyo fue amor a primera vista.

—Perdóname, pero es que no puedo estar más indignada.

—De eso ya me había dado cuenta...

La noche anterior, después de que David hubiera soltado la bomba, las había llamado llorando. Se habían puesto al teléfono por turnos para consolarme y darme apoyo. Según me contó después Ruth, no había dormido demasiado bien y le había estado dando vueltas al asunto, lo que hizo crecer su indignación.

—Vamos a cambiar de tema —dijo Isabel, cambiando el tono por uno más alegre, mientras ponía la cafetera—. Tenemos novedades.

—¿Novedades? ¿De qué?

—Parece que va a empezar un cirujano plástico nuevo, amigo de un amigo de Damiá, que no tiene trabajo, ¡o algo así!

—¡Vaya chismosas de pacotilla estáis hechas! —dije, empezando a sonreír levemente—. ¡O lo sabéis, o no lo sabéis!

—Lo cierto es que se ha presentado a las nueve de la mañana preguntando por Damiá y él le ha dicho que pasara a su despacho. Después ha venido

Brígida y me ha explicado lo que te acabo de contar, que era un amigo de un amigo, ¡o algo así!

Damiá es cirujano plástico y Brígida, dermatóloga; son dos de los socios, aunque el gerente, por decirlo de alguna manera, siempre ha sido Damiá.

—Sé que estaban buscando a alguien que pudiera sustituir a Tomeu —le contesté—, parece ser que su baja se va a alargar y tenemos mucho trabajo.

Tomeu era el tercero de los socios. Le habían detectado una leucemia hacía poco tiempo y la cosa no pintaba demasiado bien. Le habían hecho un trasplante de médula ósea que no funcionó como todos hubiésemos deseado.

—¡Uf! No quiero ni pensar que alguien tenga que sustituirle —dijo Isabel con las lágrimas empezando a inundar sus ojos.

—Tranquila —dijo Ruth, pasándole el brazo por encima de los hombros, muy amorosa—, todavía no ha terminado la partida y más vale que conservemos la esperanza por él. Y, sobre todo, cuando venga, no quiero verte así.

Tomeu era el más amable, cordial, gentil, accesible (y todos los calificativos positivos que queráis añadir) de entre los que trabajábamos en la clínica. Todos le queríamos con locura porque tenía una risa fácil y contagiosa que no se ahorra nunca. Sabía quitarle importancia a los problemas que nos agobiaban y era capaz de hacer reír a cualquiera ante cualquier situación, por muy jodido que se encontrara. Era capaz de contar chistes de enfermos, encontrándose en el estado en el que se encontraba, y siempre se le ocurría alguna cosa para hacerte salir de un estado de tristeza o melancolía.

Yo lo echaba de menos todo el tiempo y, sobre todo, un día como aquel, en que tanto necesitaba que me subieran el ánimo.

—Le podríamos llamar dentro de un rato y tomarle un poco el pelo —dije.

—¡No sé quién va tomar el pelo a quién! —Nos reímos las tres a la vez.

—¿Cómo es?

—¿Cómo es quién?

—¡Ay, Ruth! El nuevo ¿cómo es?

—Pues, la verdad, no me he fijado demasiado; aparte de que no me gustan los hombres —dijo muy digna—, este no ha hecho ni la Primera Comunión.

—¡Pero qué exagerada eres! —la reprendió Isa—. Como mínimo ha terminado la carrera y ha hecho la especialidad, por tanto, debe rondar los treinta.

—¡Pues lo que yo he dicho, un niño! —recalcó Ruth—. ¿Cuántos años le sacamos, doce? —Lo dijo así, en plural, porque, vaya casualidad, las tres habíamos nacido el mismo año—. No me extrañaría nada que tuviésemos que comprar cacao para él, porque seguro que ni siquiera bebe café.

—Que sea joven no significa que sea un inepto —dije.

—Yo no digo que sea inepto.

—¡Claro! —ironizamos a la vez Isa y yo.

—Sabéis que no me gusta nada que os aliéis en mi contra.

—No nos aliamos, lo que pasa es que te conocemos y ahora mismo estás poniendo la misma cara que pones cuando piensas que alguno de los nuevos no estará a la altura.

—¡Es que es imposible que lo esté! Te estoy diciendo que no tiene ni treinta años, ¿qué experiencia puede tener?

—¿Nunca te han dicho que no se tiene que juzgar a nadie por su aspecto? —dije.

—¡Tú, cada dos o tres días! Pero precisamente tú no me puedes criticar, porque haces justo lo contrario y todo el mundo te parece bueno, ¿qué digo bueno? ¡Maravilloso!

—¡Eso ya se ha acabado! Ya no me fiaré nunca más de nadie.

—¡Sí, claro, y yo me lo creo! —dijeron las otras dos, casi a la vez.

Isa añadió en un susurro:

—Es un bomboncito, ¡guapísimo!

Y Ruth contestó, picada:

—A un tío tan grandote no creo que puedas llamarlo «bomboncito».

—¡Calla, que vienen!

En aquel momento, se abrió la puerta del despacho de Damiá y salieron los dos. Madre mía, ¡sí que era un niño! Pero también era un «bomboncito», como decía Isa y, sobre todo, tenía cara de buena persona. Esa sensación ya la había tenido alguna vez con anterioridad, pero nunca con tanta intensidad como en ese momento. Se notaba a la perfección que era un buen chaval, uno de esos que siempre están dispuestos a hacerte un favor y que no te dejan nunca en la estacada.

Me gustó de inmediato. Deseé que se quedara a trabajar con nosotros desde el mismo momento en que lo vi.

«No vas bien, Martita —me dije a mí misma—. Como dice Ruth, es un niño, y tú todavía no tienes los papeles del divorcio». Cuando me hablo así a mí misma, me imagino un hada buena y repelente, con mi cara, encima de mi hombro.

«Los papeles del divorcio no los tienes, pero el *pepe* lo tienes lleno de telarañas por falta de uso, eso garantizado al cien por cien». Esa vez la que hablaba era mi voz más descarada (en forma de hada mala pero, de hecho, muy enrollada), que salía al contraataque. Me cae mucho mejor que la otra el noventa y nueve por cien de las veces.

Se acercaron a la recepción y Damiá nos lo presentó:

—Os presento a Toni Martorell. Trabajaré con nosotros, al menos durante una temporada, porque con su currículum no creo que podamos retenerle por mucho tiempo.

Él se puso como un tomate.

«¡Qué monada!», pensé. Y después agregué para mis adentros: «Marta, ¡basta!»; era el hada buena. «¡Al ataqueeeee!»; dijo la mala, ¡claro! «Poneos de acuerdo, que no necesito que me volváis más loca de lo que ya estoy». Enfadadas, las dos desaparecieron haciendo «plof».

—Estas son Isa y Ruth, las recepcionistas. Y Marta, nuestra enfermera.

Nos saludó dándonos la mano. Cuando nuestros ojos se encontraron sentí una especie de vértigo en el estómago. A fuerza de voluntad, conseguí

reprimir mis voces internas.

—Marta, creo que no tienes nada programado hasta dentro de un rato, ¿no?

—¡No! —contestó Ruth por mí—. Le han anulado un par de visitas esta mañana.

—Podrías enseñarle la clínica a Toni, yo voy con bastante retraso...

—¡Claro! No te preocupes, déjalo en mis manos. —«¿Pero qué dices? ¡Estás loca!»; el hada buena había reaparecido muy indignada. «¡Al ataque!»; el hada mala no había dormido muy bien, se notaba por su carencia de recursos lingüísticos.

Enrojecí de los pies a la cabeza.

Ruth elevó las cejas con asombro evidente.

Isa sonrió levemente.

Damiá no se dio cuenta de nada.

Salí de la recepción sin mirarlas a la cara y me dispuse a enseñarle la clínica a Toni.

Cuando empezamos nuestro *tour*, los dos estábamos rojos como tomates.

No acababa de acordarme de cómo había dicho Damiá que se llamaba porque, en cuanto la vi, dejé de escuchar lo que me decían y me quedé embobado mirándola.

Era guapísima, o al menos a mí me lo parecía. Tenía una cara dulce, como de ángel, pero con un punto de picardía.

Me enseñó diversos despachos y cuando llegamos a uno muy grande, con estanterías repletas de material médico, muy bien organizado y ordenado con minuciosidad, dijo:

—La sala de curas, ¡mi reino!

—Pensaba que eras la enfermera instrumentista. —¿No había dicho algo así Damiá cuando estábamos en su despacho?

—Empecé así, pero no tenemos intervenciones a diario, además, hemos

ido ampliando la cartera de servicios, yo hago las consultas preoperatorias y postoperatorias, además de las curas de cirugía y dermatología.

—Nunca había visto que una clínica pequeña como esta tuviera una enfermera a tiempo completo.

—La mayoría de las veces es como tú dices; pero cuando abrieron, Damiá, Brígida y los demás socios apostaron por una atención cuidadosa y yo tuve suerte.

—¿Suerte?

—Sí, aquí hay un equipo fantástico, tengo un horario que me deja mucho tiempo libre y me eligieron a mí antes que a otras candidatas, por lo tanto, suerte.

—Hombre, no debió ser cuestión solo de suerte, supongo que debieron ver que tenías mejores cualidades que las demás.

Marta se puso más roja incluso que antes. ¿Había metido la pata diciendo algo que no debería haber dicho?

—Perdona, no quería molestarte. —En esos momentos era yo el que había vuelto a enrojecer.

—¿Molestar? ¿Por qué lo dices?

—No, por... porque... por... —«¿Y ahora qué digo?», pensé. Nueva escalada de rojez en mi cara. A ese paso seguro que podríamos haber aumentado unos cuantos grados el ambiente de la clínica—. Es que me parece que te he sacado los colores y no sé por qué —dije sin pararme a respirar, no fuera caso que perdiera la valentía.

Fue ella la que volvió a ponerse como un tomate. Si se hicieran concursos de parejas con el rojo subido, hubiéramos sido los campeones indiscutibles en todas las categorías.

—Ah... ah... ah, sí, me pongo roja con facilidad, y como me ha parecido que me alababas y yo... Se ve que ya no estoy acostumbrada.

Seguimos en silencio el resto de la visita.

Había un quirófano pequeñito para intervenciones menores y no invasivas,

dos despachos más, y ya volvíamos a estar en la recepción.

La mujer que me había recibido por la mañana estaba detrás del mostrador y nos miró. Me pareció que yo no le caía bien y no sabía por qué...

CAPÍTULO 4

«Al menys si un fos fet de màrbre
potser no tremolaria de por
[Al menos si uno fuese de mármol
quizás no temblaría de miedo]»
(Umpah-pah, *Venedor de mentides*)

Ruth, Isabel y yo estábamos tomando un café cuando entró Toni. Traía muy mala cara.

—¡Estoy harto! —dijo—. Estoy buscando algo para alquilar y no encuentro nada que me guste.

Hacía días que buscaba una casa o un piso para vivir, pero le estaba costando mucho.

—No debes haber empezado ya, ¿a estas horas? —dijo Ruth, un poco cínica.

—¿Que no? A las siete y media había quedado con un tío y no se ha presentado. Y cuando lo he llamado para ver qué pasaba, encima ha tenido el morro de decirme que ayer ya le habían dado la fianza otros. ¿No podía haberme avisado y así yo no hubiera tenido que madrugar tanto?

Ruth y yo nos pusimos a reír al ver lo indignado que estaba. Pero a él no le hacía ninguna gracia. Isabel, como siempre tan amable, le dio una taza de cacao, diciendo:

—Ya encontrarás algo, no te preocupes. Lo que tienes que hacer es no desanimarte. Marta, por tu zona, ¿crees que podría encontrar algo?

La miré un segundo, pensando: «Y a Isa, ¿qué mosca le ha picado?».

En cambio, contesté rápidamente:

—¡Claro! Y mucho más barato que en Palma, pero tienes el hándicap de

tener que desplazarte todos los días.

—¡Ostras! Quizás sería una buena idea, quizás podríamos hacer el trayecto juntos, ¿no? Lo digo para que el viaje no se nos haga tan largo —dijo, enrojeciendo.

—¡Eso, sí! —intervino Ruth—, ¡juntitos!

Le di una patada por debajo de la mesa y ella se rio todavía más.

—Si ves alguna cosa que te parezca interesante, ¿me lo dirás? —preguntó Toni, que no parecía tener nada claro por qué se reía Ruth.

—¿En el campo o en el pueblo?

—Lo que sea, a estas alturas ¡ya me da igual!

—Creo que mis vecinos querían alquilar la casita, pero no sé cuánto piden por ella.

—¿Y los puedes llamar?

—¿Ahora?

—Sí, ¡cuanto antes, mejor!

—Pues sí que estás mal en el sitio donde vives ahora, ¿no? —¡Ruth siempre dando caña!

—¡No! Si no podría estar mejor, estoy viviendo con mis padres. Pero todos necesitamos independencia, ¡ellos y yo!

—Bien, después los llamo y te digo.

—¡Fantástico!

Dicho eso, se dirigió hacia su consulta.

Y Ruth, cómo no, no se pudo abstener de mortificarme.

—¡Eso es lo que a ti te hace falta! Venir en el coche con él cada día. ¡Así acabas de enamorarte del todo!

—Yo no estoy enamorada de nadie. Me cae muy bien y punto.

—Sí, claro, ¡y yo soy monja! —Rio—. Mira, a ti te gusta el muchacho y hace más de dos años que no le das una alegría al cuerpo, ¡y ya te pide marcha! ¿Qué problema ves en eso?

—Haz el favor de hablar más bajito. Creo que te ha oído todo el mundo.

¡Y el cuerpo no me pide marcha!

—¡Anda que no te pide marcha! A mí me la pediría si llevara tanto tiempo como tú en dique seco.

—De todas formas, tengo doce años más que él y, aunque me gustara, que no es el caso, es demasiado joven.

—¡Pues mejor! ¡Te rendirá mucho más en la cama! —Y se rio sonoramente.

—¡Ruuuth! ¡Déjala tranquila, pobrecita! —intervino Isabel, pero sin mucho entusiasmo.

—¡Chist! —Yo estaba como un tomate, solo podía pensar en que la habían oído por toda la clínica.

—No seas tonta, ¡no me ha oído nadie! Y te aconsejo que no hagas el tonto porque si no, ¡se lo quedará otra que no lo necesite tanto como tú!

—¡No me hace tanta falta como piensas! Yo sola me arreglo bastante bien. Y si me la hiciera, liándome con Toni solo me estaría buscando problemas.

—¡Qué problemas ni qué niño muerto!

—Para empezar, trabajamos juntos, es demasiado joven y ¿cómo quieres que se fije en una vieja como yo? Además, te he dicho mil veces que los rollos de una noche ya no me gustan.

—¿Quién te dice que tenga que ser un rollo de una noche? —habló atacando rabiosa, Isa, que todavía creía en cuentos de hadas.

—Pero ¿tú has escuchado algo de lo que he dicho? O mejor, ¿habéis escuchado alguna de las barbaridades que decís vosotras dos?

—¿Ves cómo te gusta? Y no eres ninguna vieja, estás muy bien y tienes experiencia, aunque hoy por hoy estés algo oxidada. —En esos momentos era Ruth la que atacaba.

Pero esas dos ¿qué habían tomado esa mañana para desayunar?

—Ja, ja y ja. Voy a trabajar un rato, que de esta nos van a despedir a las tres.

—Ahora, de verdad, Marta —dijo Ruth—, necesitas divertirte un poco.

¿Por qué no quedas con aquel chico que te quería presentar el otro día Tomeu?

Tomeu había ido de visita a la clínica y, cuando se enteró de que David había decidido «dar por finalizada» nuestra relación, me dijo que tenía un conocido con el que, palabras textuales, «haríais una pareja maravillosa».

—No pienso quedar con alguien a quien no conozco de nada, si es lo que insinúas.

—Joder, ¡que no tienes que casarte con él! ¡Que solo tienes que darle una alegría al cuerpo! Y si no, salimos de marcha, a ver qué pescas.

—Eso ya lo hemos hablado. ¿Dónde vamos a ir? ¿A un bar de picadores? ¡No, gracias! No necesito ningún hombre desesperado que me eche las babas encima. Además, veo a las claras que no me escucháis. ¡No quiero un rollo de una noche! —remarqué—. Metéoslo en la cabeza.

—¡Uf! Contigo es imposible. ¿En qué clase de amargada te has convertido? Haz el favor de reaccionar de una vez y empezar a vivir de nuevo.

Pero yo ya me dirigía hacia la consulta e hice como si no la hubiera oído. Entré y, sin esperar ni un solo minuto, descolgué el teléfono para llamar a Ruth:

—¿Cómo puedes liarte con alguien que no salía de marcha cuando empezó a sonar Macarena, que no ha bailado nunca las canciones de Locomía, que no sabe que Tom Hanks empezó su carrera interpretando comedias o que no ha tenido que levantarse nunca de la silla para cambiar el canal del televisor? —Ruth volvió a reír con ganas.

Pero lo cierto era que yo no me podía sacar a Toni de la cabeza.

Dos horas después de que me comentara que sus vecinos quizás querían alquilar una casa, Marta se presentó en mi consulta.

—Vale, he hablado con la gente que te comenté y me dicen que solo te pueden enseñar la casa hoy, porque mañana salen de viaje y ya no vuelven

hasta dentro de quince días.

—Pues hoy mismo.

—Pero ¿no preferirías tener dos o tres casas para visitar en el pueblo y así no tener que ir tantas veces?

—Pero si no vuelven hasta dentro de quince días... Bien, ¿a ti qué te parece? ¿Vale la pena o crees que no me gustará?

—¡A mí me gusta! Es pequeña, pero tiene una terraza grande delante, bueno, ahora que lo pienso, también detrás, y ¡piscina!

—¿Piscina? ¿Y cuánto piden?

—¡Ah!, pues eso no lo sé, será mejor que lo hables con ellos. Yo te doy su teléfono y tú llamas.

—De acuerdo, les llamaré.

—Si al final quedáis, párate en mi casa y tomamos un café o... bueno... no sé... —Se puso rojísima.

—Claro, ¡me encantaría! —dije, casi sin dejar que acabara la frase y poniéndome rojo también yo. Parecíamos adolescentes. No tenía claro queirme a vivir tan cerca de ella fuera buena idea, porque cada día me gustaba más.

Solo había pasado un mes desde que había estado tan deprimido que no podía ni salir de mi habitación y en esos momentos...

Pero Marta era diametralmente opuesta a Cristina: todo lo que tenía aquella de artificial se veía ridículo frente a la sencillez de Marta. No la había visto nunca maquillada, ni con ropa sofisticada, ni siquiera con tacones. Si bien era verdad que todavía no la había visto nunca fuera del trabajo, me daba la impresión de que aquella tarde, cuando nos encontrásemos, no estaría muy diferente de lo habitual.

No me costaba nada hablar con ella, en comparación con cuanto me había costado hablar con otras chicas hasta ese momento, pero, si lo pensaba con detenimiento, no era una «chica», era una mujer.

Llevaba el pelo, negro y liso, cortado a la altura de la barbilla; en cuanto la

había visto, me habían llamado la atención sus rasgos: una cara fina, con cejas y labios gruesos; los ojos de color miel y una naricilla pequeña que invitaba a morderla. Sabía que tenía hijos, había oído a las secretarias hablar de ello, que estaba divorciándose o algo así, pero no sabía nada más de su vida privada.

En el trabajo era muy dinámica; como un pajarito que no paraba de moverse, siempre estaba haciendo algo. Solo se la veía tranquila cuando se sentaba en la sala de descanso ante un café. Lo tomaba con tranquilidad y casi siempre hablando con alguien.

Hacía solo dos días había ido a la sala de personal y ella me había puesto un cacao en las manos y me había obligado a sentarme para beberlo (habían tenido que comprarlo porque yo no bebía café).

—Es que las chicas no pueden parar y el café, si lo tomas a solas, no está ni la mitad de bueno.

—Yo tampoco tengo demasiado tiempo —le dije.

—No, ni yo, pero es que ellas están hasta arriba del todo. Además, no has parado en toda la mañana y ahora no tienes a nadie citado. ¡Siéntate y bebe! ¿Qué te parece nuestra clínica?

Sonreí e hice lo que ella me ordenaba.

—Me gusta la manera de trabajar que tenemos aquí; el equipo tiene gente muy válida; te puedo asegurar que no esperaba este nivel.

—No sé si debería sentirme alabada u ofendida...

—¡Si precisamente he alabado la clínica!

—¡Ya lo veo! Pero has dicho que no esperabas este nivel, ¿quiere decir eso que pensabas que éramos unos provincianos?

Me puse como un tomate, ¿cómo hacía para sacarme una y otra vez los colores? Como mínimo, me consolaba ver que a ella, de vez en cuando, le pasaba lo mismo.

—No quise decir que pensara...

Se puso a reír.

—Ya lo sé, te estaba tomando el pelo, pareces demasiado buena persona como para poder pensar eso de ti.

—¿Parezco demasiado buena persona? ¿Eso piensas?

—¿No lo eres? —me preguntó, mirando por encima la taza que tenía en las manos.

—Bueno, creo que lo soy, pero no sé si soy yo el que en estos momentos debería ofenderse.

—¿Por qué?

—Ya sabes lo que dicen: «De tan bueno pareces tonto».

Nos reímos los dos a la vez.

—No me pareces nada tonto y también te diré que me gusta la manera que tienes de trabajar y tu implicación con la clínica. —Se levantó y cogió las tazas sucias. Mientras las ponía en la pila, dijo—: Si por mí fuera, no dejaría que te fueras, quiero decir que te haría un contrato blindado, para que no pudieras marcharte... —Y agachó la cabeza para que yo no viera cómo enrojecía de nuevo.

No creía que yo le gustara. Casi todos me trataban como a un hermano pequeño, pero ella siempre me miraba con fijeza y, no sé por qué, me daba la impresión de que no ella no me trataba como trataría a un hermano, aunque, visto el ojo clínico que yo tenía en lo referente a mujeres, podía estar equivocado.

CAPÍTULO 5

«Si tu em volguessis escoltar,
et faria adonar
que t'estàs equivocant
[Si quisieras escucharme,
haría que te dieras cuenta
de que te estás equivocando]»
(Lax'n'Busto, *No se pas com*)

Cuando llegué a casa, Clara se estaba preparando para ir a gimnasia.

—Mami, hoy me quedaré a dormir en casa de Caterina. Tenemos que hacer un trabajo para el instituto y nos pondremos a ello en cuanto llegemos del entrenamiento.

—Clara, es entre semana.

—¡Ya estamos a jueves! Venga, mami, la madre de Caterina nos deja. ¡Nos iremos a la cama pronto! Deja que me quede, tiene que contarme no sé qué... —dijo melosa.

—¡Ahí quería llegar!

—¡Va! —contestó mi hija, alargando mucho la a, en tono de súplica.

—Está bien, pero intentad descansar un poco, si no, ¡mañana en clase os quedareis fritas!

Caterina era su mejor amiga, nunca se separaban; a mí, en realidad, no me importaba demasiado que pasase la noche en su casa porque las dos sacaban muy buenas notas, se llevaban bien y porque recordaba que a mí también me gustaba mucho quedarme a dormir en casa de mis amigas cuando tenía su edad.

—¿Y Lluc? ¿Dónde está?

—¡Uf, Lluc! Está echado encima de la cama escuchando aquellas canciones tristes. Creo que ha cortado con su novia.

—¿Con cuál de ellas?

—¡Y yo qué sé! Lo que no entiendo es por qué se pone tan triste, ¡si casi siempre las deja él!

—Ahora iré a verle. ¿Con quién vas hacia Ses Salines? ¿O te acompaño yo?

—¡No!, iré en la bici, no te preocupes.

Me dio un beso y salió disparada.

—¡Adiós! ¡Hasta mañana!

Uno de los inconvenientes de no vivir en el pueblo era tener que estar todo el día arriba y abajo acompañando y yendo a buscar niños, pero también tenía muchas ventajas. La casa era muy tranquila y teníamos un poco de terreno, así que habíamos construido una piscina no muy grande y un jardín. Incluso había probado sembrar un huerto, pero no me había salido bien el experimento.

Fui a ver al niño (ja, ja) y lo encontré como había dicho su hermana: estirado en la cama y con expresión triste.

—Y ahora, ¿qué ha pasado? —le pregunté, mientras me sentaba a su lado.

—Que Gabriela y yo hemos cortado.

—A esta no la conocía, ¡no debíais llevar mucho tiempo juntos! —le dije burlona.

—¡Mami! ¡No te pases, que me gustaba de veras!

—¡Vamos! Que la semana que viene ya tendrás a otra y, en menos de un mes, nos encontraremos en la misma situación.

Mi hijo era muy sensible y tan enamorado...

—¡Pero ahora estoy triste! ¡Déjame solo!

Me dirigí hacia la puerta diciendo:

—¿Estás tan triste como para no cenar?

—A la hora de cenar quizás ya no esté tan triste.

—Ya me parecía a mí que no hay nada que pueda hacerte perder el apetito —le dije mientras me reía.

Cerré la puerta justo a tiempo para que la almohada que me tiró no me diese en la cabeza.

Los días empezaban a ser soleados y más largos, así que decidí trastear un poco por el jardín, al que había descuidado por completo. Como siempre que me ponía a ello, el tiempo pasó sin que me diera cuenta.

Las plantas despertaban de su reposo invernal, pero, debido a mi falta de cuidado, el jardín estaba lleno de malas hierbas: ortigas, gatos y vinagretas campaban a sus anchas. En cambio, las rosas, los lirios, los geranios y las garberas permanecían casi por completo ocultos.

Al cabo de un rato, en la entrada de la finca, justo enfrente de donde me encontraba, se oyó un estruendo. Levanté la cabeza y, al otro lado de la barrera, encima de una moto que me pareció inmensa, vi a Toni.

Se pasaba una mano por el cabello corto que el casco le había aplanado. Tenía los ojos muy azules; a pesar de que desde donde estaba no lo podía distinguir, ya me había fijado antes. La nariz recta, la boca fina y el mentón fuerte hacían que pareciera una estatua griega. Era alto, no tanto como David, pero debía de pasar el metro ochenta. La cazadora de motorista le hacía los hombros cuadrados y llevaba las piernas enfundadas en unos vaqueros que hacían que se le adivinaran unos músculos poderosos.

Me sonrió y mi corazón se paró durante unos segundos. Esto no podía continuar así. ¿Cómo podía imaginarlo siquiera? Si le gustaba la casa de Can Suau, viviríamos demasiado cerca, al menos para mi cerebro recalentado.

Me saqué los guantes y me pasé las manos por los tejanos. Seguramente iba sucia de tierra y, además, llevaba puesta la ropa más vieja que tenía. ¡Oh, sí! Vaya idea más buena había tenido, ¡ponerme a arreglar el jardín!

—¡Hola! ¿Ya has visto la casa?

—No, ¡me he perdido! ¡No la encuentro! Ya estaba pensando en llamar

cuando he visto tu coche —dijo, señalándolo.

—Ah, pues desde aquí ya te falta poco.

—¿No me has dicho que erais vecinos?

Yo me reí.

—Bueno, aquí en el campo, los «vecinos» no son lo mismo que en Palma.

—¿Por qué no me acompañas?

—¿Ahora? ¡Pero si voy hecha un adefesio!

—¡Y yo llego tarde! Además, estás muy bien, al menos a mí me gusta mucho tu aspecto.

Enrojecí de nuevo. Virgen Santa, ¿me había echado un piropo? ¿Por qué? ¿Le gustaba? «¡Basta, Marta! ¡Basta!, no alucines», me dije.

—Venga, pues ¡vamos! Espera, que voy a avisar a mi hijo. —Abrí la puerta de casa y, sin moverme de la entrada, grité—: ¡Voy hasta Can Suau! ¡Volveré enseguida!

—¡Vale! —contestó.

La vi salir de la casa. Llevaba una mancha de tierra en la mejilla; no se lo había hecho notar cuando ella me había dicho que iba hecha un adefesio porque me parecía que estaba encantadora con ese aspecto.

—¿Llegas muy tarde?

—¡Casi diez minutos!

—¡Uf! Pues no podemos ir a pie; entra la moto, iremos con mi coche.

—¡Vaya jaleo! Vamos en la moto.

—¿Tienes otro casco?

—No, pero no vamos lejos, ¿no? Tú has dicho que erais vecinos.

—Para caerse no se necesitan ni cincuenta metros; además, si Lluc me viera encima de una moto sin casco, aparte de perderme todo el respeto, me reñiría de lo lindo.

—¿Le tienes miedo a tu hijo? —Me reí.

—No, miedo no; pero le he repetido tantas veces que sin casco no puede ir en moto que, lo más probable sería que le diera un infarto si me viese a mí sin uno.

—Uf, ¡estas madres!

Me miró con mala cara, y yo volví a reírme.

—¿Así que qué? ¿Tu hijo tiene un casco?

—Sí, ¡claro!

—Pues, ¿por qué no vas a buscarlo? Creo que eso será más rápido que todo el lío que propones del coche.

Resopló, dirigiéndose hacia la casa.

Me moría de ganas de tenerla en la moto detrás de mí, agarrada a mi cintura, con sus pechos tocando mi espalda.

Cuando la vi venir hacia mí, con el casco en la mano, todavía me pareció más impresionante.

—Vamos, ¡a este paso no llegaremos nunca! —dijo, y con agilidad subió a la moto, detrás de mí, tal y como lo acababa de imaginar.

Hicimos el viaje despacio, sintiendo su presencia y su cuerpo caliente pegado al mío.

Can Suau estaba a un kilómetro y medio de su casa. ¡Vecinos!

No era una casa muy grande, pero estaba bien cuidada, con una gran terraza delante, como había dicho Marta; en ella nos esperaban los vecinos viajeros.

Yo iba dispuesto a decir que sí a lo que me pidieran por la casa y a que me gustara fuera como fuera. Cada vez me sentía más reticente a perder la oportunidad de pasar más tiempo con Marta.

—¡Hola, Marta y compañía! —dijo el hombre.

—Hola, Blai. Hola, Maria —contestó ella—. Os presento a Toni. Creo que ya habéis hablado por teléfono.

Me dirigí hacia ellos ofreciéndoles la mano.

—¿Has estado trabajando en el jardín? —preguntó Maria—. Menos mal,

porque le hacía mucha falta. El otro día estuve a punto de entrar y arrancar las malas hierbas.

—¿Y por qué no lo hiciste? ¡Habría sido muy considerado por tu parte!

Se pusieron a reír juntas; se veía que había una buena relación entre ellas. Blai movió la cabeza arriba y abajo, medio riendo, medio indignado.

La casa por dentro era espaciosa, con una sala grande que tenía una cocina abierta al fondo. Un poco antes de llegar a la cocina, a la derecha, había un pequeño distribuidor que daba al baño y a dos habitaciones no muy grandes. Los muebles eran oscuros y pesados pero no antiguos ni viejos.

Me gustó de inmediato y no solo porque estuviera sugestionado, sino porque era perfecta.

—¿Cuándo podría mudarme? —pregunté—. Ya sé que mañana ustedes salen de viaje, creo que podríamos quedar de acuerdo hoy y así dejar las cosas arregladas antes de que se vayan.

—¡Vaya prisa tienes, hijo mío! —dijo Maria—. Todavía no hemos hablado ni del precio.

—Da igual, me gusta mucho. Es la primera casa que veo que no tiene problemas de algún tipo; no me ha parecido tan lejos como decían los otros compañeros del trabajo, y supongo que no querrá atracarme con el precio, sabiendo que vengo recomendado por Marta.

—Puede ser que seas médico, pero se ve que vienes de una familia de comerciantes por la manera que tienes de negociar —dijo Blai.

En cuanto Toni quedó de acuerdo con los de Can Suau sobre el alquiler, nos dirigimos hacia casa, lo invité a pasar y al final decidimos que cenaría con nosotros; él y Lluc se habían caído muy bien y hablaban de motos mientras ponían la mesa y me ayudaban con la cena.

—Si quieres, el sábado te puedo ayudar a hacer el traslado —dijo Lluc después de cenar.

—¡Ostras! Me iría muy bien. Pensaba invitar a los hijos de mi hermana

mayor, que tienen más o menos tu edad, pero nunca sobran manos —le contestó Toni con una gran sonrisa—. Vendremos sobre las diez, ¿será demasiado temprano?

—Creo que también podrás contar con Clara, que seguro aportará otro par de manos, porque no creo que Caterina se lo quiera perder —añadí—. Y, si quieres, yo puedo alimentar a tu tropa, porque cinco adolescentes son difíciles de contentar.

—Sí, a Clara y a Caterina se las tiene que considerar como un *pack* indivisible, como los yogures —dijo Lluc haciéndose el gracioso.

—Seis, mi hermana tiene tres hijos, pero no te molestes, había pensado pedir pizzas o algo así.

—Eso es lo que pensaba hacer, no habrás pensado que cocinaría alguna exquisitez para esta pandilla, ¡si lo engullen todo sin siquiera masticar!

—Yo me voy al catre, que he tenido un día muy largo y paso de escuchar a mi madre hablando mal de mí —intervino mi hijo, un poco picado.

Nos dejó solos y yo empecé a ponerme nerviosa. Toni tenía una mirada penetrante, preciosa, y me miraba fijamente.

—¿Tú crees que tanto adolescente te ayudará en una mudanza? ¿No te parece que será un lío de gente y que solo te molestarán? —pregunté para ver si podía aligerar un poco la situación.

—No tengo casi nada que traer. Pensaba invitar a mis sobrinos para que vieran la casa y pasaran el día conmigo, pero me ha resultado gracioso el ademán responsable de Lluc cuando se ha ofrecido a ayudar y no me ha parecido bien decirle que no lo necesitaba.

—¡Ups! Pues yo he metido la pata sumando a Clara y a Caterina, paquete indivisible, como bien dice Lluc...

—¡Qué va! Además, a mí me va bien que conozcan a gente de su edad por aquí, así querrán venir a menudo a verme.

—¿Estás muy unido a ellos?

—¡Vaya! Cuando nacieron los gemelos yo tenía quince años y quedé

enamorado de ellos de inmediato. Ese fue el momento en que decidí que tendría muchos hijos.

Enseguida se encendió una alarma en mi cerebro.

«Una razón más para no hacerte ilusiones con él», dijo mi hada buena particular. «¿Por qué no? —contraatacó la otra—, aportaremos dos hechos de antemano». «¡Fuera de aquí las dos! ¡Ahora!», dije yo dentro de mi cabeza.

—¿Gemelos? —conseguí articular.

—Sí, dos niños, ¿por qué pones esa cara?

—Es irónico, mi exmarido también espera gemelos.

—¡Oh! —dijo Toni.

Al cabo de un rato, viendo que yo no decía nada más, añadió:

—Creo que tendré que empezar a pensar en irme. Mañana hay que trabajar.

Pero no se movió.

—No es que yo sea muy dado a los cotilleos, pero oí sin querer que estabas en proceso de divorcio. Debisteis separaros hace tiempo, si espera gemelos —dijo de repente.

Enarqué las cejas.

—No es lo que se dice un secreto; Isa y Ruth últimamente no saben hablar de nada más que de mi divorcio. Quieren encontrarle, cueste lo que cueste, un sustituto a mi exmarido.

¡Hala! ¡Ya había vuelto a ponerme roja! Normal, parecía que me estaba ofreciendo en bandeja de plata.

—Entonces, lo de la separación ¿es reciente?

—Desde el día que empezaste a trabajar en la clínica, pero todavía no estamos divorciados. No hemos ni empezado a mover los papeles.

—¡Pues hace muy poco tiempo! ¿Y espera gemelos? ¿Y por qué te molestan aquellas dos tan pronto? —Lo dijo con tono indignado, como si todo el mundo estuviera portándose fatal conmigo.

Yo me reí.

—En realidad, hemos estado separados durante mucho tiempo, no me he explicado bien. Se fue a trabajar a Cancún hace dos años y cortó el contacto conmigo desde aquel momento. Si no hubiera sido por las llamadas quincenales y los ingresos en la cuenta corriente, hubiera sido como si estuviera desaparecido.

—Y ¿decidiste dejarlo?

—No, la ironía es que tuvo que venir y anunciarnos que estaba a punto de tener gemelos para que nos diéramos cuenta de que nos había abandonado. — Toni silbó por lo bajini—. Los primeros días fueron un poco duros, pero en cuanto nos dimos cuenta de que vivíamos igual que antes de la noticia, seguimos adelante bastante bien.

—Todo el tiempo hablas en plural.

—Porque en realidad fue peor para los niños. Nosotros dos ya no éramos «nosotros dos» desde hacía mucho tiempo, no sé si me explico...

—Sí, te entiendo.

—Pero para ellos sigue siendo su padre, y si para mí fue una liberación, para ellos fue un disgusto.

—¡Pobres! Lluc parece un chico fantástico. Entiendo que estén tristes. No puedo imaginar que una cosa así me pudiera pasar a mí. Y tampoco entiendo que alguien pudiera irse con otra teniéndote a ti —dijo al cabo de unos segundos, mirándome otra vez de aquella manera suya.

Levantándome deprisa me aclaré la garganta. Toni también se levantó, no me miraba ya y parecía avergonzado.

—Bueno, es hora de empezar a marchar. Nos vemos mañana en la clínica.

—Claro —dije yo. Lo acompañé hasta la moto.

No sabía si le tenía que dar dos besos, si le tenía que dar la mano... Al final, y poniéndome de puntillas, lo besé, justo en la comisura de los labios, me di la vuelta y entré corriendo en la casa.

No me podía creer lo que acababa de hacer, pero no había podido evitarlo.

Fui hacia la habitación mientras se oía el estruendo del potente motor por

el camino. No podía parar de pensar en él encima de aquella moto.

Me tumbé en la cama y empecé a pensar que sus piernas musculosas no rodeaban el asiento, sino mis piernas, y que su cuerpo no reposaba encima del depósito de la moto, sino encima de mi cuerpo, y la sangre empezó a hervir en mi interior.

Me quité la ropa, con delicadeza, como si lo hiciera él. En todo momento veía aquellos ojos suyos clavados en los míos. Llevé la mano hacia mi sexo y ya estaba mojado. De mi boca empezaron a brotar gemidos profundos. Hacía mucho tiempo que no me daba placer a mí misma, y recordé que en un *tupper sex* había comprado un vibrador.

Fui a buscarlo. Mi excitación aumentó imaginando lo que vendría a continuación.

CAPÍTULO 6

«I és que la veritat,
que mai no existirà,
no importa ja tant
com tenir-te al costat
[Y es que la verdad,
que jamás existirá,
no importa ya tanto
como tenerte a mi lado]»

(Lax'n'Busto, *Més que la meva sang*)

Vaya noche había pasado.

No había podido dormir ni una hora seguida.

Pensaba y volvía a pensar en todo lo que habíamos hablado Marta y yo la noche antes. A ratos me decía que nos habíamos hecho una especie de declaración mutua y al minuto siguiente que lo que había pasado no quería decir nada.

En resumen, yo le había insinuado que, de ser su marido, no la habría dejado nunca y ella me había besado en la comisura de los labios. ¿Qué era eso? ¡Nada en realidad!

Pero si yo le gustaba, era muchísimo, ¿no?

¡Uf! no podía pensar más. «¡Basta, basta!», le grité en silencio a mi cabeza.

Lo primero que hice al llegar al trabajo fue mirar hacia la sala de personal, detrás de Isa y Ruth, pero estaba vacía. Era raro, Marta no solía llegar tarde nunca.

¿Tendría gente citada tan pronto?

Ellas dos atendían a varios pacientes y me saludaron con la cabeza.

Entré en la consulta, buscando alguna excusa plausible para volver a salir. ¡No, lo que tenía que hacer era centrarme en el trabajo! Aquella noche en blanco había conseguido que me obsesionara con Marta. Hasta ahora la había mirado con buenos ojos, sí, pero entre ese día y el anterior, había habido un cambio, en esos momentos me gustaba de veras. No paraba de pensar en qué podía hacer para que ella pensara en mí del mismo modo en que yo pensaba en ella.

Decidí que si iba a tomar algo a la sala de descanso, no estaría haciendo nada fuera de lo normal. Y salí.

En la sala estaba Damiá.

—¡Buenos días! —me dijo en cuanto me vio.

—¡Buenos días! Vengo a buscar un café porque con el que ya he tomado no me va a bastar.

—¡Ya se ve! Tienes mala cara.

—No he dormido demasiado bien.

—¡Ya veo! Tienes a alguna chica que no te deja pegar ojo. —Rio—. ¿Un día podré ir de marcha contigo y recoger tus migajas?

«Si tú supieras», pensé.

—¿Quién se va de marcha? Yo me apunto —dijo, entrando, Isa.

—Yo, que le quería tomar el pelo al chico, pero no se deja.

—¿Tú no deberías estar ya en el hospital? —Ruth, tan seca como de costumbre, no se cortaba ni con Damiá; quizás yo no le caía tan mal después de todo.

—¡Ya me voy, ya me voy! —dijo levantando las manos—. ¿Marta ya ha salido para allá?

—Sí, ha dicho que quería empezar pronto, piensa que las intervenciones se alargarán bastante hoy y quería ir avanzando trabajo.

Así que había ido hacia el hospital pronto, sin siquiera tomar café. ¿Estaba evitándome? Aunque así fuera, al día siguiente nos veríamos; quizás, más tarde, podía inventar cualquier excusa para asistir a una de las operaciones.

Sin duda, me estaba comportando como un adolescente.

El viernes por la mañana no me entretuve demasiado en la clínica, salí tan pronto como pude hacia el hospital. Aunque tenía la excusa perfecta (teníamos dos intervenciones que prometían ser bastante largas), no quería ver a Toni. Cada vez que lo veía, el corazón se me disparaba, por no decir que solo podía pensar en que notaría en mi cara la noche de fiesta que había tenido pensando en él.

«Aun así seremos vecinos; verlo, lo verás —me dije—, si incluso te dijo que podíamos ir y venir juntos al trabajo... Aunque hoy me moriría de vergüenza al verlo solo de pensar en la noche pasada...».

Las intervenciones terminaron más temprano de lo que habíamos planeado y cuando ya recogíamos, apareció.

—¡Buenos días! Venía a ver si necesitabais ayuda, pero veo que sois muy eficientes y que habéis podido con todo vosotros dos solitos.

—Sí, ha ido mucho mejor de lo que esperaba, hemos acabado antes de lo planeado —contestó Damiá—. Y tú, ¿también has terminado?

—Sí, hoy tenía una mañana tranquila.

—¿Queréis que vayamos a comer? —preguntó Damiá.

—Por mí, genial —dijo Toni—. ¿Tú vienes, Marta?

—A mí me encantaría, pero quedé con una amiga mía hace más de una semana y si no voy, la dejo plantada —contesté.

—Muy bien, pues más para nosotros —intervino Damiá, mirándonos a uno y otra.

Me despedí y empecé a marcharme: ¡había conseguido mantener la cara sin que se me notara nada! ¡Yupi! Cuando ya estaba a punto de cruzar la puerta, Toni me llamó:

—Si me das tu número de teléfono, mañana os avisaré en cuanto lleguemos.

—¡Claro! No tenemos fijo, te daré el número de Lluc, ya que te dijo que

estaría levantado temprano.

Le di el número de Lluc y reemprendí la huida.

—Espera, tampoco tengo el tuyo, ¡dímelo y lo apunto también! —¿Era mi imaginación o parecía incómodo?

Con Coloma, mi amiga, analizamos cada una de las frases que habíamos pronunciado Toni y yo durante los dos días anteriores, como hacíamos cuando todavía íbamos al instituto y nos gustaba algún chico. No recordaba que fuera tan estimulante y lo pasé fenomenal sintiéndome como una jovencita de nuevo.

—Todavía no entiendo qué problema le ves a que seas mayor que él. — Coloma me sermoneaba—. Eso no es más que un prejuicio sexual. Y si fuera él quien tuviera doce años más que tú, ¿lo verías tan mal?

—No creo que sea solo un tema de prejuicio sexual, hay otros muchos factores a tener en cuenta. ¡Quiere tener hijos!

—¿Y?

—Hombre, quitando que mi edad ya no es la idónea, ¿cómo crees que me las apañaría con un bebé después de tantos años?

—Joder, ¡creo que te ha ido más que bien con los otros dos!

—No quieras hacer de abogada del diablo; sabes muy bien que, biológicamente, nuestro cuerpo, aunque sea capaz, no es el mismo de hace veinte años. Y ya ni hablemos de la mente...

—La que no tiene que ver pegas donde no las hay ¡eres tú! Y aunque todo lo que has dicho me hace pensar que le gustas, eso no quiere decir que quiera una relación, quizás solo quiere divertirse, y a ti, después de deshacerte de David, también te iría muy bien.

—¡Uf, no! Qué pereza.

—¿Pereza? ¿Y empezar otra relación larga?

—Ni una cosa ni la otra, déjame disfrutar de este flirteo...

—¿Qué flirteo ni qué flirteo? Este cuerpo, que según tú no es el mismo de

cuando teníamos veinte años, tiene las mismas necesidades, y la mente, aún más.

Llegué a casa sobre las ocho, no había mirado el móvil en toda la tarde. Encontré ocho mensajes nuevos.

Después de comer, llegué a casa bastante achispado. Entre Damiá y yo nos habíamos bebido una botella de vino y después, con el café, habíamos tomado una copa de licor de hierbas, o dos...

Tenía muchas ganas de escribir un mensaje a Marta y a mi cerebro embotado le pareció una idea magnífica.

Escribí:

«Mañana llevaré el postre.

También te quería decir que me pareces una mujer súper interesante.

Me siento muy bien contigo.

Además, me pareces muy guarra.

Guana.

XD

Fruta corrector.

¡GUAPAAAA!».

Después de enviarlo, me senté en el sofá muy satisfecho y, pensando en Marta, me quedé dormido.

Me despertó el móvil con el tono de mensaje entrante.

«Ya veo que alguien ha bebido un poquito con la comida».

Era un mensaje de Marta. De golpe, recordé lo que le había escrito horas antes.

Mierda. Mierda.

«No me hagas ni caso.

Vaya espectáculo paupérrimo».

«¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!».

«Bueno, que llevaré el postre sí que es verdad.

Y que me pareces muy interesante.

Y guapa».

«Creo que tendrías que tomar un café.

No parece que se te haya pasado la borrachera».

«Sí, creo que me convendría.

¿Qué tal tu comida?

¿También te han emborrachado?».

«¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! No, yo tenía que conducir.

Tampoco es que beba mucho normalmente».

«Ni yooo, ha sido todo culpa de Damiá».

«Siii, claro, te ha hecho beber a la fuerza».

«A la fuerza, no, pero no quería

quedar mal con el “*boss*”».

«¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!».

«Y tampoco quería quedarme atrás».

«¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!».

«Menos mal que al menos a uno de los dos le hace gracia».

«Hombre, porque aún eres nuevo, has aprendido la lección de la peor manera posible.

Al “*boss*” nadie le gana en el tema bebida».

«¡Uf, para la próxima ya lo sabré!

Me empieza el dolor de cabeza».

«¿Empieza?».

«Sí, es que me había quedado dormido en el sofá».

«¡Tendrás que poner una aspirina en el café!»

¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!».

«Sí, ¡tú encima ríete de mí!».

«Ohhh, pobreecito, qué peeeena».

«Eso me gusta más».

«¿Ya lo tienes todo listo para el traslado de mañana?»

«Solo tengo que trasladar algo de ropa, no me traje nada de Barcelona.

Bueno, y los libros».

«¿Te gusta leer?».

«Muchísimo, ¡dime que a ti también!».

«¡A mí también! Pero...»

«¿Pero?».

«Pero no soy ninguna intelectual».

«¿Qué quieres decir con eso?».

«Que no leo a Kafka, por ejemplo...»

«Será porque no lo has intentado».

«Es posible, pero con solo pensarlo me estreso...

A mí me gusta leer cosas que
me entretengan, que no me obliguen
a pensar demasiado...».

«Yo lo intenté, leer a Kafka quiero decir, pero no lo conseguí».

«¿Qué lees ahora?».

«El último Catón».

«Matilde Asensi.

Me encantó, lo he releído unas
cuantas veces».

«Yo también lo releo ahora».

«¿Catalán o castellano?».

«En castellano, me gusta leer los libros en el idioma en que fueron
escritos.

Si pudiera, leería Los hombres que no aman a las mujeres en sueco...».

«¿No prefieres leer en nuestra lengua, el catalán?».
«Cuando tengo que leer un libro traducido, sí.
Pero cuando lo puedo leer en el idioma que fue escrito,
lo prefiero».

«¿En cuántos idiomas lees?».

«¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!

En catalán, castellano y, sin querer sonar pretencioso, algunas cosas en inglés, Kafka por supuesto que no».

«¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!».

«¿Qué pasa?».

«La lengua materna de Kafka era el alemán».

«¡Oh, oh!

¿Ves? Una razón más para no leerlo en inglés».

«¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!».

«Y tú ¿qué estás leyendo?».

«No, si te lo digo, ¡te reirás!».

«¡Venga ya!, yo te lo he dicho».

«Lo que el viento se llevó».

«¿De verdad?».

«Sí, y tengo que decir que el libro es aún mejor
que la película».

«¿Qué libro no lo es?

«Sí, en eso tienes razón».

Estaba muy bien hablando con ella, súper bien, tanto que estuve a punto de subirme al coche e ir hacia Ses Salines. Podía dormir en Can Suau aquella misma noche si quería. ¿Por qué no lo había pensado antes?

Un nuevo mensaje apareció en la pantalla y durante un rato estuve pensando si debía contar la verdad.

Tenía ganas de preguntarle por su vida sentimental, pero no sabía cómo hacerlo. Me decidí a intentarlo con algo que hubiera mencionado en los mensajes, y cuando encontré lo que buscaba, escribí:

«¿Por qué no trajiste nada de Barcelona?»

Pasó un buen rato sin que dijera nada y cuando ya me iba a flagelar por ser tan bruta, dijo:

«Cuando salí de Barcelona, huía».

«¿Huías?».

«Sí».

Volvió a pasar un rato, y ya creía que no me contaría nada más, entonces, sonó el teléfono...

Me contó lo que le había pasado con Cristina y lo humillado que se había sentido. Que ella había sido su primera novia...

—Pensaba que no podría volver a confiar en una mujer nunca más, pero hablar contigo es tan fácil.

—¿Nunca más? ¿No has escuchado nunca a los Lax'n'Busto tú, o qué?

—¿Por qué lo dices?

—*Mai diguis mai, oh mai*³... —intenté entonar.

—La letra me suena, pero la tonada estoy seguro de no haberla oído antes.

—¿Quieres reírte de mí, por casualidad?

—Creo que no has entonado ni una nota —dijo riéndose tanto que casi no lo entendía—. No tienes mucho oído para la música, según veo. —Por el auricular me llegaban más risas.

—Colgaré el teléfono y se acabó.

—No, no cuelgues... Lo estoy pasando muy bien.

—A expensas de mí.

—No me estoy riendo de ti. ¡Me río contigo!

—Pues a mí no me hace ninguna gracia. Cuando tenía ocho años, la monja me invitó a abandonar el coro de la escuela, dijo que mi presencia no era

bienvenida ante todos los niños. Tengo compañeras que todavía se ríen de mí.

El teléfono pitó, anunciando que se acababa la batería.

—Tendré que colgar, tengo que enchufar el teléfono.

—Yo lo he hecho ya hace un rato.

—¿Hablas con el teléfono enchufado? ¿No es incómodo?

—No, estoy tumbado en la cama, ni siquiera me doy cuenta.

—Hace mucho que hablamos, ¿qué hora es?

—Las once y media.

—¿Ya? ¡Uf! Ahora sí que habré perdido la credibilidad, siempre les digo a los niños que no pueden pasar tantas horas al teléfono. Virgen Santa... Ya entiendo la cara que ponía Clara.

Él se rio.

—Menos mal que tenía a Caterina y no me ha prestado mucha atención.

—No le había contado lo que me hizo Cristina más que a mis padres y a mi hermana. Vuelvo a decir que es muy fácil hablar contigo, me encanta —dijo en tono suave.

—Gracias por haber confiado en mí.

—Gracias a ti por escuchar.

Se hizo un silencio, el teléfono volvió a avisar de que no tenía batería.

—¿Nos vemos mañana? —pregunté.

—Enchufa el teléfono —dijo él.

Lo enchufé y seguimos hablando hasta las dos de la madrugada, cuando nos quedamos dormidos con el teléfono pegado a la oreja.

3 N. de la T.: «Nunca digas nunca, oh, nunca».

CAPÍTULO 7

«I és que tu saps,
que tu i jo ens hem cercat,
i ara que ens hem trobat,
un davant l'altra no sabem esperar
[Y es que tú sabes,
que tú y yo nos hemos buscado,
y ahora que nos hemos encontrado,
uno frente al otro no sabemos esperar]»
(Suso Rexach, *No sabem esperar*)

El sábado por la mañana estaba como en una en una nube.

Estaba muy pillado, como dirían mis sobrinos, que en ese momento estaban sentados en el coche y ocupando más sitio que las cosas que «trasladábamos».

Tenía nervios en el estómago. Me emocionaba cada vez que pensaba en todo lo que habíamos hablado Marta y yo la noche anterior, en todo lo que había sido capaz de contarle. Nunca había llegado a aquel nivel de intimidad con ninguna chica, ni siquiera con Cristina, con quien tenía unas conversaciones mucho más superficiales.

El cambio que estaba dando mi vida me gustaba sobremanera.

En la casa, que me había encantado, no tenía que hacer nada, solo poner mi ropa en el armario y los libros en los estantes.

La clínica, de la cual no esperaba gran cosa cuando mi madre me anunció aquel domingo que empezaba a trabajar allí al día siguiente, me había sorprendido de forma tan grata, que no pensaba cambiar de trabajo en mucho tiempo.

Y Marta... No podía pensar en ella sin que el corazón empezase a latirme

con fuerza.

Creía que podíamos llegar a tener algo. No sabía qué tipo de relación buscaba ella después de acabar una que había durado tantos años, o si incluso quería tener una. De hecho, tampoco hacía tanto que yo había terminado la mía, pero encontrarla a ella había sido como encontrar un regalo del cielo. Empezaba a creerme aquello de que, cuando una puerta se cierra, se abre una ventana.

Pau y Joan, los gemelos, y Teresa, estaban muy animados. Tenían ganas de ver la casa nueva; además, después de haberme visto tan hecho polvo, en esos momentos mi alegría se les contagiaba. Estábamos muy unidos y, si bien ellos sabían que la razón de mi abatimiento anterior era la ruptura de la relación con Cristina, la única que se atrevió a decir algo fue Teresa:

—Padrino —me había dicho aquel día con ademán serio—, a mí no me gustaba nada Cristina porque estaba muy celosa de mí.

—¿No será al revés? —le había preguntado yo.

—¡No! ¡Era ella la que lo estaba, no yo!

No pude evitar sonreír, a pesar de que me encontraba en uno de los peores momentos de mi pesadilla.

Yo era padrino de Joan, pero me llamaban padrino los tres porque mi hermana los había acostumbrado así, no le parecía bien que me llamaran Toni, y «tío Toni» le parecía demasiado formal para su hermanito pequeño.

Mi hermana, Margalida, era catorce años mayor que yo, siempre me había tratado como a su niño mimado y no parecía que fuera a cambiar de actitud hacia mí en toda la vida. De hecho, ya se había apuntado a venir al día siguiente con la excusa de recoger a los niños, que se iban a quedar a dormir. «Y así nos haces una paellita». Yo, que casi no sabía ni freír un huevo. Me había hecho una lista de cosas que tenía que comprar y yo contaba con que la preparara ella.

A mi cuñado, que yo conocía desde siempre (él y mi hermana habían empezado a salir cuando todavía eran muy jóvenes) lo quería muchísimo, como a un hermano mayor. Él me había tratado como a un igual desde el

principio, y eso había hecho que mi admiración por él fuera enorme desde el minuto uno de nuestra relación. Muchas veces, cuando quería consejo sobre algo, lo llamaba a él antes que a mi hermana, que enseguida se ponía histérica por todo.

Los niños no paraban de hablar. Yo ya les había dicho que lo más seguro sería que tuviéramos a tres chicos más de su edad para ayudar en la «mudanza» y estaban entusiasmados porque les encantaba conocer gente nueva. Por el poco tiempo que yo había pasado con Lluç, creía que al menos los tres chicos tenían que llevarse bien; suponía que las niñas también congeniarían, mejor dicho, cruzaba los dedos para que así fuera.

El sábado por la mañana se podía palpar el nerviosismo en el ambiente de casa; yo estaba ansiosa por ver a Toni y los niños también estaban emocionados. Había oído a Clara y Caterina preguntándose cómo debían ser los gemelos. Madre mía, ¡la adolescencia!, yo no volvería a pasar por ella ni aun sabiendo todo lo que iba a pasarme.

Me había cansado de repetir a Isabel, a Ruth y a Coloma que no quería tener nada con Toni y ahí estaba yo, muriéndome de ganas de que llegara, como una colegiala.

La conversación de la noche anterior tenía parte de culpa, pero no toda. Me había gustado desde el primer momento en que lo vi, pero la diferencia de edad era un hándicap para mí, como también lo era la baja autoestima que me había dejado la marcha de David. Yo me repetía que Toni podía tener a las mujeres que quisiera y que, precisamente por eso, no me querría a mí.

Pero cuando la noche anterior me había contado cómo había sido su relación con Cristina, lo sentí más cercano, como si ya fuera un poco mío.

Estaba pensando todo eso cuando sonó un claxon en la calle. Salí de la casa con toda la calma que pude reunir, pero con una tempestad de emociones bullendo en mi interior.

Del coche bajaron dos muchachos altísimos y una chica muy guapa. Vi cómo a Clara y a Caterina se les desencajaba la mandíbula, y cómo Lluç

bajaba los escalones del porche para ir a estrechar la mano a Toni.

Cuando me acerqué, oí que Toni decía, mirando a Lluc:

—Esta es Teresa, y estos son Pau y Joan, mis sobrinos. —Y después, mirándolos a ellos—. Él es Lluc, y estas dos señoritas son Caterina y Clara, que aunque no sean gemelas, por lo que he oído, no se separan casi nunca.

Ellas dos se pusieron muy rojas y todos los demás nos reímos.

—Yo soy Caterina —aclaró ella, que se había recuperado un poco más deprisa que mi hija.

Por último, volviéndose hacia mí y mientras me miraba a los ojos, dijo:

—Hola, Marta, ¿no has dormido bien? Tienes cara de sueño.

—Tuve una mosca o un moscardón molestándome hasta muy tarde ayer por la noche.

Toni echó la cabeza atrás mientras reía con fuerza. Después me cogió una mano y me dio dos besos, entreteniéndose en cada uno, mientras yo me deleitaba con cada fibra de mi cuerpo.

Girándose hacia los chicos, que nos miraban con cara de asombro, dijo:

—¿Nos vamos a Can Suau?

—No cabéis todos en el coche, ahora sacaré el mío y acompañaré a estos tres.

—¡Venga, mamá! —dijo Lluc—. Nos apretaremos un poco. Si vamos aquí al lado.

Miré a Toni, enarcando las cejas.

—¡Claro! —dijo él—. No pasará nada. Somos vecinos, ¿sabes?

Fue mi turno de reírme con ganas porque sabía que él no estaba de acuerdo en absoluto en eso de que fuéramos vecinos; las fincas estaban demasiado lejos, decía.

Se fueron, y yo decidí ponerme a hacer las pizzas porque me parecía que tantos adolescentes pronto tendrían hambre.

Media hora más tarde, el coche se volvió a parar frente a la barrera de casa.

Eran Toni y los tres chicos.

—¿Adónde vais? —pregunté cuando los vi desfilar por delante de la cocina.

—Les ha parecido que era un craso error que no entrara en mis planes traer un televisor y han decidido venir a buscar uno que Lluc tiene en la habitación —contestó Toni por ellos.

—Y ¿dónde piensa jugar con la Play? Sabe que en la sala no puede —dije alzando la voz para que mi hijo me oyera.

—Creo que también piensan trasladarla. Se ve que ellos tres han decidido que cabrían mejor en mi sala que en la habitación de Lluc.

Me entró la risa al oírlo y no pude evitar carcajearme de nuevo.

—Estás apañado, vaya panda de delincuentes te has buscado. ¿Y las niñas?

—Ah, ¡ellas! Han dicho que yo no tenía ni idea de colocar la ropa en el armario y han decidido hacerlo a su manera. Igual que con los libros.

Yo no podía parar de reír, lo estaba pasando de muerte a su consta.

—Tú ya te has puesto a hacer las pizzas, ¿tan pronto? —preguntó.

—¡Ni te imaginas lo que llegan a comer estos energúmenos! ¡Más vale empezar con tiempo!

—Vale, pues como en mi casa no me dejan hacer nada, los dejaré allí, que se acaben de adueñar de ella, y vendré a ayudarte. —Y después de unos segundos continuó—: ¿Que ha sido ese ruido?

Yo pensé: «Debe de haber oído los latidos de mi corazón, que se ha puesto a toda pastilla. No, imposible a esta distancia».

—Los chicos, que han tirado algo —dije, y después gritando añadí—: ¡Lluc, más vale que recojas todo lo que se te ha caído!, ¡no saldrás de casa hasta que esté todo en su sitio!

—Pobre, ¡vaya sargento estás hecha!

—¡Como para no serlo! Mantener el orden en una casa llena de hormonas adolescentes no es nada fácil.

—¡Te llevarás muy bien con mi hermana! —contestó él riéndose.

—¿Tu hermana?

—Sí, mañana se ha autoinvitado a hacer una paella en Can Suau y, por supuesto, que tú y los niños tenéis que venir.

—¿No vamos a ser demasiados?

—Solo dos más que hoy, así que no vale decir que no; a no ser que tengáis otros planes, claro.

—No, planes no tenemos, pero tampoco quiero molestar si vosotros queréis tener una comida en familia...

—O venís a comer, o seguro que mi hermana se presentará aquí a buscaros. Escoge.

—¡Qué exagerado eres! —dije riéndome yo, esa vez—. Claro que iremos, no vaya a ser que tengamos algo que lamentar.

Al cabo de un rato, los chicos salieron de la habitación cargadísimos y se marcharon los cuatro.

Ni siquiera paré el coche. Les dije a los chicos que se portaran bien, que no molestaran a las niñas y que, si necesitaban algo, me llamaran al móvil; ellos, que iban a su rollo, no me prestaron la más mínima atención.

En cuanto bajé del coche no me entretuve ni un segundo y entré corriendo en casa de Marta.

—¿Vuestra casa no tiene nombre? —le pregunté al tiempo que me metía en la cocina; estaba muy nervioso y no sabía cómo disimular la ansiedad que me atenazaba el estómago.

—Estuvimos buscándole uno apropiado durante un tiempo, pero como no lográbamos ponernos de acuerdo, no le pusimos ninguno. Algunos vecinos llaman a la zona Na Frare y nosotros, a veces, también.

Me coloqué junto a Marta. Nuestras piernas se rozaban.

—¿Cómo te puedo ayudar?

—C... creo... creo que la pasta no me va a bastar —dijo—. ¿Podrías

amasar un poco más?

Llevaba la cara llena de harina y le toqué la mejilla con un dedo.

—¿Me voy a ensuciar tanto como tú?

—Supongo que más —dijo mientras me embadurnaba la cara con la mano sucia, antes de correr en dirección a la terraza trasera, riéndose.

Salí corriendo tras ella y la cogí por la cintura; le hice dar la vuelta y restregué mi mejilla contra la suya, mientras ella trataba de zafarse de mí, esperando que la mayor parte de la harina de mi cara pasara a la suya.

Ambos nos reíamos hasta que fuimos poniéndonos serios mientras nos mirábamos a los ojos, a la boca y de nuevo a los ojos.

Nuestros labios se encontraron, suavemente al principio, tanteándonos, cada uno explorando al otro. Después las lenguas, atrevidas, entraron en juego. Atacándose y echándose atrás, devorándonos, como si ninguno de los dos fuera a tener suficiente del otro jamás.

Al cabo de un rato largo y maravilloso, apoyé mi frente en la suya.

Sentía su corazón palpitando veloz en el pecho, igual que ella debía de estar sintiendo el mío.

—Me gustas mucho, Marta —dije con la respiración entrecortada.

—Tú también me gustas a mí. Demasiado, quizás.

—¿Demasiado? ¿Por qué?

—Porque no tengo demasiado claro que esto sea lo más apropiado.

En ese momento sonó su móvil.

¡Qué oportuno! Mierda, mierda, mierda.

—No lo cojas —supliqué.

—¿Y si son los chicos? Vete tú a saber la que pueden haber armado.

—De acuerdo, pero solo puedes descolgar si son ellos.

Y por descontado que eran ellos.

Las niñas ya habían terminado de colocar todas mis cosas y preguntaban si podíamos ir a recogerlas; querían llegar hasta el pueblo para comprar no algo que yo ni siquiera llegué a escuchar..

—¡Ve! —dijo, dándome un azote en el culo.

—Esto no acaba así —le contesté mirándola a los ojos con intensidad.

—Ya veremos —dijo ella, riéndose a medias. Poniéndose de puntillas me besó con suavidad en los labios y ese beso, que fue como el aleteo de una mariposa, me robó la respiración con tanta fuerza como lo habían hecho los anteriores, tan apasionados.

Cuando estuve junto a la puerta me volví. Ella miraba al vacío, sonriendo, y no me vio; aquella imagen de ella, soñadora y sonriente, me dejó una honda impresión.

En cuanto Toni se marchó para hacer de chófer a las niñas, me quedé sonriendo y soñando como solo una tonta enamorada puede hacerlo.

No sé cuánto tiempo pude pasar así, solo sé que cuando desperté de mi ensueño el tiempo se me había echado encima y, como sabía que pronto llegaría todo el mundo, empecé a darme prisa para terminar las pizzas, sin poder sacarme a Toni y sus besos de la cabeza.

No cabía en mi propia piel, aunque era consciente de que Toni y yo teníamos muy poco futuro.

Al rato llegaron los chicos, que regresaron a pie desde Can Suau, y los convencí para que pusieran la mesa; unos minutos más tarde llegaron Toni y las niñas. Habían aprovechado para comprar lo que necesitaría su hermana al día siguiente para hacer la paella.

Nos sentamos a la mesa. Todo el mundo hablaba al mismo tiempo y había bastante ruido. Toni no dejaba de mirarme a los ojos y yo, por dentro, me sentía como de horchata o de flan: temblaba sin poder controlarme.

A los chicos les apeteció que hiciéramos algo por la tarde. Como hacía sol y los días eran cada vez más largos, propuse que fuéramos a la playa; podíamos ir caminando desde la Colonia de Sant Jordi hasta la playa d'es Carbó.

La playa d'es Carbó es una playa virgen situada en el litoral de Ses

Salines, en la costa sur de Mallorca. Solo se puede acceder a ella caminando por la orilla del mar, y limita con la finca de s'Avall de los March, que no se puede atravesar en coche sin permiso.

Todos se entusiasmaron y enseguida, después de comer, se prepararon para marchar de inmediato.

Salimos de casa sobre las tres en dos coches: los niños con los niños y las niñas con las niñas, como reza la canción. Después de aparcar, los chicos salieron disparados hacia la playa del puerto y el camino empedrado que lleva a la playa d'es Carbó. Querían ver quién llegaba antes. Las niñas también salieron deprisa, pero pronto dejaron de participar en la carrera; se dieron cuenta de que no podían ganarles a los chicos, más competitivos y de piernas más largas. De todas formas, nos dejaron solos a Toni y a mí.

Íbamos en silencio, disfrutando de la cercanía del mar y de la proximidad entre ambos. Nuestras manos se tocaban con frecuencia, dejándonos una sensación de descarga eléctrica que hacía que los pelillos del brazo se me pusieran de punta. Al cabo de un rato, Toni habló:

—¿Qué música te gusta?

—Casi toda —contesté—, aunque la que más me gusta es la de los años ochenta y el rock catalán.

—Y ¿els Manel?

—Claro, y Antònia Font, pero también Ana Belén y Víctor Manuel, Joan Manel Serrat... Como te digo, ¡me gusta todo!

Empezó a cantar en voz baja, pero con voz melodiosa, una canción del grupo els Manel, *Fes-me petons*.

—Esa no la conocía, ¡me ha gustado mucho! —dije emocionada en cuanto acabó de cantar.

—Sí, la letra es preciosa, els Manel me encanta.

—Cantas muy bien.

—¡Sí, seguro! —bufó—. Canto porque me gusta, pero no lo hago bien.

—Pues a mí me parece que lo haces muy bien, no está bien que no

reconozcas el mérito que tienes. Yo, como te dije, no canto ni en la ducha.

—Sí, ya me di cuenta de que cantar no es lo tuyo —se burló.

—A la que le gusta mucho cantar es a Clara, y no lo hace mal, la puñetera.

—Toni empezó a carcajearse de nuevo y me di cuenta de que lo hacía a mi costa.

—¿De qué te ríes? —pregunté yo, riéndome también.

—Has parecido una viejecita, «no lo hace mal, la puñetera» —me imitó, intentando sonar como una mujer muy mayor.

—¡Eh! ¡Los niños educados no se ríen de la gente mayor! —dije yo, sonriendo a medias.

—Tú no eres tan mayor. ¿Cuántos años tienes?

—¿No sabes que eso nunca debe preguntarse a una dama? —Después, más seria, añadí—: Seguro que más de los que piensas.

Paró de golpe y me miró.

—¿Por qué dices eso?

—Es lo que intentaba decirte esta mañana, no creo que «esto» —dije, señalándome primero a mí y luego a él— sea lo más apropiado.

—¡Venga ya! ¡Eso no es más que una tontería! —me interrumpió—. A mí me gustaría ver qué es «esto» antes de decidir si es apropiado o no. Y ¿por qué no debería serlo, de todas formas?

—¡Tengo más de diez años más que tú! Cuando tú empezabas a caminar, yo ya tenía las hormonas tan alteradas como esas tres chiquillas que están ahí delante. Y cuando empezaste a ir al cole, yo ya había tenido relaciones sexuales.

—Mejor, ¡una mujer que puede enseñarme muchas cosas! —dijo, mientras me cogía por la cintura y enarcaba repetidamente las cejas.

Intenté soltarme de su abrazo para que los chicos no nos vieran, pero él no me dejó. Me miró con el semblante serio.

—La única razón para no ver dónde nos va a conducir todo esto es que yo no te guste, porque si te gusto la mitad de lo que tú me gustas a mí, no hay

nada que pensar...

—¡Joder, Toni! ¿No es obvio que tú también me gustas mucho a mí? — dije, algo avergonzada.

—Entonces, ¿dónde está el problema? Eres un poco mayor que yo, ¿y qué?

—No es ser mayor que tú, es todo lo que eso implica. Yo tengo hijos que ya son mayores y no se me pasa por la cabeza tener más, solo por poner un ejemplo.

—¿Dices eso porque yo te comenté que quería tener muchos hijos? — contestó después de pensarlo durante un rato.

—¡Claro! Y porque estás en edad de tenerlos todavía, ¡pero yo no!

Me miró largo rato, después se acercó a mí y me besó. Fue un beso suave y muy largo.

—Como dijo Julio César, «cuando lleguemos a ese río, ya cruzaremos ese puente». Antes no quiero preocuparme por ello. Quiero disfrutar del tiempo que pasemos juntos y ver cómo nos va.

CAPÍTULO 8

«Sé que tinc la nit guanyada,
sé que en qualsevol racó
d'ara fins la matinada
lleparé la melmelada
del teu cos
[Sé que he ganado la noche,
sé que en cualquier rincón
desde ahora y hasta la madrugada
lameré la mermelada
de tu cuerpo]»
(Sau, *Foc al cos*)

Me besó y yo sentí volar mi corazón. Con ese beso ella me estaba diciendo que estaba de acuerdo, que probaríamos y veríamos adónde nos llevaba todo.

Seguimos caminando cogidos de la mano hasta que llegamos a la playa. Los chicos ya estaban en el agua y nos hacían señas para que nos reuniéramos con ellos.

—¡Sois muy valientes! —les gritó ella desde la orilla.

Mientras me sacaba la camiseta, noté cómo Marta me miraba. Bajó la vista de repente, como si la hubiese encontrado en una falta. Yo me reí y le tiré la camiseta a la cabeza, ella me sacó la lengua.

—¿Tú no nadas?

—¿Yo? En agosto y justito. Pienso alejarme del agua todo lo que pueda, no vaya a ser que tengáis la mala idea de salpicarme.

—¡Cobarde!

—Ya hablaremos cuando salgáis del agua como témpanos de hielo.

Yo me reí y me tiré al agua. No podía sentirme más feliz.

Por la noche, los chicos montaron una competición con la Play en Can Suau y su idea era no acostarse antes de las dos o las tres de la mañana, en consecuencia, las chicas contraatacaron organizando una fiesta de pijamas en la habitación de Clara.

Después de cenar, y con la excusa de que los chicos tenían mi salón ocupado, me fui a ver a las cuatro «niñas». Las tres pequeñas estaban en la habitación de Clara, y Marta estaba en la terraza, leyendo. Me senté a su lado. Demasiado lejos, para mi gusto.

—Cómo me gustaría que pudiéramos estar solos —dije.

—¿Ves cómo tú solito me das la razón? No solo es la edad la que se interpone entre nosotros.

—¡Venga! No empieces de nuevo. Hemos dicho que lo intentaríamos, no que nos rendiríamos a la primera. Vamos a pasear —añadí mientras me ponía en pie.

Se rio con esa risa fresca que ya empezaba a adorar y dijo:

—A dar un paseo, ¿como cuando teníamos quince años?

—No lo sé. Ya te dije que hasta los treinta no tuve novia —dije, sonriendo apenas.

—Vamos, que te voy a enseñar lo que yo hacía cuando tú empezabas a caminar.

No fuimos demasiado lejos. Algo más allá, el patio estaba a oscuras, había una pared baja y me senté en ella mientras Marta se ponía entre mis piernas, muy cerca de mí.

Empezamos a besarnos y tocarnos por encima de la ropa, pero al cabo de muy poco nuestras manos ya estaban sobre la piel del otro, caliente, ávida de caricias.

Marta empezó a darme besos pequeños, incendiarios, en el cuello. Fue bajando y dejando un camino húmedo hacia el estómago y más abajo. Cuando noté su aliento sobre el pubis, le cogí la cabeza con las dos manos.

—¡Espera! —dije con la voz entrecortada—. Espera, si continuas por ahí,

esto va a durar muy poco.

—Pensé que te gustaría —dijo con voz de pilla.

—¿Por qué piensas que te digo que pares? Casi he tenido un orgasmo solo de pensar hacia dónde ibas.

Ella se puso a reír suavemente, me hubiese gustado poder ver su cara.

Empezó de nuevo. Entre beso y beso me dijo:

—Si quieres que pare, solo tienes que decirlo y yo pararé.

—¿Esto era lo que hacías con quince años? —dije, algo alucinado.

Se rio de nuevo y el corazón me brincó alegre en el pecho.

—¡No, claro que no! Todo esto empezó algo más tarde. —Otra vez esa voz tan excitante.

Me dejé llevar.

Cuando me desabrochó el pantalón, mi pene se estiró, liberado. Cogiéndolo con una mano sopló con suavidad sobre el glande. Cerré los ojos, inspirando con fuerza, y cuando su lengua lo rozó, de nuevo estuve a punto de correrme. Se alejó justo en ese momento, dejándome desamparado.

Quería más de aquello, pero solo de pensar en ese sueño, ansiado durante tanto tiempo, haciéndose realidad... Mi excitación se elevaba más y más.

—¡Espera, espera! —repetí.

Pero ella, esta vez, no me dio tiempo para reponerme y al instante siguiente sus labios rodeaban mi polla y yo había subido al séptimo cielo.

Empezó a subir y bajar, a subir y bajar, con lentitud al principio, más rápido después. Yo apreté con fuerza los dientes, quería pedirle que parara y al mismo tiempo no quería que parase nunca.

De repente, paró y yo me estremecí. Cambió el ritmo y yo ya no podía más.

—¡Para! —Pero no lo hizo—. Para, Marta, ¡no aguanto más! —Y continuó.

Exploté en su boca. Fue un orgasmo bestial, tuve que morderme el labio para no gritar.

No podía recobrar el aliento mientras Marta volvía a dejar aquel caminito húmedo de besos, esta vez en dirección ascendente.

La abracé con tanta fuerza que pensé que la iba a romper. Me volvió a besar, de forma apasionada, y pude notar mi sabor acre en su boca.

—¿Ha sido como esperabas? —me preguntó, y se notaba la sonrisa en su voz.

—Ha superado cualquier expectativa, pero la próxima vez me gustaría verte.

Ella sonrió y volvió a besarme.

—¿Y qué hacemos contigo ahora?

—Podemos cambiar de postura. Yo me sentaré en la pared y tú te pondrás delante de mí —me dijo con esa voz que empezaba a volverme completamente loco.

CAPÍTULO 9

«Si és cert que son quatre dies,
diga'm que penses fer
[Si es cierto que son cuatro días,
dime qué piensas hacer]»
(Sau, *El teu estiu*)

El domingo por la mañana me desperté con una sonrisa en la boca pensando en la noche anterior.

Dejando aparte el sexo, que había estado bastante bien dadas las circunstancias, la noche había sido una de aquellas para recordar durante el resto de la vida. Todavía temblorosos, nos habíamos quedado allí, yo entre sus piernas, pegados uno al otro y diciéndonos palabras dulces al oído. Estuvimos así un buen rato y cuando, al fin, sobre las dos, la luz de la habitación de Clara se apagó, entramos en la casa sin hacer ruido.

Aunque hubiésemos estado tan cerca el uno del otro, estábamos ateridos de frío.

Nos tumbamos en la cama y continuamos hablando muy bajito, más cerca uno del otro, si cabía, que cuando estábamos fuera.

Se marchó sobre las cinco, y entonces me dio por pensar qué excusa les pondría a los niños por llegar tan tarde. No valía la pena comerse la cabeza con eso, lo más seguro era que no tardaran demasiado en darse cuenta de lo que pasaba.

Me levanté tarde. Las niñas se habían ido a Can Suau, según la nota que encontré sobre la mesa de la cocina, para ayudar a la madre de Teresa a hacer la paella, aunque yo sospechaba que su prisa tenía más que ver con los chicos que con la paella. Pobrecitas, a esas edades ellas no eran más que unas niñas para ellos y, sin embargo, a ellas ¡los chicos les parecían tan interesantes!

Me maquillé un poquito, quería causarle buena impresión a la hermana de Toni, aunque también quería gustarle a él y como no solía maquillarme nunca... aunque quería parecer una puerta. ¡Uf!, no sabía dónde meterme. ¡Estaba tan nerviosa! No podía parar quieta y me movía arriba y abajo de la casa colocando cosas que ya estaban en su sitio.

Cuando llegué a Can Suau, un buen rato más tarde, todavía no estaban sentados a la mesa, pero casi.

Teresa me presentó a sus padres, mientras los gemelos la miraban con cara de suficiencia.

Margalida era igual que su hermano, pero en mujer. Los ojos, la forma de reírse y la cara de buena persona que me gustó tanto en Toni cuando lo conocí eran exactamente iguales. Su marido también era muy agradable y se lo veía muy pendiente de ella y de los chicos.

Toni me empujó con disimulo hacia su habitación.

—¡No seas burro, se va a dar cuenta todo el mundo!

—Mi hermana ya lo sabe y, en consecuencia, también mi cuñado... —dijo mientras empezaba a besarme.

—¿Cómo dices?

—No tengo secretos para ellos. Además, Margalida me lo ha notado en la cara. Me ha echado una mirada de las suyas y ha dicho: «A ti alguien te ha quitado la tristeza de encima de un plumazo...».

—¡Uf! ¿Cómo voy a mirarlos a la cara? ¡Dios..., Dios! ¿Al menos les has comentado que me gustaría que los niños no supieran nada de momento?

—¡Sí!, no te preocupes, no dirán nada —contestó, mientras me abrazaba con fuerza.

—¿Qué ha dicho de que sea tan mayor?

—¿Otra vez con eso? No ha dicho nada. Tenéis casi la misma edad, la palabra vieja nunca saldrá de sus labios —dijo burlón al tiempo que me daba besitos en la nariz.

—¡Eres insoportable! —le contesté mientras le golpeaba el pecho.

Me apretó aún más entre sus brazos y no paró de besarme hasta que alguien dio unos golpecitos en la puerta y, abriendo apenas, dijo en voz baja:

—¡Sois malísimos en el arte de disimular!

Nos separamos deprisa mientras nos entraba la risa floja.

Cuando salíamos, Lluç me miró enarcando las cejas y pude entender su pregunta silenciosa: «¿Qué hacíais ahí metidos?», al mismo tiempo que una chispa de entendimiento le iluminaba la mirada. En su rostro se dibujó una sonrisa torcida y yo me puse roja como un tomate. Mi hijo de dieciséis años acababa de aprobar la relación de su madre. El mundo al revés...

Me dirigí a la cocina para ayudar a Margalida, pero ni me dejó entrar diciendo que estaba todo listo.

—¡Si yo casi no he tenido que hacer nada, lo han hecho todo las niñas, que son una maravilla!

—Se llevan muy bien esas tres, bueno, y los chicos también —dije yo, algo cortada.

Después de comer, todavía no sé muy bien cómo, Margalida y yo nos quedamos solas dentro de la casa tomando el segundo café.

—Hacéis buena pareja Toni y tú. Le gustas mucho a mi hermano.

¡El café casi se me salió por la nariz! Y yo que pensaba que Ruth entraba a matar...

Estaba muy pero que muy roja cuando contesté:

—Él me gusta mucho a mí también.

—Me ha dicho que llevas fatal lo de ser mayor que él.

—No lo llevo nada bien, pero él tampoco lo llevaría bien si se parase un rato a pensar en todo lo que implica.

—Yo creo que estas cosas no deben pensarse mucho con la cabeza. Ya se lo dije a él cuando me habló por primera vez de ti.

Tenía el corazón acelerado, no estaba preparada para esa conversación. En esos momentos, lo que hacía era no pensar demasiado en la situación; era la manera de tener aparcada la sensación de que estaba haciendo algo mal y

poder disfrutar de todo lo que me estaba pasando.

—No merece la pena que tú te lo tomes como un problema tampoco — continuó—. Mira, yo lo veo así: tú le gustas a mi hermano, y él te gusta a ti... A los dos la vida os ha dado algo de vinagre y os lo habéis tenido que tragar. Si ahora os da miel, ¿por qué no deberíais tomarla? Si después se pone mala, ¡ya veremos! De momento, empapaos bien de miel...

Me dio por reír, supongo que debido a la ansiedad; ver que la hermana de Toni, con la que él se llevaba tan bien, aceptaba a las claras nuestra relación... Me daba esperanza, me hacía un poquito más fuerte, pero solo un poquito, porque yo seguía con aquel gusanito que Coloma había bautizado como «prejuicio de sexo».

La semana siguiente pasó muy deprisa, no teníamos tiempo para vernos tanto como nos hubiera gustado, aunque robábamos momentos deliciosos en el trabajo y en casa, siempre que podíamos ponernos lejos de la vista de la gente.

El domingo anterior casi había sufrido un ataque al corazón cuando me di cuenta de que mi hermana se las había arreglado para quedarse a solas con Marta, pero cuando salieron juntas, riéndose, me tranquilicé por completo.

Por eso, el jueves decidí ir a ver a Margalida y que pagase por el mal rato que me había hecho pasar.

—Deberías invitar a Clara y a Lluç a pasar el fin de semana con vosotros, así Marta y yo podríamos tener una cita...

—Llegas tarde —me contestó.

—¿Por qué?

—Porque hace un rato Teresa ha llamado a Marta para preguntarle si podían venir los chicos el sábado y el domingo a casa; se ve que Clara le había dado el teléfono.

Me reí con ganas.

—A mí me apetecía que se llevaran bien, pero no pensé que se harían tan

amigos.

—Los chicos de Marta son un encanto y Caterina también. Lo que no sé es cómo voy a apañármelas con tanto adolescente en casa. Además, creo que las niñas ya se han repartido a los chicos y que ellos hacen como si pasaran de ellas, así que tendré que instalarlos lejos unos de otros.

—Pero si en esta casa hay un montón de sitio; además, no tenéis por qué pasar todo el fin de semana metidos en casa. Llévalos al cine o a pasear o lo que sea... Y ¿qué quieres decir con eso de que las niñas se han repartido a los chicos?

—Pero qué inocente eres, hijo mío, o eso o es que el domingo solo tenías ojos para Marta, porque se notaba a la legua que las niñas suspiraban por ellos.

—Me reí de nuevo.

—Era de esperar, y creo que aún tuvimos suerte, porque si Caterina se hubiese puesto en plan posesivo con Lluç, ellas tres no hubiesen congeniado.

—¡Vaya imaginación tienes! Son solo unas niñas.

—Y tú estás atontado. Las niñas crecen mucho más rápido que los chicos; además, Teresa me ha contado todos los detalles.

—Eres una bruja...

—¡Ya!, pero me la debes. Cuando yo quiera tener una noche romántica, te va a tocar a ti encargarte de ellos.

—Sí, sí, lo que tú digas, te debo diez si quieres. —Y la besé efusivamente.

Era sábado por la noche y Toni había organizado una cita romántica.

Me puse un vestido negro que me sentaba muy bien, era muy sensual y me encantaba llevarlo.

Vino a recogerme sobre las ocho. Estaba impresionante. Llevaba unos pantalones de vestir claros y una camisa marrón, arremangada a la altura de los codos. El primer botón del cuello estaba desabrochado y se le veían los pechos que yo había sentido bajo las manos.

En el restaurante al que fuimos nos colocaron en una mesa algo apartada donde disfrutamos de una relativa intimidad. Hablamos de mil cosas y nos reímos mucho. Teníamos una complicidad fresca, estimulante, y era maravilloso sentirme así con un hombre al que acababa de conocer después de tantos años de no practicar el flirteo...

Cuando ya estábamos a punto de irnos, fui al baño. Pude oír cómo se abría la puerta y entraba gente. Por las voces parecían dos chicas jóvenes, que hablaban animadamente.

—¿Has visto el pedazo de hombre que estaba sentado en la mesa del rincón?

—¿Uno con el pelo corto y un cuerpo de escándalo?

—Sí, cuando cenábamos me ha mirado y me ha sonreído. ¿Crees que debe querer tema?

—Pero si estaba con una mujer. ¿Piensas que te estaba tirando los tejos mientras estaba con otra? —preguntó la amiga, algo escandalizada.

—No creo que esa mujer sea su pareja, si acaso su hermana mayor o incluso su madre, ¿no has visto lo vieja que era?

—No me ha parecido vieja.

—¡Tú que no la has mirado bien! ¡Lo era! Si lo deja solo un momento, pienso acercarme y darle mi teléfono.

—¡Qué bestia eres! A lo mejor nos lo encontramos más tarde...

—No se pueden perder oportunidades tan a la ligera, pienso ir a hablar con él antes de salir de aquí.

Estallaron en carcajadas y salieron de nuevo del baño. No me habían visto. Yo no me había movido y, como los baños estaban separados del tocador, ellas ni se habían dado cuenta de que yo estaba allí.

Bueno, suponía que en esos momentos aquella zorra disfrutaba de la oportunidad que esperaba. Y Toni ¿qué haría?

¡Ya sabía yo que la gente hablaría! Era la primera vez que salíamos juntos, solos y en público. La primera vez. ¡Mierda! Eso no podía ser, estaba segura

de que aquello no podía salir bien.

El corazón me latía a mil por hora, no podía dejar de pensar que aquellas chicas tenían razón.

¿Cómo podía hacer entender a Toni que yo era demasiado mayor para él? ¿Cómo podía ser capaz de soportar las críticas de mis conocidos cuando no había podido mantener la calma ante el comentario de una tonta a la que ni siquiera le había visto la cara?

Cuando salí, me encontré a Toni rompiendo un papel en trocitos.

—¿Tan cara ha sido la cena que tienes que romper la cuenta? —dije, intentando hacer de ello un chiste.

—No es la cuenta. Es... es otra cosa.

—¿El teléfono de una tía que piensa que puedo ser tu madre, por casualidad?

—¿Cómo lo sabes?

No me había equivocado.

—Porque he oído cómo hablaba con su amiga en el lavabo.

—No sé qué has podido oír, pero viendo a la tipa, no puede ser nada bueno.

—No ha sido nada agradable. Sin embargo, sabes que tiene razón.

—No, no la tiene. Me gustaría que nos olvidáramos de ella y habláramos de otra cosa. Estoy contigo y además es lo que quiero, si hace falta te lo repetiré cada cinco minutos. Pero de haber estado solo, tampoco habría contemplado la posibilidad de irme con una persona como esa.

Parecía que Toni lo tenía muy claro, pero yo cada vez lo veía más difícil. Me obligué a no pensar en ella. Estaba decidida a disfrutar de la noche, aunque después resultase ser la última.

La conversación se había echado a perder y el ambiente también, por eso, en cuanto salimos del restaurante, pensé que nos vendría bien pasear al lado del mar y hablar de cosas sin trascendencia.

—Ya he terminado de leer *Lo que el viento se llevó*.

—¿Sí? ¿Y qué tal?

—El libro me ha parecido mucho más profundo de lo que nos han hecho creer con lo que se ve en la película. Nadie se libra de la crítica, unos por demasiado buenos, otros por aferrarse demasiado al pasado y otros por ser unos aprovechados. La sociedad, la forma de vida, todo...

—Hombre, fue premio Pulitzer, por algo sería.

La conversación no era fluida, era más bien incómoda, nada que ver con la que habíamos mantenido durante la cena.

Toni se paró de golpe, me cogió por la cintura e hizo que lo mirara a la cara.

—Marta, por favor, no sé cómo decírtelo. Me gustas muchísimo; para mí la diferencia de edad entre nosotros no tiene importancia y me encantaría que para ti tampoco la tuviera. Me encanta estar contigo y me mata que no veas que lo que de verdad importa es que tú y yo estemos bien.

—¡Ya lo sé, pero me molesta lo que pueda decir la gente, lo que pueda pensar!

—Ya sabemos que seremos la comidilla de la gente. A mí tampoco me hace gracia, pero prefiero disfrutar de estar contigo que perder el tiempo escuchando lo que puedan decir de nosotros.

Puso su frente en la mía. ¡Cómo me cautivaba que lo hiciera!

Su aroma era maravilloso y su proximidad me hacía pensar que todo era posible.

A Marta le costó mucho relajarse después de lo que había pasado en el restaurante. Yo no podía creer que aquella tía pensara que la había mirado siquiera. ¡Solo tenía ojos para Marta! Y lo peor de todo era que, por su culpa, Marta se había vuelto a preocupar por la diferencia de edad entre nosotros, después de tanto tiempo sin mencionarlo, el asunto volvía a tenerla ensimismada.

Después de pasear un rato más, nos fuimos hacia Can Suau.

Para que la noche resultara más romántica había llenado la terraza trasera, la que estaba junto a la piscina, de velas. Hice que Marta esperara en la casa mientras las encendía.

Cuando las vio, una sonrisa pícaro apareció en su cara.

—¡Mmm!, me parece que me quieres seducir.

—No lo dudes ni por un momento. Yo estoy loco por ti desde la primera vez que te vi y quisiera que tú lo estuvieras por mí.

—Todavía no me parece que pueda ser verdad.

—¿Por qué no?

—Porque no entiendo qué te puede gustar de mí.

—Todo.

—¿Todo?

—Absolutamente todo —contesté deprisa, intentando no perder la valentía —, me gusta todo de ti: cuando con cara de suma concentración la puntita de la lengua te asoma por entre los labios; cuando te ríes y toda tu cara se ve alegre; cómo te preocupas por los demás; cómo escuchas, igual que si lo que dice tu interlocutor fuese lo más interesante que hayas oído en tu vida; me gusta cómo caminas, cómo piensas, cómo me miras, cómo me besas...

—¿No será demasiado?

—Todavía no he terminado, queda mucho más.

—Lo de la lengua te lo estás inventando, con la mascarilla no se ve.

—También lo haces cuando no llevas mascarilla —contesté riéndome aliviado al ver que se estaba relajando de nuevo.

—¿Cómo camino?

—Si sigues analizándolo todo, no continuaré hablando.

—Vale, vale, no analizaré nada más, pero sigue, que me gusta mucho lo que estás diciendo —dijo de nuevo con voz pícaro.

—Me gustan tus ojos, tus manitas pequeñas... Hay otras cosas que todavía no hemos hecho y seguro que también me gustan...

—¿Como qué?

—No hemos nadado, por ejemplo —dije, empezando a besarla. Hasta ese momento no lo había hecho porque estaba prisionero de sus ojos que, a la luz de las velas, me parecían más brujos que nunca.

—¿Nadar? —dijo, algo asustada.

—Sí, nadar, tengo unos planes muy concretos que deben llevarse a cabo en la piscina —contesté con la voz ronca de excitación.

—Hará frío... —dijo ella, no muy convencida de tener que meterse en el agua a aquellas horas.

—No te preocupes, no te dejaré pasar frío.

—Y ¿esos planes incluyen bañadores? —preguntó con la respiración acelerada. Parecía que se le había quitado el frío de golpe.

—En ningún caso.

Estábamos dentro de la piscina. Tenía la piel de gallina debido al frío y a la proximidad de su cuerpo. Me imaginaba el momento en el que me pondría las manos encima.

Parecía que lo estaba llamando con la mente.

¡Tócame! ¡Venga, tócame!

Él me miraba a los ojos con aquella mirada que se me metía dentro, como si quisiera descubrir mis pensamientos, como si quisiera enloquecerme. No sabía que yo ya había perdido la razón por él.

Me puso las manos en la cintura. Puede ser que, al fin y al cabo, sí pudiera leerme la mente. Fue bajándolas despacito. Me mordí el labio inferior, pero no pude cerrar los ojos porque mi mirada estaba presa de la suya.

De repente, solo los dedos me rozaban la piel con ligereza y, casi de inmediato, solo uno se desplazaba con decisión hacia el triángulo de mi sexo; en cuanto llegó a su destino empezó a dibujar pequeños círculos que iban haciéndose cada vez mayores a medida que bajaba, bajaba, bajaba...

Un escalofrío me recorrió el espinazo y ya no pude mantener los ojos

abiertos por más tiempo.

El contraste entre el agua fría y la tibieza del dedo era enloquecedor, y pensé que las piernas no me sostendrían.

Me apoyé en la pared con el cuerpo lánguido, decidida a dejarlo hacer conmigo todo lo que quisiera.

Acercándose a mí, empezó a darme pequeños y suaves besos en la comisura de los labios, yo abrí la boca con avidez buscando su lengua y, cuando al fin nos encontramos, supe de inmediato que si mi cuerpo no entraba en combustión espontánea era solo porque estábamos en el agua.

Me cogió las piernas, las colocó rodeando su cintura y, sin quitar sus ojos de los míos, que había vuelto a abrir, situó la punta del pene justo en la entrada de mi vagina y empezó a adentrarse en mí con lentitud.

Sentía cada milímetro de su miembro entrando, notaba cómo se me empezaban a contraer los músculos. «¿Ya?», me dije, mientras aquellos ojos me penetraban al mismo tiempo que el miembro caliente y duro, y eran tan excitantes, o más, que el calor entre mis piernas.

Empezó a entrar y salir con lentitud, y cada movimiento era como una lengua de fuego en mis entrañas.

Sus manos en mis nalgas me sostenían con firmeza al mismo tiempo que dejaban una huella indeleble en mi piel.

Continuaba moviéndose, lenta y profundamente, hasta que el orgasmo me llegó, violento, salvaje, con un espasmo del cuerpo y del alma.

Sonrió satisfecho, con la boca, con los ojos, y empezó a besarme de nuevo mientras me daba la vuelta.

—Pon las manos sobre la pared.

Estaba detrás de mí y esta vez la penetración no fue suave, ni lenta, pero fue magnífica. Mi vagina sensibilizada y la postura entre él y la pared hacían que mi excitación se desbordara.

Volvió a colocar mis piernas entorno a su cintura y la penetración fue todavía más profunda.

Cada vez se movía más rápido, y más, y más. De repente, gritó liberado. Fue un grito profundo, fuerte, que me recordó a un león posesivo. Como en una reacción en cadena, mi cuerpo respondió y me corrí otra vez, gritando también.

Se apoyó sobre mi espalda, dejando caer mis piernas desde aquella postura que habría resultado imposible si no hubiésemos estado en el agua. Tiré atrás la cabeza colocándola sobre su hombro. Estuvimos así durante un tiempo precioso que duró minutos u horas... o puede que días, pero que, en cualquier caso, me pareció insuficiente.

CAPÍTULO 10

«I com més et coneixo,
molt més m'agrada el teu gos.
Ell el que sent no ho canvia cada dia.
I quan estima és de debó
[Y cuanto más te conozco,
más me gusta tu perro.
Él no cambia lo que siente cada día.
Y cuando me quiere es de verdad]»

(Els Pets, *Com més et coneixo més m'agrada el teu gos*)

Las semanas siguientes fueron como un sueño. Marta y yo estábamos mejor que bien. Como al principio de cualquier relación, disfrutábamos de pasar la mayor cantidad de tiempo juntos.

Lluc nos había demostrado que estaba enterado de todo.

Nos encontró a los dos en su casa; Marta estaba sentada en mi regazo, cuando llegó mucho más pronto de lo que ambos esperábamos, un día entre semana.

En cuanto oímos la puerta, Marta quiso levantarse, pero yo se lo impedí, pensando que sería peor si quien entraba se daba cuenta de la prominencia que se marcaba en mis pantalones.

Estando así, nos miró de hito en hito y se rio diciendo:

—Ya me parecía a mí que tanto ir y venir de Can Suau solo podía significar una cosa.

—¿Clara también lo sabe? —preguntó Marta, bastante cohibida.

—No, yo no le he dicho nada, será mejor que esperéis un poco, porque creo que todavía piensa que ese imbe... —Mirando a su madre se paró en medio de la frase—. Que papá cambiará de opinión y volverá.

—Sí, yo también pienso que será mejor esperar —contestó Marta.

Dirigiéndose a la habitación, ya dándonos la espalda, dijo:

—Supongo que lo haréis con protección, ¿no?

—¡Lluc! —gritó Marta, horrorizada.

—¿Qué? —contraatacó Lluc—. ¡Tú siempre me lo dices a mí! Yo también me puedo preocupar por ti, ¿o no?

Marta escondió la cara en mi cuello y yo me puse a reír: me sentía liberado. ¡Uno más que lo aprobaba! El tanteo me favorecía.

En el trabajo más o menos todos estaban al tanto. No es que lo hubiéramos anunciado a bombo y platillo, pero tampoco éramos diestros disimulando (como nos había hecho notar mi hermana); por otra parte, no ayudaba nada que Isa y Ruth supieran disimular aún menos que nosotros.

En mi casa todos estaban contentos de verme tan feliz. Mi madre ponía cara de suficiencia cuando me miraba, diciendo sin palabras: «¿Ves cómo mi idea de que empezases a trabajar era brillante?».

Sin embargo, todo esto debía jugar en contra nuestra. Que lo supiese tanta gente no hacía sino aumentar las posibilidades de que Clara acabara por enterarse también.

Al final, un día que llegamos tarde de Palma, Marta me besó en los labios antes de bajarse del coche al mismo tiempo que su hija salía de casa hecha una fiera.

—Pero... pero... ¿Aquí qué pasa? —Hacía viento, el cabello le golpeaba la cara y le otorgaba un aspecto de vengadora nórdica—. Me he cansado de decirle a todo el mundo que no estabais juntos, que solo erais buenos amigos; me he hartado de decir que tú esperabas que papá volviera, ¡y no era verdad! Estás liada con este... este tío al que conociste hace menos de dos días.

Lo que decía no era muy coherente, temblaba de rabia.

Marta le dijo con mucha calma:

—Clara, tranquilízate. Tenemos que hablar, pero no de esta manera. ¡Así, no!

Clara era muy buena niña, aunque a veces se le cruzaban los cables y se convertía en alguien detestable. Situaciones como esa eran poco frecuentes, pero cuando se daban, si no eras capaz de mirar la escena desde fuera, tomando distancia, te arrastraba en su cabreo y te veías diciendo cosas que ni pensabas, ni sentías, ni hubieses dicho en una situación diferente.

Intenté hablarle con calma, tomármelo como si estuviera viendo una película de Almodóvar, como me aconsejaba mi psicóloga, aunque era muy difícil pasar por alto la cara de rabia de Clara. Antes de que pudiese hacerla entrar en casa para hablar, empezó de nuevo.

—No tengo nada de qué hablar mientras este... —Dijo «este» escupiendo la palabra, como si le diera asco—. Este siga aquí.

Toni había bajado del coche y estaba detrás de mí, como si quisiera demostrarme su apoyo.

A mí, que desde hacía días me horrorizaba pensar en cómo se cogería Clara nuestra relación, no me sorprendió que estuviese tan enfadada; no obstante, me indignaba el desprecio con que trataba a Toni, que la había tratado igual que si fuera su sobrina y que se había dedicado a pasearlas a ella y a Caterina cuanto habían querido y más.

—¡Clara! Basta de hablar así.

—¿Así cómo? —dijo con una chulería que yo no estaba dispuesta a tolerar.

—¡Para empezar, no me grites!

—¡No te estoy gritando! —contestó a todo pulmón.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿qué estás haciendo?

Se dio la vuelta y entró en casa. Yo la seguí sin prestar atención a lo que hacía Toni.

Cuando entré, ella me esperaba delante de la puerta de su habitación. Me acerqué a ella.

—¿Tú no te das cuenta del ridículo que estás haciendo? Eres una vieja comparada con él; todo el mundo se ríe de ti, y tú ni te enteras. —Seguía

gritando a todo volumen y tenía la cara congestionada; vamos, que parecía la niña de *El exorcista*...

—¡Clara, basta! —grite yo, que ya estaba a su nivel.

—Lo que basta es el espectáculo que estás dando; lo que basta es que yo sea la última en enterarme de todo. ¡Oh, seguro que Lluc ya lo sabe! A él sí que le cuentas las cosas, porque a él lo quieres, ¡no como a papá y a mí! —Después de decir eso último, entró en la habitación, dio un portazo tremendo y cerró con llave.

Empecé a golpear la puerta con fuerza, con las dos manos.

—Clara, ¡abre la puerta o te juro que la echo abajo! ¡Sal! ¡Sal ahora mismo! ¡He dicho que salgas!

La que gritaba con todas sus fuerzas en esos momentos era yo.

Toni me cogió las manos impidiendo que siguiese golpeando la puerta. En cuanto le vi la cara me di cuenta del show que habíamos montado Clara y yo. Me llevó al salón y me obligó a sentarme.

—Coge aire y distancia —me dijo.

—Me ha sacado de mis casillas.

—Era lo que pretendía.

—¿Tú la has escuchado? ¿Tiene razón? La gente habla sobre nosotros. Estoy haciendo el ridículo y además estoy en boca de todos... —Me temblaba la voz y todo el cuerpo.

—Marta, coge aire —repitió Toni. De verdad había perdido los papeles, aunque, con lo enfadada que estaba era incapaz de verlo.

De todas las palabras horribles que acababa de decir Clara para hacerme enfadar, las únicas que se repetían en mi cabeza de forma obsesiva eran las que me había creído: «Eres una vieja, todo el mundo habla de ti, haces el ridículo...». Al resto no le daba ninguna importancia porque sabía que no la tenía; en mi estado no me daba cuenta de que esas tampoco.

Toni no me soltaba las manos y me miraba fijamente a los ojos como si quisiera rescatarme de aquel lugar en el que yo me había refugiado.

El teléfono empezó a sonar, pero yo lo ignoré.

—Toni, tienes que marcharte, ella tiene razón, nadie aprobará lo nuestro.
—Me estaba poniendo histérica.

—No tiene que aprobarlo nadie más que tú y yo. —Toni también parecía nervioso—. ¿Tenemos que hablar de esto otra vez?

El teléfono volvió a sonar y yo volví a pasar de cogerlo.

—Ya te dije que tengo hijos, ¡no solo puedo pensar en mí! —Estaba gritando de nuevo y la cara de Toni se crispó levemente.

—No tienes que escuchar todo lo que dice la niña, sobre todo ahora que está tan ofendida; no debes tomar ninguna decisión estando todos enfadados, y coge el maldito teléfono que va a volverme loco. —Todavía no gritaba, pero le faltaba poco.

Yo también había estado a punto de perder los papeles. Marta cogió el teléfono sin mirar siquiera el número; contestó seca, casi gritando.

—¡Diga!

Yo la observaba mientras le iba cambiando la cara, también cambió el idioma; pasó a hablar en castellano, en lugar de hacerlo en catalán, como hacía siempre.

—Sí, soy yo —dijo.

—Sí, pero... No..., pero...—Hizo una pausa larga—. ¿Cómo? —Eso último lo dijo gritando.

Me acerqué a ella y la sujeté porque parecía que estaba a punto de desmayarse.

—Sí, sí, lo entiendo —continuó, mientras lágrimas silenciosas rodaban por sus mejillas.

—Cogeré el primer avión que... Sí, lo llamaré en cuanto lo haya organizado todo. Adiós... sí..., sí, adiós.

Aquella llamada estaba destinada a cambiar nuestras vidas, aunque todavía no sabíamos cuánto.

—¿Qué ha pasado? —pregunté ansioso en cuanto ella colgó el teléfono.

—Es David —contestó. Continuaba llorando y hasta pasados unos segundos no prosiguió—. Ha tenido un accidente, su coche se ha incendiado; han podido rescatar el cadáver, pero no pueden identificarlo. Se tienen que hacer pruebas de ADN, y yo soy la única que puede autorizarlas porque sigo siendo su esposa.

Me quedé tan asombrado que fui incapaz de pronunciar palabra, todo lo que pude hacer fue sostener a Marta entre mis brazos e intentar que no diésemos con nuestros huesos en el suelo.

Al cabo de un largo rato, Lluc entró y nos encontró todavía abrazados. En cuanto se dio cuenta de que su madre lloraba se acercó, preocupado.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Por qué lloras?

Ella lo miró con los ojos vidriosos. Lluc se acercó con los brazos abiertos y su madre se refugió en ellos.

—Voy a buscar a Clara —dije.

—No querrá salir. —No se movió de entre los brazos de Lluc, que la miraba con ansiedad creciente.

Me detuve delante de la habitación de Clara y toqué flojito.

—¡Clara! ¡Clara! —Le hablaba con la frente pegada a la puerta, intentando no elevar demasiado el tono de voz.

—¡Vete!

—Clara, sé que estás enfadada. Tienes toda la razón del mundo para estarlo. Creo que, si fuese yo el que se encontrara en tu lugar, todavía lo estaría más.

No dijo nada y me animé a continuar.

—Lo hemos hecho todo mal en ese sentido. Tú y Lluc deberíais haber sido los primeros en saberlo, pero tu madre y yo queríamos ver qué tal nos iba antes de decíroslo. No queríamos que os enfadarais.

—¡Pues os habéis lucido! —Escupió las palabras con rabia.

—Ya lo sé, pero ahora es necesario que aparques este sentimiento porque

ha pasado algo mucho peor. Lluc, tu madre y tú necesitareis estar más unidos que nunca.

—Solo lo dices para que salga.

—No creo que mentirte sea lo más inteligente, sobre todo después de disculparme por haberte ocultado la relación entre tu madre y yo. Tampoco creo haber hecho nada, hasta ahora, que pueda hacerte pensar que actuaría de forma deliberada para hacerte daño. Sal, por favor, es importante.

Mis suplicas surtieron efecto, y Clara abrió la puerta.

—Ya sé que me he pasado un poco, pero es que vosotros... —Su tono empezaba a subir de nuevo.

—Lo mejor será que ese tema lo dejemos aparcado de momento, ven.

Mientras hablaba íbamos andando hacia la sala y en cuanto la niña vio a su hermano y a su madre se asustó.

Marta abrió los brazos y envolvió en ellos a sus dos hijos, sin parar de llorar.

Yo me encontraba fuera del duelo, apartado. No había conocido a David y no lo conocería ya. Aun así, sentía una pena tan profunda por ellos tres y por aquella vida que se había acabado que también empezaron a rodarme las lágrimas por las mejillas.

En ese preciso instante, Marta levantó la cabeza y cuando me vio volvió a abrir los brazos para que me uniera a ellos.

CAPÍTULO 11

«Perquè els teus somnis són els meus
de mica en mica mourem els peus
perquè els teus dies siguin meus
a contravent jo aniré fent
a contra mala gent jo aniré ferm
a l'encontre del temps
[Porque tus sueños son los míos
despacito moveremos los pies
para que tus días sean míos
incluso iré a contraviento
contra la mala gente seré firme
al encuentro del tiempo]»
(Ocults, *A contravent*)

Preparé la maleta sin reparar demasiado en qué ponía en ella.

Al final iría a México. Nunca había pensado que la causa podría ser tan triste.

Aunque David y yo habíamos terminado, tenía sobre mis espaldas veinte años de convivencia con él y, además, era el padre de mis hijos.

Se me había caído el mundo encima desde el momento en que me dieron la noticia; tener que decírselo a los niños había sido el peor trago de mi vida.

Clara estaba en estado casi catatónico, no hablaba, solo lloraba, y yo ya no sabía qué más decirle. Antes de que David se marchara a México, ella y su padre habían estado muy unidos, siempre pensó que él volvería y que todo sería, de nuevo, tal y como ella lo recordaba.

Lluc había decidido cortar todo contacto con David la última vez que este se fue, eso hacía que lo llevara algo mejor que Clara, aunque no demasiado,

porque precisamente por haber pasado de él en esos momentos se sentía muy culpable.

Tenía que volar desde Palma a Madrid y de ahí a Cancún.

Irme sola no me apetecía nada, pero ¿qué podía hacer si no? Los niños no podían venir conmigo. Aparte de que no les quería hacer pasar ese mal trago, tenían que ir a clase. Sabía que, aunque no podrían concentrarse, seguir la rutina les resultaría mentalmente saludable. Me parecía que no tenían ninguna necesidad de venir conmigo a México. Si cuando fueran mayores querían visitar el sitio donde había muerto su padre, podrían ir; en ese momento, me parecían demasiado jóvenes.

Y ya no había más familia con la que contar. Mis suegros habían muerto cuando los niños eran todavía muy pequeños. Tuvieron a David cuando ya creían que no podrían ser padres, por casualidad, y en una época en que serlo a los cuarenta y cinco años no era lo normal.

Después de que el teléfono interrumpiese la pelea incipiente entre Toni y yo, todo había pasado muy deprisa. Decidí, de manera unilateral, ya que Toni no estaba para nada de acuerdo, que mientras yo estuviera en Cancún no mantendríamos contacto y coger, así, algo de perspectiva. Pensaba que eso nos ayudaría a dilucidar si queríamos meternos en una relación tan complicada.

—La relación no es complicada —había argumentado él—. Los que la hacemos complicada somos nosotros.

Aunque había querido decir tú.

—Vale, pero ¡para mí sí que lo es! Quiero ver si puedo aclararme, porque ahora mismo estoy muy liada y no veo justo que tú tengas que pasar por mis cambios de humor a causa de la indecisión.

—Te daré el tiempo que necesites, pero a mí no me hace falta pensarlo. Lo tengo muy claro. Te quiero, Marta.

Yo siempre decía que los americanos, en las películas, o bien decían te quiero con demasiada facilidad o bien les costaba demasiado. Justo en ese momento, me daba di cuenta de que Toni y yo estábamos en distintos bandos;

eso me confirmaba que yo debía ser la madura de los dos y no podía dejarme llevar por la pasión que, sin duda, se acabaría al mismo tiempo que la novedad.

Aun así, Toni no se rendía con facilidad. El domingo, cuando yo ya lo tenía todo preparado para partir al día siguiente, se presentó en casa.

—Te he escrito una carta. No puedes leerla hasta que no te hayas aclarado, como tú dices, pero antes de decidir qué quieres hacer.

—Toni...

—No te estoy presionando, no creo que pudiera hacerlo con tu manera de ser. Lo que quiero decir es que harás lo que decidas, tanto si es lo más apropiado como si no, siempre que a ti te lo parezca.

—Creo que estás siendo algo duro.

—Tú también lo eres conmigo, con nosotros.

Nos miramos, pero él no se acercó a mí ni yo a él; nos separamos sin tocarnos, sin besarnos, aunque muriéndonos de ganas de hacerlo.

Marta se había ido.

Nos habíamos despedido como si fuéramos unos perfectos desconocidos. No fui capaz de acercarme a ella, de abrazarla, de acariciarla, de sacarle de la cabeza la absurda idea de que nos teníamos que mantener alejados para poder decidir qué queríamos hacer con nuestra relación.

La verdad era que yo estaba loco por ella. Cuanto más dudaba ella, más claro lo tenía yo.

Si, por una parte, su comportamiento, que me sacaba de quicio, no la hacía sumar puntos, yo tampoco podía negar que a veces me preocupaba lo que podía decir la gente.

Supongo que este sentimiento del «qué dirán» lo tenemos enraizado en nuestra cultura. Está claro que cada vez menos, pero todavía quedan reductos (como en la Galia), sobre todo en los pueblos, donde todo el mundo conoce a todo el mundo.

Que yo pensara así podía ser porque mis padres eran mayores, o por mi timidez, no lo sé. Lo cierto es que lo que los demás hablaran sobre que Marta y yo estuviéramos juntos me importaba más bien poco. ¡Que dijesen lo que quisieran mientras ella estuviera conmigo!

Le había escrito una carta donde le detallaba todas las razones por las que deberíamos, a mi entender, seguir juntos.

Le había dicho que no la abriese hasta poco antes de tomar una decisión definitiva porque pensaba que un poco de humor podía hacernos bien en esos momentos y en la carta había puesto todo el humor y todo el amor que había sido capaz de recoger.

Explicué a Damiá las causas de mi viaje precipitado a México; le dije que quería comprar solo el viaje de ida, con la vuelta abierta, y él no puso ninguna objeción.

Mis padres se trasladaron a nuestra casa para que los niños no se quedaran solos. Por mucho que Lluç y Toni hubiesen insistido en que no hacía falta, que bastaba con que los visitaran una o dos veces por semana, porque entre los tres se las apañarían, a mí Clara me tenía muy preocupada, no se encontraba nada bien y yo no quería que se sintiera tan desamparada.

El vuelo se hizo largo y pesado. Estando sola tuve mucho tiempo para pensar y lo hice, sobre todo, en David.

Es curiosa la manera en que se comporta la cabeza en situaciones como esa; además, lo hace de manera muy inteligente: se tiende a olvidar los malos momentos y, sin embargo, se recuerdan con más intensidad los momentos felices.

Como aquella vez que fuimos de excursión con David y mis compañeras de piso. Podía recordar con claridad el Ford Fiesta, de un color marrón feo, de Maria Antònia, quien lo había heredado de su primo (a saber de quién lo habría heredado él).

No encontrábamos de ninguna manera el lugar del que salía la ruta que

queríamos tomar a pie y nos habíamos parado a preguntar a un señor cerca de Deià.

—Perdón —había dicho mi amiga—, ¿nos podría indicar desde dónde sale el camino del Archiduque?

Aquel hombre había mirado primero a la derecha, después a la izquierda y con su un acento argentino (cuando todavía era tan poco frecuente oírlo) había contestado:

—Lo veo feo.

Nos reímos de esas palabras durante mucho tiempo. A lo largo de los siguientes veinte años, cuando nos encontrábamos delante de algo de difícil resolución, sacábamos a relucir aquel «lo veo feo».

Habíamos pasado más de media vida juntos. Nuestra relación ya no existía, pero las situaciones que habíamos vivido siempre lo harían, al menos, mientras yo fuese capaz de recordarlas.

El director de la compañía en la zona, que se identificó como Sergio Camacho, me había informado de que alguien iría a recibirme al aeropuerto.

En cuanto hube recogido mi maleta y pasado la zona de aduana empecé a intentar identificar a quien fuera que hubiese podido venir a recogerme.

Lo vi enseguida. Era lo que, según las películas antiguas, se consideraba el estándar de mexicano. Un hombre bajito, de complexión fuerte y con un gran mostacho exhibía un cartel que rezaba:

«SRA MATEU».

Qué manía tienen los americanos de encasquetarnos a las mujeres el apellido del esposo.

—Perdone, supongo que a quien espera es a mí. Mi nombre es Marta Manresa. Mateu es el apellido de mi marido, David. Él es chef, trabaja en el

hotel Cancún. —Entonces me di cuenta de que hablaba en presente y me entraron de nuevo las ganas de llorar. David ya no trabajaba, no lo haría nunca más, me dije—. Perdona, el *era* chef del hotel Cancún. Ha tenido un accidente y el señor Camacho, que es con quien yo he hablado, me dijo que mandaría a alguien al aeropuerto para que me recogiera.

El chófer me miró confuso tras la retahíla de palabras que había salido de mi boca, pronunciadas casi sin respirar.

—¿Me está diciendo que su apellido es Manresa? —preguntó mirándome con fijeza.

—¡Sí!

—¿Y su marido es David Mateu y trabaja en el hotel Cancún?

—¡Ex marido! —puntalicé yo—, pero sí.

—Y usted ¿no utiliza el apellido de su marido?

—¡No!

—Ajá. —Movié la cabeza entre comprensivo y pesaroso—. Estos europeos y sus ideas liberales.

Enarqué una ceja al oírlo, pero me abstuve de entrar en una discusión que, por otra parte, en esos momentos no me apetecía mantener.

—Venga por aquí, señora, el coche no está lejos —dijo, acto seguido, indicándome el camino con la mano extendida. No paraba de menear la cabeza como si la situación no le pareciera ni medio normal.

Pues sí que empezaba bien la aventura.

Y a mí, ¿quién me mandaba hablar tanto? Con lo fácil que hubiera sido decir: «Soy la señora Mateu». Punto. Pero no, yo tenía que reivindicar el propio apellido a más de ocho mil quinientos kilómetros de casa... ¿Qué le vamos a hacer? Cada uno es como es.

Una vez que entramos en el coche, me dispuse a colocarme para ver si podría dormir un poco. Me había resultado imposible del todo en el avión, pero ir en coche solía provocarme sueño cuando no era yo la que conducía.

—Y ¿cómo se encuentra su marido, muy mal?

La pregunta de aquel hombre me cogió por sorpresa, no esperaba que quisiera darme conversación, pero mucho menos que me preguntara por el estado de David.

—Él... él... él murió en el accidente —dije apenas en un susurro.

—¡Ay, señora!, perdóneme usted —dijo girándose para mirarme, y por consiguiente, perdiendo de vista la carretera—. No quería atormentarla. Discúlpeme —repetía sin cesar.

—No se preocupe —le contesté yo, con las lágrimas aflorando a mis ojos, y deseando no pensar en que iba a perecer de la misma manera que David; pero se preocupó, y siguió disculpándose durante al menos diez minutos más. Cuando al fin conseguí cerrar los ojos y descansar un poco, ya estábamos en nuestro destino.

Al llegar, como no podía ser de otra manera, resultó que el señor Camacho no tenía la oficina lo que se dice cerca. Después de hablar con él por teléfono, la recepcionista me informó de que tardaría alrededor de una hora en llegar y me invitó a esperarlo en uno de los sofás de la entrada o en el bar, donde yo prefiriese.

Yo, con mi *jet lag* y después de más de treinta y seis horas sin dormir, me dirigí hacia uno de los sofás, más zombi que otra cosa, y en menos de treinta segundos me quedé frita.

Estoy segura de que incluso ronqué.

El señor Camacho estaba muy disgustado cuando me despertó; me había encontrado espantada sobre uno de los carísimos sofás de la entrada. Su cara de espanto fue mayúscula cuando detectó en el susodicho sofá una mancha no muy difícil de identificar: había dormido tan bien durante esa hora que se me había caído la baba.

—Señora Mateu —me dijo alargándome la mano derecha—. Soy Sergio Camacho.

—No, señora Manresa —le respondí al tiempo que alargaba también la mía. Como todavía estaba medio dormida, acababa de meter la pata de nuevo.

—Ah, pues perdone, ha habido una confusión.

¿Era posible que, de todos los españoles que viajaban cada año a Cancún, ninguno hubiese podido informar al estirado Sergio Camacho de que las mujeres de nuestro país no adoptábamos el apellido de nuestros esposos al casarnos? ¿O sería simple cabezonería?

—David Mateu era mi esposo.

—Pero usted acaba de decir...

—¡Déjelo así, por favor! —lo interrumpí—. Si me llama Marta ya va bien.

Me miró con extrañeza. En ese momento pude imaginarme su mecanismo cerebral funcionando y calculando la cantidad de problemas que le iba a dar aquella extranjera malhumorada.

Me condujo al apartamento de la compañía que había sido la casa de David hasta hacía tan poco. Todo estaba ordenado y limpio, pero con aspecto deshabitado.

—¿La compañera de David también vive aquí?

—No, David tenía este apartamento para él solo, no lo compartía con nadie; por su cargo tenía derecho a él.

—Sí, lo entiendo, pero él tenía una compañera sentimental aquí, pensaba que vivían juntos.

El pobre Camacho me miró con los ojos abiertos como platos, estaban a punto de salirse de las órbitas.

—Pero ¿no me acaba de decir que es usted su mujer? —Al pobre parecía que le iba a dar un ataque de nervios.

—Sí, lo soy. Pero estábamos separados; él tenía otra pareja aquí, en México. —Se lo dije despacito. ¡A mí no me parecía tan difícil de entender, cojones!

—¡Ah, por eso usted vuelve a utilizar su apellido de soltera!, ¡ahora lo entiendo!

—¡Sí, sí, precisamente por eso! —le dije con retintín, a ver si así podíamos dejar el dichoso temita del apellido aparcado.

—No estaba informado de que David tuviera otra pareja. De todas formas,

no parece que haya nadie aquí, ni hoy ni desde hace días.

Y tenía toda la razón, a ese apartamento no había ido nadie desde hacía días.

—A lo mejor alguien del hotel, con quien él tuviera más confianza, la conoce y puede decirle dónde encontrarla.

No le contesté. ¿Qué debía hacer? Por una parte, lo más normal parecía ponerme en contacto con ella; por otra parte, ¿quién era ella para mí? No sabía qué hacer...

—De momento no se preocupe, si en unos cuantos días no sé nada de ella, ya volveremos a planteárnoslo —contesté al fin.

En cuanto me quedé sola pensé en curiosear un poco por la casa, pero estaba tan cansada que me fui a la cama.

Había quedado con Camacho en que me recogería a la mañana siguiente para ir a firmar los papeles que permitirían que se le realizaran a David las pruebas de ADN.

Más adelante tendría que plantearme qué haría con los restos de David. Aunque el plan inicial era llevarme sus cenizas a Mallorca, tampoco tenía ni idea del tipo de permisos que necesitaba para ello.

A las ocho en punto, Camacho tocó a la puerta del apartamento.

Yo había tenido que correr para estar lista y ni siquiera había tenido tiempo de desayunar. Entonces me di cuenta de que la noche anterior tampoco había cenado. A mí, por lo general, los nervios me daban hambre y me había saltado dos comidas... Increíble.

La única época de mi vida que no había tenido un hambre atroz había sido durante los embarazos... A lo mejor era que estaba empezando con la menopausia y me iba a pasar lo mismo. «¡Vaya suerte!», me ilusioné.

Los trámites con la policía fueron rápidos, solo tenía que firmar unos papeles. Todo indicaba que no había error. El coche era suyo y también encontraron sus documentos. En definitiva, me puse a llorar de nuevo y el

pobre Camacho no supo dónde meterse.

Más tarde, me acompañó al consulado y a la funeraria, pero en ninguno de los dos sitios pudimos arreglar nada ya que en ambos sitios necesitaban el certificado de defunción, que no obtendría hasta que la identificación fuese la correcta.

Cuando Camacho me dejó de nuevo en el apartamento eran casi las tres de la tarde y yo estaba, de nuevo, muy cansada.

Antes de despedirse de mí dijo:

—Creo que tendrás que quedarte por aquí unos cuantos días y yo, en nombre de la compañía, quería decirte que puedes disponer del apartamento todo el tiempo que lo necesites.

—Muchísimas gracias, Sergio. Hoy me has ayudado mucho, todavía no sabría ni por dónde empezar si no hubiese sido por ti. En cuanto al apartamento, te lo agradezco mucho. Así tendré tiempo de recoger las cosas de David e ir cerrando heridas.

—David era una gran persona. Lamento mucho no poder informarte de quién era su pareja, pero si averiguo alguna cosa, te lo diré. Si necesitas mi ayuda para cualquier otra cosa, solo tienes que decírmelo.

—Gracias de nuevo, Sergio. Supongo que nos veremos antes de que me vaya.

—¡Eso espero!

Cuando me quedé sola, tuve que tumbarme en la cama. Estaba reventada, tampoco habíamos andado tanto, pero tenía las piernas igual que si hubiese caminado kilómetros y kilómetros.

Durante los días siguientes me dediqué a poner las cosas de David en cajas.

La verdad es que no había gran cosa, parecía que no pasaba demasiado tiempo en el apartamento.

Solo me quería llevar a casa lo más personal para dárselo a los niños, pero no encontré ni la alianza ni una cadena que llevaba siempre puesta. Lo más

seguro era que me, me las diera la policía si las llevaba encima en el momento de su muerte.

Llamé a Camacho por si sabía de algún centro donde pudiera donar aquellas cosas que David ya no necesitaría más.

Después de hecho eso, solo cabía esperar. Me quedaba tiempo para pensar, leer, pasear o hacer lo que fuera.

Me sentía muy cansada y pensé que debía ser por el *jet lag*, que todavía no lo había superado.

Dos días más tarde, después de comer, estaba tumbada en el sofá cuando tocaron a la puerta. Fui a abrir, pero no había nadie. Habían dejado un sobre a la atención de David. Lo abrí. Dentro solo había una tarjeta que ponía:

«Hospiten Cancun
Av Bonampak-lote 7
Hab 312».

Me quedé asombrada. ¿Qué significaba eso? Quien lo hubiese dejado no debía saber qué le había pasado a David, ¿o sí?

Me quedé mirando la tarjeta durante un buen rato, sin saber qué hacer.

Al fin me decidí y salí a buscar un taxi, habían muchos alrededor del hotel.

Una vez en el taxi me volvieron a asaltar las dudas. No entendía qué se proponía quien hubiera dejado aquella tarjeta en el apartamento. No estaba asustada, iba a un lugar público, un hospital. El nombre ya lo dejaba entrever e internet me lo había confirmado.

Al final de la carrera el taxista me dejó ante un hospital que tenía toda la pinta de ser privado, más para los turistas que para los residentes, pero de esos hospitales también teníamos algunos en Mallorca así que tampoco me extrañó demasiado.

Toqué a la puerta de la habitación trescientos doce.

—¡Pase! —dijo una voz desde dentro.

Cuando entré me encontré con una chica joven, rubia, con el pelo a la altura de los hombros (con las mechas recién hechas), los ojos azules y los

labios pintados de rojo, cuya forma apuntaba más a una obra no muy afortunada de reconstrucción que a una de la naturaleza.

—¡Buenos días! —me dijo mientras me miraba con extrañeza—. ¿La conozco?

—No lo creo, alguien ha dejado una tarjeta con el nombre del hospital y el número de la habitación en el apartamento de mi marido.

—Y ¿su marido es...? —volvió a preguntar con una sonrisa, todavía, en los labios.

—Mi marido *era* —remarqué— David Mateu.

La cara de aquella joven, de la que todavía no sabía ni el nombre, pasó de un color muy sano a un blanco cercano al desmayo.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Y qué significa «era»? —dijo casi chillando.

¿A que resultaría que esa joven era la madre de los gemelos? ¿A que David había decidido dejarlo todo por una rubia siliconada?

Todo era un sinsentido.

En ese preciso instante, entró en la habitación una enfermera con una bata inmaculada, que más que una bata parecía un vestido, ¡y cofia! (¡qué preciosos me parecieron en esos momentos nuestros antiestéticos pijamas!).

Empujaba una cuna con un recién nacido dentro y, detrás de ella, otra enfermera igual que la primera empujaba otra.

¡Bingo! ¡Lo había adivinado! Aquella joven era la pareja de David y aquellos sus hijos recién nacidos.

Me asomé a la primera cuna no sé muy bien por qué, quizás para ver si encontraba algún parecido entre esos recién nacidos y sus hermanos, es decir, mis hijos (¡vaya culebrón!).

Me arrepentí al instante de haberlo hecho. La que se puso blanca como la pared, en ese momento, fui yo. Tuve que sentarme y, dándome aire con la mano, llegué a la conclusión de que las enfermeras se habían equivocado de habitación.

Aquellos no podían ser los hijos de David.

Pero la rubia los miró con cara amorosa y volviéndole, en cierta manera, el color a la cara, sonrió en cuanto los vio.

«¿A que me he equivocado y al final la rubia no tendrá nada que ver con David?».

En pocos segundos tuvo entre los brazos a un bebé precioso, pequeñito, gordito y... negrito.

CAPÍTULO 12

«Fora mandra, surt de l'ou
ja n'hi ha prou de fer bondat.
Fes tot el que tu has somiat
[Fuera la pereza, sal del huevo
ya basta de portarse bien.
Haz todo lo que siempre has soñado]»
(Lax'n'Busto, *Cançó de l'estiu*)

Ya hacía cuatro días que Marta se había marchado. Aunque no sabía nada de ella, estaba dispuesto a darle el tiempo que me había pedido, al menos de momento.

No le había contado a nadie de qué manera nos habíamos separado, por lo que aquel día, cuando entré a la sala de personal para tomarme un cacao caliente, Isa me interceptó cuando estaba a punto de abrir la nevera.

—¿Qué tal Marta? No hemos sabido nada de ella, ¿qué cuenta?

Me cambió la cara. No sabía qué decir para que no se notase lo mal que me sentaba no saber nada de ella todavía.

—¡No has hablado con ella! —No lo preguntó, lo afirmó.

—Hombre..., supongo que va de culo entre el cambio de hora y todo lo que tiene que hacer allí... —Pero lo que no dije fue que había llamado a los niños cada día y que si yo lo sabía era porque Lluç me lo había dicho.

Isa elevó una ceja, con cara interrogante.

—Aquí pasa algo raro. Esta loquita por ti y ¿no te llama desde hace cuatro días? —añadió, poniéndose en plan detective.

En ese mismo momento entró Ruth y mientras se dirigía a la máquina de café, preguntó:

—¿Quién no ha llamado en cuatro días?

Todavía no había terminado de decirlo cuando, parándose en seco, se giró hacia mí.

—¿Marta no ha llamado desde hace cuatro días? —preguntó gritando—. ¿A los niños tampoco? Seguro que le ha pasado algo. ¿Todavía no habéis llamado a la policía, al hotel, al *móvil*?

Se había puesto tan nerviosa y hablaba tan deprisa...

—Frena, frena —le dije—, a los niños sí que los ha llamado.

Ruth suspiró sonoramente y con alivio.

—¡Ah! Pues si se ha puesto en contacto con los niños, es porque debe estar bien, y si está bien, todo resuelto —contestó después.

—¿Cómo que ya está? —intervino Isa—. Es muy raro que no haya llamado a Toni, ¡si están coladitos el uno por el otro! Si no se dejan ni para ir a mear, que dan asco de tanto toquetearse. Pasó algo antes de irse. ¿Qué fue, Toni?

¡Joder! ¡Vaya pareja, si parecían de la Guardia Civil!

No contesté de inmediato, pensando en la manera de poder escurrir el bulto, pero Isa me cogió por un brazo.

—¡Venga, si total, tendrás que hablarlo con alguien!

¡Uf! No me iban a dejar en paz hasta que se lo contase, así que les expliqué la escenita de Clara; no se sorprendieron demasiado de lo que había hecho la niña.

—Pobre Marta, ¡vaya dolores de cabeza le causa esa niña cuando se le cruzan los cables! ¡Con lo maja que es, tener estos ataques, también Clara! —dijo Ruth, que todavía no estaba del todo calmada.

—Así que Marta decidió que mientras estuviera en México nos diésemos un tiempo para pensar.

—¿Qué quiere pensar? —exclamó Isa.

—¡Y yo qué sé! Yo también se lo pregunté, es que está obsesionada por el tema de la edad.

—¡Uf! ¿Y por qué no la llamas tú?

—Porque me pidió tiempo y se lo voy a dar. ¡Le daría hasta la luna si me la pidiese! —Vale, eso había sonado cursi y muy desesperado.

—¡Pues yo no la dejaría que lo pensara ni un minuto! —apostilló Ruth.

—¡Que sí! —La que hablaba en ese momento era Isa—. ¡Que la deje en paz! Tiene que llegar por sí misma a la conclusión a la que acaba de llegar Toni.

—¿Que es...? —preguntó Ruth imitando en el tono de voz de la señorita Rottenmeier.

—Que si Toni se lo pidiera, le daría hasta la luna, que es lo que los demás vemos, pero de lo que ella todavía no se ha dado cuenta.

El corazón se me hinchó en el pecho.

«Ojalá fuese verdad —me dije a mí mismo, y gran parte de mi pesar se disolvió como por arte de magia—. ¿Será verdad? Estas dos son sus amigas, la conocen mejor que yo».

Mi cara debía revelar todo lo que estaba pensando porque enseguida oí como alguien decía:

—¡Tierra llamando a Toni! No te embales y baja de las nubes que todavía te quedan unos cuantos pacientes por ver. —Y es que Ruth, cuando se lo proponía, podía ser muy desagradable.

—Yo no lo tengo tan claro como vosotras —empecé a decir mientras fuera sonaba el teléfono. Ruth salió a la recepción para cogerlo.

—Bueno, pues confía en mí, seguro que será como te digo. Haces muy bien dándole un poco de espacio y de tiempo; déjala que te eche de menos, que eso la mayoría de las veces funciona.

Ruth volvió a entrar.

—Toni, es para ti. No es una paciente nuestra, me ha dicho que se llama Cristina y que está segura de que querrás hablar con ella.

Durante el camino de regreso al apartamento pensé en todo lo que me

había contado Graciela entre lágrimas (era el nombre de la pareja de David). En cuanto se puso a desgranar su historia me terminé de convencer de que estaba inmersa en una telenovela.

Ella y David habían tenido una pelea bestial porque, viendo cómo se acercaba la fecha del parto, ella le había confesado que «puede ser —y solo decía “puede ser”—» que los gemelos no fueran suyos.

Joder, no conozco a nadie que no hubiese cogido un cabreo del quince si, a falta de pocos días del nacimiento de sus hijos, le informasen de que «puede ser, y solo digo que puede ser» que los niños no fueran suyos. David había salido de su casa gritando y dando portazos.

Graciela no había sabido nada más de él hasta que yo me presenté en su habitación del hospital. Le tuve que explicar que él había tenido un accidente y había muerto, que esa era la razón por la que yo estaba allí (aquello y la tarjeta que alguien había dejado en la puerta del apartamento de David).

Ella aseguraba, juraba y perjuraba que solo le había sido infiel una vez y que, por las fechas, los niños podían ser de un padre o de otro. Había tenido una aventura con un cubano, negro como el carbón, una noche que había salido de marcha con sus amigas.

¡Pero bueno! ¿Y la protección? ¿Nadie había informado a la chica de que existían unas cositas llamadas preservativos?

Cuando se acercaba la fecha del parto, Graciela empezó a preocuparse. Pensaba que los niños quizás no se pareciesen tanto a David como deberían y, después de mucho pensarlo, decidió que más valía prevenirlo, porque no sabía qué podía pasar si los niños resultaban ser del cubano.

¡Pobre David! Lo que hubiese sucedido era que, en vez de morir en un accidente de coche porque iba tan cegado por la rabia que no vio aquella curva tan cerrada, habría muerto de un infarto en el mismo momento en que hubiese visto a sus supuestos hijos.

Gabriela lloraba y repetía una y otra vez que nunca debió dejar que David cogiera el coche con lo enfadado que estaba, que si lo hubiese sabido, no lo hubiese dejado marchar... Pero claro, a toro pasado...

No se debe conducir estando ebrio, ya sea de alcohol o de rabia.

Y, de cualquier manera, es imposible volver atrás en el tiempo para hacer las cosas de forma diferente.

El taxi me dejó en la puerta del apartamento, pero yo no tenía ganas de encerrarme en él. Hacía cinco días que estaba en Cancún y había reprimido con todas mis fuerzas las ganas que tenía de pensar en Toni. Empecé a deambular sin rumbo por una playa cercana y dejé volar mis pensamientos hacia él y nuestra relación.

Lo echaba de menos, muchísimo. Podía verlo con su eterna sonrisa, en estado de suma concentración en el quirófano, o simplemente tirado de cualquier manera sobre el sofá de Can Suau con un libro en las manos, y cada imagen de él no hacía sino aumentar mis ganas de verlo.

¿Cómo había podido ser tan gilipollas y decirle que tenía que repensar lo nuestro?

Una vez había oído a alguien decir que cualquier decisión que tomamos en la vida tiene un precio y que lo primero que hay que saber, antes de tomarla, es si estamos dispuestos a pagarlo.

¿Qué precio debería pagar en caso de dejar la relación? Solo de pensarlo me dolía el corazón. No volver a verlo, no volver a sentir sus manos sobre mi piel, no poder hablar con él de cualquier cosa...

No podía imaginar un futuro lejano en el que Toni formase parte de mi vida, conmigo, vieja, y él a mi lado, todavía joven. Pero imaginarlo sin él no era que fuera difícil, resultaba incluso doloroso.

Ese era un precio difícil de pagar.

¿Y si seguíamos juntos?

¡La gente hablaría de nosotros! ¿Acaso no lo hacían ya? ¡No me moriría por eso! La gente tenía que pasar el tiempo de alguna manera y hablar era barato y entretenido.

En cuanto a los niños, Lluc lo había aceptado y Clara... bueno, ella tenía

mucho genio, pero también perdonaba con facilidad, en poco tiempo no recordaría haber estado tan enfadada.

De repente, ya no quería hacer nada que no fuese hablar con él y decirle que lo único que importaba era estar juntos.

Corrí hacia el apartamento y, subiendo los escalones de dos en dos, entré sin siquiera mirar la hora que era. Cogí el teléfono y marqué su número.

Era la una de la madrugada. Algo me había despertado. Me senté sobre la cama, asustado. Era el teléfono que estaba sonando.

Si era Cristina otra vez, iba a estampar el móvil contra la pared.

No me había querido poner al teléfono por la mañana y ella había seguido llamando durante todo el día. No sabía nada de ella desde hacía cinco meses y, de repente, se ponía a llamar como una posesa; seguro que no planeaba nada bueno.

El teléfono dejó de sonar y yo me volví a la cama. Todavía no había puesto la cabeza sobre la almohada cuando empezó a sonar de nuevo.

Me levanté de la cama decidido a ponerle las cosas claras.

Al descolgar ni siquiera la saludé.

—¡Cristina! —dije a pleno pulmón—, ¡no vuelvas a llamarme, no quiero saber nada de ti! ¿Qué parte de no quiero hablar contigo es la que no has entendido esta mañana?

—¿Cristina? —oí como me preguntaba Marta, muy extrañada.

Me alejé el teléfono de la oreja y lo miré asustado. En la pantalla lo ponía muy claro: era Marta. ¿Era Marta? ¡Era Marta! Mierda. Mierda.

—¿Marta? —le pregunté al auricular casi con timidez.

—¡Sí, soy yo! —contestó ella bastante asustada.

—Cristina ha estado llamando durante todo el día y, cuando ha sonado el teléfono a estas horas, he pensado que volvía a ser ella.

—¿Qué hora es? —Pude oír cómo se removía—. ¡Oh, ya son las ocho! En Mallorca debe ser más de medianoche... Ya debías estar durmiendo... Lo

siento, si acaso te llamo mañana por la mañana...

—¡Ni se te ocurra colgar! —dije en tono de súplica.

—¡Es tardísimo! ¡Deberías estar durmiendo!

—¿Es que acaso crees que podría seguir durmiendo si ahora dejo que cuelgues, después de tantos días sin escuchar tu voz?

Ella se rio con suavidad. No me cabía el corazón en el pecho.

—¿Qué quería Cristina? —me preguntó con una nota de preocupación en la voz.

—¡No lo sé! ¡No he querido hablar con ella!

—¿Por qué?

—Porque no tengo nada que hablar con ella. En cambio, contigo... ¡Te he echado tanto de menos, Marta! Parece que te marchaste hace un año y no cuatro días.

Volví a escuchar cómo se reía y a mi corazón le salieron alas.

En cuanto oí la voz de Toni quise correr hacia el aeropuerto y coger el primer vuelo que saliese hacia casa. No podía esperar para estar a su lado, con él.

—Yo también te he echado de menos. Siento haber sido tan tonta y no haberme dado cuenta antes de que quiero estar a tu lado todo el tiempo que sea posible.

Había cogido carrerilla y lo había dicho todo de golpe para que no pudiera interrumpirme y, al final, como no podía ser de otro modo, se me habían empezado a caer las lágrimas (¿qué me pasaba últimamente que lloraba por todo?).

—¡Eh! ¡No llores! —me dijo Toni con suavidad—. ¡Son las palabras más maravillosas que he oído en mi vida! ¡Me moría por oírlas! —Y cambiando de tono agregó—: Veo que has leído mi carta.

—¿Tu carta? —dije medio riendo medio llorando—. ¡No!

—¿Cómo que no? —preguntó, intentando sonar ofendido—. ¿Sabes qué?

No la leas, no vaya a ser que vuelvas a cambiar de opinión.

—¡Tonto! ¿Cómo puedes decir eso?

Oí su risa estrepitosa y me sentí feliz, muy feliz.

—No te rías, ¡no tiene nada de gracia! —Intenté hacerme la ofendida, sin éxito.

—Bueno, tú no la leas, que ahora me da un poco de corte.

—¿Cortado? ¿Tú?

—Sí, porque creo que te pareceré muy desesperado, pero es que en esos momentos hubiese hecho cualquier cosa para que me dijeras exactamente lo mismo que ahora.

—Me ha costado un poco, ¿eh?

—Ni que lo digas —suspiró.

Me reí de nuevo al notar su alivio.

—Me parece que todo será más fácil cuando vuelva a casa.

—Sí, creo que sí.

Continuamos hablando durante más de una hora. Hasta que me acordé de que en Mallorca debía ser de madrugada.

—Ya es hora de que nos despidamos, mañana tienes que madrugar y deben ser más de las dos y media.

—¿Te parece que tardarás mucho en volver?

—Ni idea. Lo que tarden los papeles, no creo que falte mucho.

—¡Te llamo mañana! Isa y Ruth estarán muy contentas de saber que has dado señales de vida, aunque Isa dirá que ella ya sabía que me llamarías.

—¡Vaya cotillas! —exclamé riendo—. ¿Te han molestado mucho?

—¡Qué va! Todo lo contrario, Isa sin querer me dio esperanzas; Ruth, en su línea, pensaba que debía llamarte cada cinco minutos para que no dejaras de pensar en mí.

De nuevo me eché a reír, no podía parar de hacerlo.

—Diles que las llamaré un día de estos. Es que hasta ahora no he tenido mucho tiempo para mí. ¿Me disculparás?

—No me parece que estén muy enfadadas.

—¿Hablamos mañana?

—¡A no ser que quieras que coja el primer avión y vaya a estar contigo!

El corazón empezó a latirme con fuerza ante esa perspectiva, pero si lo pensaba con la cabeza, como ya le había dicho a él, no podía faltar demasiado para que volviera a casa; de momento, me parecía mejor idea que se quedara cerca de los niños.

En contra de lo que me pedía el corazón, contesté:

—Ya no tardaré en volver y sé que cuando vas a casa los niños se alegran mucho de verte. No sé cómo se cogerían que tú vinieses y a ellos no los dejara.

—Sí, quizás tengas razón.

—¡De acuerdo entonces, hasta mañana!

—Bueno, hasta dentro de un rato. ¡Te despertaré a las cinco de la mañana y sabrás lo que es bueno!

—¡Ni lo intentes! —grité riendo.

—¿Qué no? ¡Ya lo verás! —se mofó.

—¡Hasta mañana! —dijimos al mismo tiempo y colgué.

Ya estaba, lo había admitido, como mínimo ante Toni y ante mí misma.

Por la mañana, cuando llegué al trabajo con cara de sueño y una sonrisa de oreja a oreja, Isa y Ruth adivinaron enseguida lo que había pasado y se alegraron muchísimo.

—¿No te lo había dicho yo? —me preguntó Isa al mismo tiempo que me abrazaba.

—¡Menuda bruja estás hecha! —dijo Ruth por detrás, pero se reía.

Era muy temprano, casi ni habíamos abierto y parecía que estuviéramos celebrando algo importante. Yo estaba radiante y ellas, contagiadas de mi alegría, sonreían con toda la cara.

Sin embargo, el alborozo duró poco tiempo.

La puerta se abrió y al darme la vuelta para ver quién era, me encontré de cara con un desmejoradísimo Damiá. Parecía deshecho, iba sin afeitarse y con cara de no haber dormido más que yo. Sin duda, su motivo no era para alegrarse como lo era el mío.

Las risas se cortaron de golpe.

Nos miró con los ojos anegados en lágrimas.

Ruth e Isa se abrazaron previendo lo que estaba a punto de anunciar Damiá.

—Esta madrugada han ingresado a Tomeu.

—¿Cómo está? —preguntó Isa con las lágrimas rondándole ya por la cara.

—¡Muy mal! Está en la fase final. Está mucho peor de lo que nos había hecho creer.

También parecía a punto de echarse a llorar.

Los cuatro entramos en la sala de descanso, abatidos.

—Y aún ha sido él quien ha terminado animándonos a su esposa y a mí —dijo, mientras se sentaba en una de las sillas.

—¡Hombre, «quien asno nace, asno muere»! —dijo Ruth, seca. Sin duda ese era su mecanismo de protección.

—¿Y eso qué significa? —dijo, riéndose a medias, Damiá—. Los de ciudad no entendemos tus refranes la mitad de las veces.

—¡Pues significa precisamente lo que significa! —respondió ella con acritud.

—También podría decirse «genio y figura, hasta la sepultura» —contestó Isa mirando a Ruth con dulzura.

—¡Pues lo que yo he dicho!

Yo casi no conocía a Tomeu, lo había visto en dos ocasiones, las dos en la clínica, pero me había caído muy bien. Tenía aquella personalidad explosiva que enamoraba a todo el mundo y yo no había sido la excepción.

De repente, Isa levantó la cabeza, riéndose.

—¡Ya sé qué vamos a hacer! ¡Le haremos una fiesta de despedida! No

dejaremos que nos vea tristes.

—¿Has perdido la cabeza? —exclamó Ruth con asombro.

—No, ¡tiene razón! —dijo Damiá—. Lo despediremos con una celebración inolvidable.

—¡Sí! —intervino de nuevo Isa—. Estoy segura de que él querría irse como ha vivido, sin regalar otra cosa que alegría a todo el mundo.

No me podía creer que estuviesen hablando en serio. ¿Una fiesta? ¿Y dónde pensaban organizarla? Si Tomeu se encontraba tan mal, no podría salir del hospital, ¿no?

¡Me parecía todo tan surrealista!, en cambio, a ellos se los veía de veras emocionados haciendo planes de todo lo que iban a organizar.

CAPÍTULO 13

«I si mai en algun dia
he comès algun error,
ara tot el que puc dir-te
és que ho sento molt
[Y si nunca en algún día
cometí algún error,
ahora todo lo que puedo decirte
es que lo siento mucho]»
(Sau, *Poemes i promeses*)

Me sentía genial y tan contenta... Después de haberme decidido y haber hablado con Toni, todo parecía en orden, en su sitio, como las piezas de un rompecabezas que encajan a la perfección.

Me regalé a mí misma un buen rato de pensar en él y, poco a poco, me fui quedando dormida.

Me desperté sobresaltada. Parecía como si hubiese entrado alguien en el apartamento. Me di la vuelta en la cama diciéndome que, debían ser las reminiscencias de una pesadilla. Antes de que pudiera quedarme de nuevo dormida, oí un ruido y alguien se sentó en la cama.

Empecé a chillar como una loca, igual que las heroínas de las películas de terror. Daba manotazos a la pared intentando encender la luz, pero no encontraba el interruptor.

Estaba al borde del infarto, tenía todos los síntomas, pero sobre todo notaba el corazón junto a la úvula, medio dentro medio fuera de la boca.

La luz se encendió de repente, y allí, con cara de espanto y chillando a la vez que yo, estaba David.

Entonces sí que me puse a chillar con fuerza; creo que las amígdalas se me

desplazaron al menos tres centímetros.

«Me he vuelto loca y estoy viendo fantasmas», me dije a mí misma mientras seguía gritando a pleno pulmón. «No, lo que pasa es que estoy dormida y soñando, ahora me despertaré y todo esto habrá pasado».

—¡Para ya de gritar, Marta! —exclamó David.

Y yo, venga a chillar más fuerte.

Alguien llamó a la puerta preguntando si me encontraba bien. David fue a abrir. Quien fuera que había tocado, se asustó tanto como yo y también empezó a chillar al mismo tiempo que salía corriendo.

—Pero ¿os habéis vuelto todos locos o qué? —preguntó David, ya rabioso.

Paré de chillar, pero solo porque me había quedado sin voz.

Tenía a David ante mí y lo estaba mirando igual que si hubiera salido de su tumba. Bueno, a todos los efectos, era igual que si hubiese vuelto de entre los muertos, pero sin aspecto de zombi ni nada, ¿eh? Quiero decir que estaba tan guapo como siempre. Quizás, si lo miraba con atención, no tenía tan buena pinta; iba muy desarreglado, como si no se hubiese cambiado de ropa ni duchado en una semana, pero no se le caían trozos de carne ni apestaba como yo me imaginaba que debía hacerlo un muerto viviente.

—¡Cierra la boca, mujer! —dijo—. Pareces tonta.

¿La tenía abierta? ¿A ver quién era el guapo que no se habría quedado congelado en esa postura, en mi situación?

—Tú... tú... tú... —No me salían las palabras.

Me levanté y me dirigí hacia la cocina; sabía que en algún sitio había visto una botella de ginebra.

Puse en un vaso más de tres dedos, sin hielo ni nada, y me la bebí de un trago. El cuerpo se me calentó, pero como seguía viendo a David ahí, plantado ante mí, decidí servirme un poco más. Su mano impidió que bebiese.

—Marta, ¿qué haces? ¿Me podrías explicar qué haces aquí y por qué te comportas de esta manera?

—¿Que qué hago yo aquí? —conseguí articular—. ¿Qué haces tú aquí?

—Yo vivo aquí, al menos la mayoría del tiempo.

—¡No digo eso! Tú estás muerto, moriste hace seis días y la policía está realizando pruebas de ADN a tu cuerpo carbonizado. Así que explícame cómo es posible que estés aquí.

—Antes de que yo llegara ya te habías puesto tibia de ginebra, ¿no? Y de algo más, según parece.

—¡Que no! Pero ahora sí que la necesito. —E intenté llevarme de nuevo el vaso a los labios. David me lo volvió a impedir.

Ni muerto me dejaba en paz, menudo cabrón.

—¿Quién te ha dicho que morí hace seis días? Menudo disparate.

—Sergio Camacho —dije con la poca dignidad que me quedaba.

Una hora más tarde y después de que David consiguiera convencerme de que no era una aparición ni tampoco el fruto de mis sueños, estábamos sentados en el sofá con un *gin-tonic* cada uno en las manos.

—Cuando Graciela me dijo que los gemelos podían ser de otro tío, me volví loco de rabia y celos.

—¿Insinúas que antes de saber que estaba embarazada ya teníais una relación seria?

—Pues claro, ¿qué pensabas?

—¡Que estabas con ella porque estaba embarazada!

—¡No, yo la quería! No salía con nadie más desde que la conocí a ella. —Levanté las cejas, interrogándolo—. Pero que me pusiera los cuernos...

—Ella dice que solo fue una noche.

—Y tú, ¿la crees?

—¡Yo qué sé! Parecía sincera y muy triste.

—Cogí el coche y me tiré a la carretera, cuando estuve harto de conducir me paré en un pueblecito de mala muerte. Pensé que podía quedarme allí y beber hasta reventar para ver si así se me quitaba la mala leche y las ganas de matar a alguien.

—¿Dónde te quedaste?

—En una pensión cochambrosa, creo que incluso había ratas, no estoy seguro, ¡porque me bebí hasta el agua de los jarrones! Estuve fregando la inconsciencia casi todo el tiempo y en cuanto se me pasaba un poco la borrachera, empezaba a beber de nuevo. Beber para no pensar, para no ser.

¡Uf! Incluso David hablaba como si estuviera en una telenovela.

—¡No hace falta que te pongas melodramático!

—No me pongo melodramático. Es en lo que pensaba.

—Vale, pero ¿y el coche?

—Me lo robaron. Supongo que cuando estaba borracho alguien aprovechó para aligerarme de la carga de las llaves del coche, de la cartera e incluso del teléfono móvil.

—Pues al pobre que te robó no le duró demasiado la alegría, porque estampó el coche en una curva muy cerrada y no lo han podido identificar.

Me miró, dio un sorbo a su bebida y continuó.

—El dueño de la pensión quiso cobrar, yo todavía iba muy borracho y cuando me llevé la mano donde debía encontrar la cartera, no encontré más que aire.

—¡Qué peliculero te has vuelto! —Puse los ojos en blanco, riéndome.

—Si vas a reírte, no te cuento nada más.

—Es que hablas de una manera, hijo mío... «No encontré más que aire» — lo imité.

—¡Vete a la mierda! ¡Ya no te lo cuento!

—¡Venga! No te enfades. —Yo intentaba disimular mi risa, pero es que parecía que estaba viendo una película de las malas.

—El tío, viendo que yo no podía pagar, llamó a la policía, que me llevó al cuartelillo. He estado allí hasta que me han venido a recoger hoy.

Lo dijo deprisa, como un niño pequeño que ya está cansado de contar algo y termina rápido para acabar cuanto antes mejor.

—¿Quién te ha ido a recoger? ¿Y por qué te han retenido tres días?

Mientras, nosotros pensábamos que estabas muerto.

—¡Yo de eso no sabía nada!

—¡Ya, pero podrías haber llamado a alguien, joder! —Ya no me reía, empezaba a estar muy cabreada.

—Me ha venido a recoger un compañero del trabajo. ¡No me ha dicho nada de que pensarais que estaba muerto!

—No sé a quién se lo ha contado Sergio y a quién no —contesté—. ¡Lo que no me parece ni medio normal es que desaparecieras durante una semana sin decir nada a nadie! ¡Todavía no lo entiendo!

—¡Te digo que estaba fuera de mí! No sabía lo que hacía, bebí y bebí. Los policías, en cuanto vieron que iba indocumentado, me pusieron a dormir la mona en una celda. Cuando desperté, no sabía dónde estaba, ni siquiera era capaz de recordar el teléfono de nadie.

—¡Podrías haber llamado al hotel!

—¡Me moría de la vergüenza, joder!

—¿Vergüenza? ¡Vergüenza! —exclamé incrédula.

—Bueno, ahora ya he regresado y podré aclararlo todo.

—Creo que lo mejor será que yo llamé a Sergio, si no, solo Dios sabe cómo se tomará que entres en su despacho por tu propio pie.

—¡Peor que tú no será! —dijo, y por primera vez desde que había llegado, lo vi sonreír.

—Por cierto, ¿y aquí cómo has entrado?

—Tengo una llave escondida bajo una maceta.

—Muy previsor.

—He aprendido de ti —dijo mientras me miraba, y después añadió—: Nos han pasado algunas gordas, ¿eh?

—¡Sí, pero como esta, ninguna! —Nos miramos con complicidad, con la certeza del conocimiento mutuo tras tantos años juntos.

—No sé cómo pude ser tan imbécil de dejaros a ti y a los niños.

—Eso ya es agua pasada, no lo pienses más.

Esperaba que no se le ocurriera intentar arreglar lo que había estropeado los dos últimos años con dos frases y dos palabras bonitas.

Durante un buen rato ninguno de los dos dijo nada.

—¿Has visto a Graciela? —preguntó él al fin.

—A ella y a los niños.

—¿Y?

—Pues nada, que no hará falta que te hagas pruebas de paternidad.

—¿Se parecen a mí?

—No precisamente, son más bien negritos.

Puso la cabeza entre las manos y se lamentó.

—¿Qué haré yo ahora?

—No lo sé, si dices que la quieres... —No me dejó acabar.

—¿Y si vuelvo a casa con vosotros?

¡Ahí estaba! Por lo visto podía esperar en vano que David pensara con la cabeza y no con el culo, aunque fuera por una vez.

Se acercó a mí y me cogió por la cintura.

—¡Estás de coña, supongo! ¡Ya me estás soltando!

—¡Todavía eres mi mujer!

—¡Y tú todavía estás borracho! —dije elevando el tono de voz.

Intentó besarme y yo le arañé la cara.

—¡Tú estás mal de la cabeza! —chilló.

—¡No! ¡Yo estoy estupendamente! El que no sabe lo que dice eres tú.

Intentó acercarse otra vez y yo cogí lo primero que encontré, la botella de ginebra (¡qué suerte!), dispuesta a rompérsela en la cabeza.

Seguro que se dio cuenta de que era capaz de hacerlo, porque retrocedió levantando las manos en son de paz.

—Bueno, lo más probable es que tengas razón y no sea muy buena idea.

—Lo sabes a ciencia cierta, ¡tengo razón!

Nos volvimos a sentar; yo lo hice lo más lejos posible de David, sin soltar

la botella.

Todavía no eran ni las cuatro de la mañana, en Mallorca ya debían ser casi las nueve.

Nada me retenía ya en México y era preceptivo que avisase a los niños del regreso de su padre de entre los muertos.

¡Mierda! Sería muy difícil de explicar todo ese embrollo.

CAPÍTULO 14

«M'ensiborno amb l'esperit de llibertat
sembla, sembla un antic somni dolç d'amor
d'un vell morrut hippíós, grenyut, sarnós,
escarràs, geniüt

[Me arrullo con el espíritu de libertad
parece, parece un antiguo sueño dulce de amor
de un viejo morrudo hippioso, greñudo, sarnoso,
pringoso, con mala leche]»

(Umpah-pa, *La catximba i els rostoll d'Angelina*)

Mucho antes de lo que esperaba, Marta me llamó.

—¡Me echabas mucho de menos! —dije nada más descolgar.

—¡Ni te lo imaginas! Y tampoco sabes todo lo que ha pasado desde que hablamos ayer.

—¿Han pasado muchas cosas? No hace más que ocho o nueve horas — dije mientras comprobaba la hora en mi reloj: eran las once—. Y casi todas las debes haber pasado durmiendo.

—Sí, ¡durmiendo! Nada me gustaría más. Esta noche pasada ha dado mucho juego. Lo primero de todo: pasado mañana a estas horas, si todo va bien, estaré en casa.

—¿Pasado mañana? ¿Y los papeles? ¿Y David? ¿Ya estará todo arreglado? —No lo podía creer, todos mis deseos se iban haciendo realidad uno tras otro.

—Eso ha sido precisamente lo que ha pasado —dijo exultante de felicidad.

—¿Qué? —Estaba contentísimo, pero no entendía nada de nada.

—¡David había hecho lo mismo que Blanco Herrera!

Aunque lo decía casi chillando, el tono era alegre.

—Estoy hecho un lío, no entiendo nada —dije riéndome yo también, sin saber muy bien de qué.

—Resulta que «no estaba muerto, estaba de parranda»...

Oí como Marta intentaba canturrear el *leré-leréle*. En ese momento mi cabeza hizo clic.

—¡No jorobes! ¿Quieres decir que se ha pasado una semana entera de juerga?

—¡Sí! ¡Eso es lo que te estoy diciendo!

—Y ¿cómo no avisó a nadie?

—¡Uffff! Es una historia muy larga. En resumen, cuando se enteró de que su novia le había sido infiel y que «puede ser, y solo digo que puede ser» que los gemelos no fueran suyos, cogió una borrachera de tres días, y mientras estaba medio inconsciente le robaron todo lo que llevaba encima, incluyendo las llaves del coche y el coche, que no llevaba encima, claro. —Hablabamos muy deprisa, como si no fuera la primera vez que lo contaba.

—Entonces, ¿quién se mató en el accidente?

—¡Ah! ¡Incógnita! No se sabe. Pero como él ha reaparecido, yo aquí ya no tengo nada que hacer. El primer vuelo hacia Madrid sale mañana; pasado mañana a primera hora llegaré a Mallorca. —No podía estar más contenta, los dos nos reíamos con ganas.

—¿Ya has hablado con los niños?

—Sí, les he llamado en cuanto me ha parecido que era una hora razonable. No acaban de creérselo, aunque están muy contentos.

—¡Como para no estarlo! Y tú, ¿cómo estás?

—Ahora, mejor. A las dos de la mañana, cuando he visto a David, pensé que iba a tener un ataque al corazón. ¡Me he asustado un montón!

Me eché a reír imaginándome la situación.

—Sí, ¡tú ríete! ¡Ha sido muy pero que muy fuerte! —Aunque no parecía enfadada al decirlo.

—Bueno, entonces llegarás justo a tiempo para la fiesta de Tomeu.

—¿La fiesta de Tomeu?

—Sí, no estaba seguro de si debía decírtelo, porque no sabía si podrías llegar a tiempo, pero como ya estarás aquí... —me interrumpió.

—Entonces, ¿le han dado buenas noticias?

—¡No precisamente!

—¿Cómo?

—Está muy mal, Marta, pero Damiá y, sobre todo, Isa se han obstinado con prepararle una fiesta de despedida. De todas formas, todos los demás se han unido al proyecto.

—¿Eso no será muy triste? —preguntó. Por el tono de su voz me di cuenta de que había empezado a llorar.

—Eso es lo que pretenden impedir. Quieren despedirlo con alegría, con la mayor alegría posible, dicen.

—¡No lo veo del todo claro!

—Nadie lo hizo al principio, pero después de hablar con Isa o con Damiá, todo el mundo acabó sumándose a la idea.

—Es que cualquiera haría lo que fuera por Tomeu.

—Yo pensaba que la fiesta habría que celebrarla en el hospital, pero él no se ha querido quedar ingresado, o sea que, al final, se celebrará en su casa. No vamos a ser muchos, solo los de la clínica y algunos amigos íntimos.

—Y él ¿qué dice?

—No dice nada porque no lo sabe. Pero por aquí todos están convencidos de que le va a encantar.

—Sí, lo más seguro es que sea así.

Nos despedimos al cabo de un rato.

Pensaba visitar a los chicos por la tarde, me apetecía ver cómo se habían tomado el follón que había armado su padre.

Aunque lo primero era ir a hablar con Damiá para pedirle un día libre. Marta llegaba dentro de dos días, por la mañana temprano. Si iba a recogerla,

podría llevarla a casa.

¡Sí! Le daría un recibimiento como se merecía.

Después de hablar con Toni, todo se convirtió en una locura.

Llamé a Sergio Camacho para contarle que David había aparecido, lo primero que dijo fue:

—Con estas cosas no se debe bromear, Marta.

—No bromeo, Sergio. David está aquí, justo a mi lado, te lo paso y podrás comprobarlo por ti mismo.

Al principio Camacho se alegró mucho de saber que David seguía vivo, aunque después de la euforia inicial la conversación entre ellos no fue de lo más agradable. Sergio le recriminó, cómo había hecho yo antes, que no se hubiera puesto en contacto con él durante una semana entera; mientras que David se limitó a balbucear excusas incomprensibles.

A media mañana, David, me pidió que le acompañara a ver a Graciela, pero yo no estaba dispuesta a hacerlo. ¡Era lo que me faltaba! Solo con imaginarme el drama me veía por completo superada.

Mientras él no estaba aproveché para hacer la maleta sin prisa; en ella encontré la carta de Toni, que no había sacado al deshacerla. Quería abrirla, pero al mismo tiempo me apetecía abrirla con él. Vaya dilema. Al final, la puse en la bolsa de mano. Seguro que sería una tentación demasiado grande teniéndola tan cerca durante un viaje tan largo; ya vería.

Como había dormido poco la noche anterior me metí pronto en la cama. David no había regresado del hospital.

Un ruido me despertó y estuve a punto de empezar a chillar de nuevo. David me miró elevando las cejas mientras me miraba como diciendo «no empecemos otra vez» y, de repente, todo lo que había sucedido durante el día y la noche anterior regresó a mi cerebro embotado de golpe.

—Me ha pedido que vuelva con ella —me dijo en cuanto estuvimos sentados de nuevo en el sofá con una copa en la mano.

—Y ¿qué harás?

—¡No lo sé! Ya no sé estar solo, y ella no se cansa de repetir que solo fue aquella vez y que me quiere.

—Es una decisión difícil. Lo tendrás que pensar detenidamente.

—¿Tú crees que podré llegar a querer a esos niños como si fueran míos?
—preguntó con tristeza en la voz.

—Eso solo lo puedes saber tú. De todas formas, ya se sabe, el roce hace el cariño. Solo falta saber si tú serás capaz de olvidar y perdonar.

—¿Cómo crees que se lo tomarán Clara y Lluc?

—¿Quién sabe? Pero Lluc es muy maduro para su edad y ya sabemos que Clara perdona con la misma rapidez con que se enfada. Aunque a ti te corresponde preocuparte de que no se sientan abandonados como ocurrió hace dos meses.

—¡No sé qué hacer!

—No es algo que debas decidir en cinco minutos. ¡A lo mejor os va bien!

—Y tú, ¿qué opinas?

—¿Yo? —Me reí—. ¿Qué quieres que diga? También he conocido a alguien.

—¿Hace mucho?

—No, no mucho; lo que tenemos es muy especial. Me siento muy bien con él y he decidido no dejar pasar la oportunidad de sentirme tan bien como él me hace sentir.

—Me siento fatal por todo lo que te he hecho, Marta. ¿Me podrás perdonar?

—No creo que pudiésemos estar aquí hablando tan tranquilos si no lo hubiese hecho ya, ¿no crees?

—No, probablemente no.

—De todas formas, hay que tener en cuenta que dar la absolución a una persona que ha muerto es mucho más fácil. —Me reí.

—No empieces con los chistes, por favor —suplicó—, me parece que en

el trabajo ya será más que suficiente.

—Es lo mínimo que te puede pasar y también lo que te mereces después de lo mal que lo hemos pasado todos.

—¡Gracias, Marta! ¡Muchas gracias por todo! Si te abrazo, ¿volverás a clavarme las uñas?

—¡Es que ayer te pasaste tres pueblos!

—¡Ya lo sé! Fue un espectáculo lamentable, fruto de un acto de desesperación.

Puse los ojos en blanco de nuevo, vaya vocabulario... Nos abrazamos y así firmamos la paz definitiva.

CAPÍTULO 15

«Torna'm a somriure
nena, sota el meu cos
guanya'm amb mirades
tendres com el son
[Vuelve a sonreírme
nena, bajo mi cuerpo
gáname con miradas
tiernas como el sueño]»

(Sangtraït, *Somnis entre boires*)

Cuando salí del trabajo me fui directo a casa de Marta; los chicos ya habrían llegado del instituto y quería verles.

Me recibió la madre de Marta. Yo no sabía si ella le había contado algo de lo nuestro, pero siempre que había aparecido por la casa durante los últimos días había sido muy amable conmigo.

—¡Hola, Toni! Los chicos tienen buenas noticias, ¡qué bien que hayas venido!

—Sí, he hablado con Marta esta mañana, me lo ha contado. Por eso me he acercado, para ver cómo se lo han tomado estos dos.

—¡Lo llevan muy bien, me parece a mí, después de todo! No creo que nada de esto sea saludable para unas mentes tan tiernas como las tuyas pero, al fin y al cabo, es su padre y tendrán que aprender a conocerlo a él y las cosas que hace.

—¡No todo el mundo puede tener unos padres como los que tiene Marta!
—dije, riendo, muy pelota.

Me miró, evaluando si le tomaba el pelo.

—Lo digo en serio —añadí.

—¡Pasa! Que ahora no sé qué debería contestarte...

Lluc estaba en su habitación así que me dirigí hacia allí. Clara apareció en cuanto me oyó llegar.

—¿Qué te parece? —estaba diciendo Lluc cuando ella entró.

—Que es una gran noticia, ¿no? Debéis de estar muy contentos —contesté.

—¡Pues a mí me parece más bien una broma pesada! —dijo con enfado—. Parece que es él el que tiene quince o dieciséis años. Dentro de poco tendré que ser yo quien haga de padre y no él.

—¡No tienes por qué! Déjalo que haga lo que quiera, tú no te metas y listo. —Clara salió en defensa de su padre como una leona.

—Clara, no solo me preocupo por él. ¿Tú no te has visto estos días pasados? Parecías un alma en pena. No me ha gustado nada verte así solo por forma de comportarse —le contestó él a la defensiva.

—¡Si no le hubiesen robado el teléfono, hubiese llamado!

—¡Sí, seguro! ¿Quizás entre *whisky* y *whisky*? No llama cuando no va borracho y ahora seguro que hubiese llamado. No lo defiendas, porque no tiene defensa posible.

Clara estaba a punto de contestar, feroz; yo levanté las manos para poner paz.

—Chicos, ¡no os peleéis! Lluc tiene razón, en parte.

—¿En parte? —preguntó.

—¡Déjame hablar! —contesté yo—. Todos lo hemos pasado fatal viéndote tan hundida. Has pasado una semana horrible por la mala cabeza de tu padre.

Clara volvió a abrir la boca para protestar y yo volví a levantar la mano para que me dejara continuar.

—Aunque Clara también tiene razón; aunque tu padre esté lejos y no le guste demasiado hablar por teléfono...

—Mira, Clara, ¡eso es un eufemismo! ¿No me preguntabas el otro día que te lo explicara? —dijo Lluc sarcástico. Yo lo miré con cara de mala leche y él

se calló, sin necesidad de que yo dijese nada.

—Es vuestro padre —continué— y todo el mundo puede tener altibajos. Lo más probable es que no esté pasando por una fase muy agradable de su vida ahora mismo, y por mucho que creamos conocer a una persona, no todos respondemos de la misma forma, ni como los demás desearían, ante las distintas situaciones que nos plantea la vida.

—¿Quieres decir con eso que tengo que actuar como si no hubiese pasado nada?

—Tampoco estoy diciendo eso, lo que digo es que tienes que aprender la lección que te brinda esta situación y dejar lo demás en el pasado, porque todo no es más que eso, un pasado que, por más que luches, no podrás cambiar. —¡Hala, parecía mi madre dando sermones! ¡Si por casualidad hubiera podido escucharme!

—¡Todo eso es muy fácil de decir! Lo que es yo, ahora mismo, estoy pero que muy cabreado con él.

Estaba claro que, sería difícil convencer a Lluc, pero tenía confianza en que con el tiempo el enfado se le iría pasando.

Tampoco era tan raro, pues aunque él dijese que lo que le preocupaba era el estado de su hermana, y aunque no había estado llorando por los rincones como ella, también había pasado una semana muy dura pensando que su padre había muerto.

Justo antes de embarcar llamé a los chicos para avisarles.

Lluc me informó que Toni había estado en casa la tarde anterior y que habían estado hablando acerca del comportamiento de su padre. De todas formas, cuando Clara llamó a David, Lluc no quiso ponerse al teléfono para hablar con él. Se le notaba enfadado, pero no le pregunté nada, ya me lo contaría si le apetecía; con él siempre era mejor esperar y no forzarlo a hablar. Si lo hacía, la respuesta siempre era la misma:

—¡No pasa nada, mamá! ¡Eres muy pesada! —Y no lo sacaba de ahí.

Después llamé a Toni.

—Dentro de diez minutos embarcaré, ya no me falta nada para estar en casa.

—No sé qué hacer para que me pase el tiempo más deprisa...

—Pasará, no te preocupes, ¡nunca para! —bromeé.

—Creo que las horas van a parecerme el doble de largas.

—¡Si las pasarás durmiendo!

—No creo que pueda.

—¡Qué exagerado eres! —Y después añadí—. He hablado con Lluc. Está enfadado, ¿eh?

—Creo que la palabra correcta es resentido.

—También se le pasará.

—Probablemente sí. Él piensa que llegará el momento en que deberá hacerse cargo de su padre porque no podrá cuidarse solo.

—¡Este chiquillo! —Chasqueé la lengua—. ¡Es demasiado responsable!

—Sí, ¡y el padre un completo irresponsable!

—Eso queda fuera de cualquier cuestión.

En aquel momento oí como llamaban por megafonía a los pasajeros de mi vuelo y me puse en movimiento.

—Tengo el coche en la clínica, nos vemos allí si no es demasiado temprano cuando yo llegue.

—Yo iré a recogerte.

—¡No hace falta!

—No es porque haga falta, es porque me apetece hacerlo. Avísame cuando embarques en Madrid.

—¡Está bien! —dije melosa—. ¡Te avisaré! ¡Hasta mañana! ¡Te quiero!
—Ya lo había dicho.

Oí que a Toni se le escapaba el aire de golpe y lo primero que pensé fue que lo había asustado, pero no acababa de hacerlo cuando él contestó:

—¡Y yo te quiero a ti! Date prisa, no te entretengas, que no puedo esperar para tenerte en mis brazos.

A quien le faltó el aire entonces fue a mí.

Subí al avión como en una nube. Quería dormir todo lo que pudiera durante el vuelo para llegar lo más descansada posible a Mallorca, pero como no tenía sueño decidí ayudarme con un somnífero.

Me tapé con una mantita que me había dado la azafata y miraba la pantalla del reproductor justo delante de mí mientras me iba sumergiendo en el primer sueño. Con el cerebro ya más dormido que despierto vi la fecha: 24 de junio de 2009. San Juan, me dije, pero al mismo tiempo, en el fondo de mi mente, había algo que no encajaba. Estaba tan adormilada que no podía pensar qué era, se me escapaba del pensamiento.

Me coloqué mejor y, justo en aquel momento, el momento en el que estaba a punto de dormirme pero que todavía no había caído en un sueño profundo, me di cuenta de qué era lo que no encajaba.

Me desperté de golpe, con los ojos abiertos como platos y el corazón en un puño.

Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda y mierda.

¿Cómo podía ser?

Conté y calculé una y otra vez.

Mi última menstruación había sido hacía cuarenta días atrás y yo era como un reloj suizo. Me pasaba de doce días.

Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda y mierda.

No, no era posible, podía ser cualquier cosa; sí, debía ser eso: el estrés de la noticia de la muerte de David, el viaje precipitado...

¡Pero no! Antes de todo eso ya iba con cinco días de retraso y ¡no me había dado ni cuenta!

Pero ¿cómo? Siempre habíamos utilizado protección, ¿cómo podía ser?

La cabeza me daba vueltas, no me cabía nada más en la mollera.

Empecé a hiperventilar y la azafata se acercó a mí, intranquila, para

preguntarme si necesitaba alguna cosa.

—No, no pasa nada, gracias, intentaré serenarme.

—¿Quiere que le traiga una infusión, una tila?

—Sí, ¡me iría de maravilla! —contesté, más que nada para quitármela de encima.

No, no, ya lo veía claro, debía de ser el inicio de la menopausia.

«No pasa nada —me dije a mí misma—, a tu edad ya no es raro perder la regularidad, ¡será eso, seguro!».

A los cinco minutos cambiaba de opinión y me decía:

«¿Qué va a ser la menopausia? Uf, y ahora quedan al menos diez horas para llegar a Madrid, encontrar una farmacia en el aeropuerto y poderme hacer la prueba de embarazo».

Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda, mierda y mierda.

Llegó la azafata con la tila.

Intenté respirar hondo y relajarme.

No lo habíamos hecho en tantas ocasiones. Bueno, sí, la verdad era que llevábamos una buena media. Sonreí, mientras enrojecía con solo recordarlo.

Pero siempre con preservativo, ¡si hasta Lluc se había encargado de recordármelo!

¡No! ¡No! Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda y mierda.

¡El día de la piscina! ¡Dentro de la piscina no lo habíamos utilizado!

«¡Estoy embarazada!».

La certeza me cayó encima como una losa.

Todo el cansancio y el poco apetito de la semana anterior adquirieron un nuevo significado. Estaba convencida. El test de embarazo que pudiera comprar en Madrid no haría sino confirmar lo que yo ya sabía con certeza.

Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda y mierda.

Creo que esas fueron las diez horas más largas de mi vida.

Cuando llegué a Madrid era muy temprano. Encontré una farmacia en la terminal, pero estaba cerrada, así que me pasé las dos horas siguientes, hasta que abrieron, sentada en un bar que había justo frente a ella.

Como había previsto, el test salió positivo.

«¿Qué haré ahora? ¿Qué haremos ahora?».

Toni y yo casi no llevábamos ni un mes juntos; además, un embarazo a mi edad estaba considerado como embarazo de riesgo.

¡Qué desastre, qué desastre!

Con este nuevo giro de la situación, sí que me podía preparar para que la gente hablase de mí.

Yo, que me había reído a costa de Graciela porque se había quedado embarazada una noche de juerga.

Es que solo vemos la paja en el ojo ajeno...

Alguien podría preguntarse si yo no sabía que existían unas cositas llamadas preservativos...

Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda y mierda.

CAPÍTULO 16

«Qualcú t'espera
en el camí,
no et desesperis,
sóc aquí
[Alguien te espera
en el camino,
no te desesperes,
estoy aquí]»

(Susó Rexach, *Una dona, mil virtuts*)

Sobre las siete de la mañana, Marta me llamó por teléfono.

—¡Buenos días! El avión va con retraso, todavía no sabemos a qué hora saldremos.

«Mecagondiez».

—¡Buenos días! Por cierto, yo también te quiero y te echo mucho de menos, pero creo que podremos esperar unas cuantas horas más para vernos; tú avísame cuando salgas de Madrid y yo iré a recogerte. ¿Qué te pasa? Pareces algo estresada. Bueno, tantas horas de aeropuerto, supongo, ¿no?

—Sí, debe de ser eso —oí que decía a la vez que resoplaba.

—¡Venga, ya no queda nada para que estemos juntos otra vez! Estaré en el aeropuerto esperándote.

—Toni... —empezó a decir. Después de un rato continuó—, yo...

—¿Qué pasa? ¿Ha sucedido algo?

—¡No, no! ¡Da igual! Dentro de un par de horas nos veremos y hablaremos de ello.

¿Debía de estar arrepintiéndose de haberme dicho que me quería? ¿Volvía

a tener dudas sobre nuestra relación? ¿Había sido un pesado repitiendo que la quería y la echaba de menos tantas veces?

Mierda.

—¿Dímelo! ¡No me dejes así!

—Creo que están dando información sobre el vuelo, te llamo en un rato.

Y colgó el teléfono. Y me dejó histérico.

Decidí que, si me iba al trabajo, el tiempo me pasaría más deprisa y sin tantos nervios.

Llegué a la clínica. Enseguida, después de entrar, sin casi darme tiempo de saludar a Isa y a Ruth, la puerta volvió a abrirse y una voz bien conocida dijo:

—¡Buenos días! Ya que te cuesta tanto ponerte al teléfono para hablar conmigo, he decidido venir a verte.

Di la vuelta sobre mí mismo y allí, plantada ante mí, con los brazos en jarras, estaba Cristina.

—¿Qué haces tú aquí? —No pude articular ninguna otra bienvenida.

—¿Hola?, ¿cómo te va? ¿No te parece que hubieses podido encontrar un recibimiento más adecuado, acaso? —dijo enfadada.

—No tengo ganas de tonterías, Cristina, ni te mereces recibimiento alguno.

—¿No podríamos hablar en algún sitio con algo más de privacidad? —preguntó mientras miraba a Isa y a Ruth con cara de asco.

Isa intentó una retirada digna hacia la sala de personal, pero Ruth la sujetó por un brazo para impedirselo al mismo tiempo que miraba a Cristina como si quisiera atravesarla.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, le indiqué el camino hacia mi despacho, mientras le decía a Ruth en un susurro:

—En cinco minutos, como máximo, vienes y me la quitas de encima.

—¿Disimuladamente?

—¡O aunque sea sin disimular! La quiero fuera de mi despacho

—¡De acuerdo!

Entré en el despacho y la encontré sentada en uno de los pequeños sofás que había comprado no hacía mucho. Supongo que quería parecer sofisticada; si la miraba con detenimiento podía ver un cierto cambio en su cara, como si le hubiesen pasado diez años por encima en el transcurso de aquellos cinco meses.

—¡Dime lo que hayas venido a decir y vete, todo el tiempo que estoy cerca de ti es tiempo perdido!

—¡Antes no pensabas lo mismo!

—¡Antes no sabía que te reías de mí a mis espaldas!

Puso cara de pena, como si la invadiese una gran tristeza.

—¡Nunca fue mi intención hacerte daño!

—¡Pues nadie lo diría! —ataqué—. No hace falta que me vengas con historias. Te lo he dicho antes, ¡di a qué vienes y acabemos de una vez!

Desapareció la cara de pena y apareció la de rabia.

—¡Estoy embarazada!

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —dije con calma, elevando las cejas.

—¡Que es tuyo!

Me eché a reír. ¿De verdad? ¿Dónde estaba la cámara oculta?

—¿Mío?

—¡Sí, tuyo! Me gustaría saber de qué te ríes, si puede saberse.

—Y a mí me gustaría saber cómo puede ser mío si hace más de cinco meses que lo dejamos.

—No, ¡no lo dejamos! ¡Tú me dejaste a mí!

—Sí, ¡como para continuar con la relación estaba yo, después de encontrarte en la cama con tu primo!

—¡No era mi primo! —Cristina se había puesto a gritar.

—¡Ya sé que no lo era! —Yo también contesté gritando.

—¡Fue idea suya! ¡Yo no quería!

Mantuve silencio durante unos segundos intentando respirar con

tranquilidad.

—No parecías obligada a nada, ¡yo más bien diría que lo disfrutabas bastante! —dije con la mayor frialdad de la que fui capaz.

—¡Yo lo único que quiero es estar contigo! —dijo mientras se levantaba insinuante—. Cometí una equivocación y por eso he vuelto a buscarte.

Se acercó más y me rodeó el cuello con los brazos. Con dulzura, recorrió mi pelo con los dedos y, antes de que pudiera evitarlo, intentó besarme.

Al mismo tiempo que yo le hacía la cobra, (la esquivaba, en dos palabras), la puerta se abrió de golpe.

En el aeropuerto de Madrid nos hicieron esperar lo que parecieron horas interminables como consecuencia de un problema mecánico, pero en cuanto el problema estuvo solucionado todo fueron prisas y carreras.

No tuve tiempo de llamar para avisar y decir que salía el vuelo y, una vez en Palma, me pareció innecesario esperar en el aeropuerto a que Toni me recogiese, así que cogí un taxi hasta la clínica.

En cuanto entré, Isa y Ruth me hicieron pasar a la sala de personal.

—Chica, vaya mala cara traes, ¡estás hecha un adefesio!

—¡Ay, Ruth! ¡Cuánto te he echado de menos! ¡Eso sí, no me preguntes por qué! —Me reí mientras la abrazaba.

—¡Déjala, a la pobre! A ver qué facha tendrías tú después de tantas horas de aeropuerto —intervino Isa.

—¿Ya sabes el disparate que han preparado para esta noche tus compañeros? —contraatacó Ruth.

—Sí, ya me lo ha dicho Toni.

—¿No te parece que están mal de la cabeza? —insistió.

—Hombre, en parte sí, pero, por otra parte, creo que a Tomeu lo haremos muy feliz. ¿No se lo espera?

—No, su esposa nos ha ayudado muchísimo y él, como no sale de la habitación...

—¡Pobrecito! ¿No será demasiado jaleo?

—¡Para lo que le queda en el convento! —exclamó Ruth, pasándose de la raya cómo de costumbre.

—¡Serás burra! —le recriminó Isa.

—Mira, Isa, de todo esto, lo único que sacaremos en claro será que adelantaremos la hora de su muerte. Si lo piensas, creo que durante el transcurso de una fiesta es donde él elegiría morir.

—¿Tú no estabas en contra? —pregunté.

—Sí, y todavía lo estoy, pero tú intenta enfrentarte a esta panda de delincuentes que tenemos por compañeros de trabajo. El único que me apoyaba era Toni y al final también me ha abandonado.

—¡Toni! —gritó Isa mientras se tapaba la boca con las manos.

—¡Mierda! —exclamó Ruth, dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Qué pasa? —pregunté intranquila.

—Hace dos o tres días que una tía llama sin parar a Toni y él no se quiere poner al teléfono.

—Sí. Cristina, me lo comentó.

—Pues hoy se ha presentado aquí. Debía de estar esperándolo en la calle, porque ha entrado justo detrás de él...

—No te enrolles, Isa, que nos vamos a quedar aquí hasta mañana —la atajó Ruth.

—Bueno, que Toni le ha dicho a Ruth que en cinco minutos entrara en el despacho para ayudarlo a echarla, y de eso hace al menos un cuarto de hora.

—Espera, que ya voy yo —dije, levantándome de la silla.

Me bastaba todo lo que se me había venido encima como para que esa sinvergüenza se presentara de repente para dar por culo. Si hacía falta, la sacaría del despacho agarrándola del pelo.

Ruth se apartó para dejarme pasar mientras decía:

—¡Vaya! ¡La leona ha sacado las zarpas!

Salí disparada hacia el despacho y abrí la puerta sin tocar.

Cuando la vi atacando a Toni mientras él retrocedía me puse a mil por hora.

Ella, en cuanto me vio, sonrió maliciosa y volviéndose hacia él de nuevo, dijo:

—¿Quién es esta? Parece a punto de sufrir una apoplejía.

—Me extraña mucho que sepas siquiera qué significa esa palabra — contesté mientras la miraba con cara de asco.

—¡Huy! ¡Si parece que esté celosa!

Mientras, Toni intentaba quitársela de encima, pero ella lo tenía cogido con fuerza y no le estaba resultando nada fácil.

—¿Celosa? ¡Te equivocas! Sobre todo, siendo tan obvio que lo que Toni quiere es librarse de ti.

—¡Fíjate! La *señora* —dijo remarcando la palabra «señora» para volverla ofensiva— a lo mejor piensa que podría gustarte. ¡Se nota que no se ha mirado en un espejo desde hace varios años! —Y se rio, con una risa falsa, de las que hacen desear pegarle al que las emite.

No sé si estaba a punto de tener una apoplejía o a punto de arañarle la cara, pero lo que tenía claro era que quería hacerle daño, ya fuese físico o psicológico.

—Esta «señora», como tú dices —dije con chulería—, lo hace mucho más feliz de lo que tú lo has hecho nunca y le hace cosas que tú todavía no has tenido ni tiempo de aprender.

Vi cómo a Toni se le descolgaba la mandíbula y bajaba los brazos, alucinado, al oírme.

—Y ya puedes soltarlo —continué— si no te quieres toparte con mi puño en tu cara.

Lo soltó y se encaró conmigo.

—¡Pienso denunciarte por amenazas!

—Denúnciame, pero procura ganar, ¡porque si no, te pondré una contradenuncia por daños y perjuicios de la que no saldrás en la vida!

—¡No sé quién te has creído que eres! —contraatacó ella. Yo no la dejé continuar.

—Soy la que hoy por hoy calienta la cama a Toni, soy la que va a llamar a la policía si sigues asediándolo como lo has hecho los últimos días y soy la que te va a dar una patada en tu precioso culito operado si no sales de aquí antes de que tenga tiempo de contar hasta tres —dije señalando la puerta de la calle con el brazo estirado y una ceja levantada, hablando de forma mesurada, como si a diario amenazara con darle un tortazo a idiotas como ella...

—¡Esto no acabará así! —chilló mientras salía—. ¡Tendréis noticias de mi abogado!

La gente, no mucha ya que era temprano, salió de las consultas para ver qué eran esos gritos y yo enrojecí de ira y vergüenza.

Damiá, que también había salido de su consulta, se dirigió hacia mí y me abrazó.

—¡Nunca te había visto tan enfadada! —me dijo mientras reía—. Recuérdame que no haga nada que pueda ofenderte.

Escondí la cara en su pecho y no dije nada, ya tenía suficiente con intentar no hiperventilar.

—Me siento muy feliz de que estés de nuevo aquí con nosotros —me dijo, hablándole a mi pelo—. La clínica no funciona tan bien cuando tú no estás.

Levanté la vista, su cara era sincera; en ese momento no podía sentir más cariño por él.

Las primeras lágrimas rodaron por mis mejillas y volví a esconder la cara.

Al cabo de pocos segundos noté como me depositaba en otros brazos. En un santiamén, Toni y yo estábamos en su despacho, lejos de miradas curiosas.

—Por favor, a mí también avísame con tiempo cuando pienses liberar a la bestia.

—¡Vaya espectáculo paupérrimo!

Toni se rio.

—¡Mira que te gusta esa palabrita...!

—¡Creo que nunca había perdido los papeles de esta manera! Y todos esos pacientes... ¡Oh, madre mía! Menos mal que Damiá se lo ha tomado a broma.

—A mí me ha encantado que me defendieras con tanta fiereza.

Iba a hablar, pero me lo impidió con un beso tierno, largo, delicioso.

—Y por si te sirve de consuelo, ¡yo he quedado como un imbécil!, ¡he sido incapaz de decir ni media palabra!

Me reí, pero tenía ganas de llorar; eran los nervios, probablemente, así que terminé llorando y riendo al mismo tiempo.

—¡Gracias! —dijo Toni con dulzura mientras con un dedo secaba mis lágrimas.

—¡No hay de qué! ¡Ha sido un placer! —Mi cara debía ser un poema, entre las lágrimas, las horas sin dormir y los nervios a flor de piel.

—Cuando esta mañana has colgado tan de repente, he pensado que volvíamos a tener dificultades, pero después de esta demostración... Está claro que estás loca por mis huesos —dijo riéndose y guiñándome un ojo.

Le di un golpecito en el pecho.

—Veo que a ti también te apetece probar mi puño —lo amenacé. Después cambiando de tono y poniéndome seria añadí—. Todavía tenemos que hablar de un tema muy importante.

Me acalló de nuevo con un beso.

—Lo que sea puede esperar —dijo a continuación—. Ahora, lo primero que haré será llevarte a Can Suau para que puedas dormir un rato antes de que los chicos te monopolicen en cuanto vuelvan del instituto.

—¿Dormir? —pregunté con picardía impostada.

—¡Claro, dormir! ¿Qué piensas de mí?

—Estar tan cerca de ti después de tantos días no me hace pensar en dormir, precisamente.

Noté cómo se ponía duro contra mí.

—¡Y por lo que veo a ti tampoco!

Me besó con ansia, pero paró demasiado pronto para mi gusto.

—¡Vámonos, eso tan importante ya lo hablaremos mañana!

Durante unos segundos había conseguido olvidarlo.

—¡No, imposible! Tenemos que hablar de ello hoy, ahora mismo, antes de salir de aquí.

Vi cómo la cara se le transformaba; no estaba enfadado, estaba chafado, como si diciendo estas palabras yo acabara de interrumpir alguna cosa de mucha importancia.

—Valdrá más que te sientes. —Pero no lo hizo, en cambio, me abrazó.

—¿Qué pasa? Mira que me estás asustando. De todas formas, en pocos días han pasado tantas cosas que no creo que pueda pasar nada que pueda sorprenderme ya.

No sabía cómo decírselo, ni por dónde empezar. Mientras me retorció los dedos dije:

—¿Recuerdas el día de la piscina?

—Sí, claro, ¿cómo podría olvidar una cosa así? —preguntó sonriendo y acercándose aún más a mí.

—No utilizamos protección.

—Tienes razón —afirmó después de pensarlo un poco—. A partir de ahora iremos con más cuidado, si eso es lo que te preocupa.

—¡No, si es que ya no va a ser necesario! —dije en un susurro.

—¿Cómo dices? No te he oído.

—¡Que ya no será necesario! Estoy embarazada.

Entonces sí que se le descolgó la mandíbula. Durante unos segundos pareció que iba a desmayarse. No decía nada, y el tiempo pasaba despacio, los minutos parecían años.

—¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Madre mía! —dijo finalmente.

—Yo he utilizado otra palabra, por cierto, con mucha frecuencia, pero esa también es adecuada.

No podía cerrar la boca, aunque hacía todo lo que podía.

¿Embarazada? ¿Cómo?

Está claro que conocía el proceso. Ese no era el «cómo» que me asaltaba.

Era un «¿cómo ha podido pasar?».

Las probabilidades eran bajísimas, un tanto por ciento ridículo. De todas formas, como suele decir un enfermero amigo mío, aunque las probabilidades sean solo del uno por cien, cuando te toca, se convierten en el cien por cien.

Además, la misma noticia dos veces en un mismo día, proveniente de dos mujeres distintas, me hacía pensar que podía llamar al libro *Guinness de los Récords*. Así como no había creído una sola palabra de lo que había dicho Cristina, creía a Marta con los ojos cerrados.

¿Qué haríamos? ¿Qué quería hacer ella? ¿Y yo?

—¿Lo dices en serio? —dije al fin.

—¡Y tan en serio! Me di cuenta dentro del avión y un test lo ha confirmado en el aeropuerto de Madrid.

—¿Por eso estabas tan alterada esta mañana?

—Sobre todo porque no sabía cómo decírtelo, cómo te lo tomarías...

«Yo, ¡yo lo quiero tener! —me dije—. Claro que la última palabra será la suya. Pero de la misma manera que quiero estar con ella a cada instante, así quiero ya a esta criatura».

Aquel pensamiento iba transformándose en certeza indiscutible desde el mismo momento en que las frases se formulaban en mi cabeza.

Marta me miraba sin decir nada. De repente, se sentó; las lágrimas brillaban en sus ojos.

Me arrodillé delante de ella.

—¡Eh! ¿Qué pasa?

—¡Es que todavía no sé qué piensas y esta incertidumbre me está matando! —Estaba a punto de ponerse a llorar de nuevo—. Te has quedado con la boca abierta, sin decir nada y soy incapaz de adivinar qué tienes en esa cabecita. ¡Hace muy poco que salimos como para entenderte sin que me

hables!

—¡Si ahora mismo he de tener un hijo, con la única persona del mundo con quien quisiera tenerlo es contigo! —le dije mirándola a los ojos—. Pero reconocerás que la noticia ha sido algo... súbita, por decirlo de alguna manera.

—¡Y tan súbita! Esto no entraba para nada en mis planes.

—No todo lo que hacemos va a estar programado al milímetro, ¿no?

—Pero es que esto se pasa de unos cuantos palmos, no un milímetro...

—¿Quieres decir que no deseas tenerlo?

—¡Yo no he dicho eso! —contestó algo alterada—. ¿Tú no quieres tenerlo?

—Ni se me pasa por la cabeza el no tenerlo. Seguramente me he explicado fatal. —Mirándola a los ojos, le dije—: Nada me gustaría más que tener un hijo contigo. Compartir cada momento de mi vida contigo y con ella.

—¿Cómo «ella»? No sabemos si será una niña —dijo Marta riéndose y llorando al mismo tiempo.

—¡Sí, lo será!, y Lluc la protegerá como un león y Clara jugará con ella como si fuera una muñeca y la mimará muchísimo.

Yo seguía hablando, como si una riada de palabras se hubiese apropiado de mí y quisieran salir de mi boca todas al mismo tiempo.

Marta me miraba con ternura infinita y me apretaba con fuerza las manos.

—¡Y el próximo, un niño!

Se alejó un poco y me miró con los ojos muy abiertos.

—No me mires así; en principio, este tampoco entraba en los planes y mira...

—¿Pero tú no te das cuenta de que yo soy demasiado mayor para volver a empezar? Además, tenemos que tener en cuenta que este ya va a ser un embarazo de riesgo.

—¡Con lo que no tienes que empezar de nuevo es con eso! —Abrió la boca para contestar, pero no la dejé hablar—. Mi madre tenía tu edad cuando

nací yo ¡y creo que no he salido tan mal!

—Puede ser, ¡pero tú viniste de rebote!

La miré con cara de interrogante, pero como no me entendía le dije:

—¡De rebote también vale! ¡Y para rebote, lo que nos viene a nosotros!

Se rio nerviosa, dándose cuenta del disparate que había dicho.

—¡No sé ni lo que me digo!

—¡Además, puede ser que tú seas mayor, pero yo no lo soy!

—¡Eh! ¡Cuidado con lo que dices! —dijo señalándome con un dedo.

Yo también me reí.

—La última palabra es la tuya —dije poniéndome serio—. Yo te apoyaré en lo que tú decidas, ya te he dicho lo que pienso.

—¡Uf! Maria y Blai se llevarán un disgusto de perderte como inquilino, pero creo que lo mejor será que vengas a vivir a casa si tienes que empezar a hacer de padre...

La estreché con fuerza entre mis brazos y empecé a besarle cada milímetro de la cara con besos rápidos mientras ella reía, feliz.

Sí, era verdad que hacía poco que estábamos juntos; sí, también era verdad que sería un embarazo de riesgo, pero no era menos cierto que estaba ilusionado y, al mismo tiempo, convencido de que todo saldría bien.

Llegamos a Can Suau sobre las doce; teníamos tres horas hasta que los niños salieran de clase.

Toni tenía una sonrisa dibujada en la cara que me producía una sensación tan agradable que no quería que se le borrara jamás.

Lo primero que hizo después de traspasar el portal fue atraparme entre sus brazos y empezó a besarme como si el mundo se terminase al día siguiente.

Sin despegar sus labios de los míos, me sacó la camiseta (todavía no me explico cómo realizó tal truco de magia) y mandó mis vaqueros piernas abajo.

Yo todavía no había tenido tiempo de entrar en la partida y él ya me tenía

casi desnuda.

Pasó sus manos con suavidad por mis nalgas y, metiendo los pulgares en la cinturilla de mis braguitas, fue bajándomelas mientras se arrodillaba ante mí.

Las piernas me temblaban, tuve el tiempo justo para apoyarme en una butaca que estaba allí, en la entrada, junto a la puerta. Toni no me dejó sentarme, me lo impidió mientras su lengua dibujaba círculos cada vez más cerrados alrededor de mí clítoris.

Me sujetaba mientras mis piernas cedían y cuando llegó al punto crítico de mi excitación, cogió el botón caliente entre los dientes, haciéndome sentir a punto de convulsionar de placer.

No le quedó más remedio que dejar que me sentara porque las piernas habían perdido la fuerza; me sentó en el borde de la butaca, abriéndomelas al máximo. Me sentía expuesta mientras él me miraba con avidez.

Puso uno de sus dedos calientes sobre mi abdomen y fue bajándolo hacia mi sexo sin dejar de mirarme a los ojos.

Empecé a respirar de manera irregular. La excitación casi me hacía perder el sentido y en cuanto aquel dedo viajero entró en mi interior, la sensación fue tan impactante que mis caderas se adelantaron en busca de una penetración más profunda.

Cuando Toni se dio cuenta de lo que yo hacía, cogió aire entre los dientes y eso enardeció todavía más mi sangre, se acercó a mí y me besó en la boca con ferocidad. Después de aquel beso intenso se concentró de nuevo en mi sexo, que lo esperaba ansioso.

Empezó con pequeños toques de la lengua, alargando cada vez más el contacto, hasta que aquellos primeros toques se convirtieron en paseos de la lengua por todo mi interior; mientras, movía el dedo en círculos, lo sacaba y volvía a introducirlo una y otra vez.

Al poco tiempo empecé a caer en espiral hacia un orgasmo tan esperado, tan deseado, que la liberación fue como una explosión de gozo.

Después de eso, Toni me cogió en brazos y me llevó a la cama, donde

perdimos la cuenta de las veces que el cuerpo del otro se conmocionó de placer.

A las tres en punto llegamos a la casa de Marta. Los chicos llegaron al mismo tiempo que nosotros. Los padres de Marta estaban esperándonos para comer.

La mesa estaba puesta. La madre de Marta había cocinado sopas mallorquinas; a Marta le gustaban mucho y quería darle así la bienvenida.

En cuanto puso un pie en la cocina y olió lo que su madre estaba preparando, Marta salió disparada hacia el baño y yo lo hice tras ella, pero me dejó fuera con un portazo. La escuché vomitar, impotente.

—¡Venga, no seas tonta, abre! No serás la primera persona a la que vea vomitar. Soy médico, ¿recuerdas? —dije procurando que no se me oyera desde la cocina.

—¡Vete! No es nada, además, si tú eres médico, yo soy enfermera y no necesito a nadie para compartir este momento tan agradable.

—Si crees que solo quiero compartir contigo los mejores momentos de todo esto, estás equivocada, tendrás que compartirlo todo.

—No te preocupes —dijo mientras abría—, habrá mucho que compartir, y esto no será lo peor. Los cambios de humor y las subidas y bajadas de hormonas también son *guays*.

Me acerqué a ella para besarla y se alejó de mí.

Levantó una ceja.

—¿En serio piensas que es buena idea darme un beso ahora, por mucho que me haya lavado los dientes?

—¡Qué romántica eres! —le dije mientras la cogía por la cintura.

De nuevo en la cocina, todos nos miraron con cara rara, pero cuando Marta salió de nuevo en dirección al cuarto de baño, su madre me miró con suspicacia y salió tras ella.

—Debe de ser el *jet lag* —dijo Clara, y Lluç la miró como si no se

estuviese enterando de nada—, si no, no lo entiendo, estas sopas huelen tan bien. ¡Mmmm!

—Creo que vuestra madre no podrá comer, dice que alguna cosa que ha tomado en el avión le ha sentado mal y que ahora el olor a comida le da asco —dijo la madre de Marta cuando regresó—. Aunque, si lo pienso con detenimiento, solo recuerdo dos temporadas más durante las que las sopas le dieran asco...

Yo me puse rojo como un tomate y la madre de Marta hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, como si el hecho de que yo me avergonzase fuera todo lo que ella necesitaba para confirmar sus sospechas.

—¡Si casi no hemos podido ni saludarla! —dijo Lluc.

—Bueno, pues come y después vas a verla, que si no comemos ya, se nos va a juntar la comida con la cena.

Los chicos estuvieron hablando de sus cosas durante todo el tiempo de la comida: del instituto, de los entrenos; mientras, yo no podía tener el culo quieto en la silla debido a los nervios, que me carcomían.

Lo más seguro era que después del fracaso que habíamos tenido con Clara por haber intentado ocultarle nuestra relación, Marta quisiera contarles a sus hijos que estaba embarazada. Solo con pensarlo yo tenía un peso en el estómago que no me dejaba ni pensar en comer.

—Con uno de los dos que no coma, es suficiente —dijo la madre de Marta, retirando mi plato, que estaba casi intacto—. Con lo ricas que me han salido estas sopas... ¡Mira que tenerlas que tirar!

—Y ¿por qué vas a tenerlas que tirar, mujer? —dijo su marido—. ¡Si están buenísimas!

—Porque si no las tiro, tu hija no podrá entrar en la cocina en toda la semana, o quizás hasta dentro de nueve meses —dijo la mujer, picada.

A mí el estómago se me cayó a los pies cuando la cabeza de Lluc se giró en mi dirección de forma automática, mirándome interrogante.

Nos levantamos de la mesa sin comer ni el postre. Los chicos y yo nos

dirigimos a la habitación de Marta.

La encontramos a oscuras, sobre la cama, intentando no moverse demasiado, con una mano sobre el abdomen y los ojos cerrados.

Clara se sentó a su lado y le puso una mano sobre la frente.

—No estás caliente, no creo que tengas fiebre.

—No, no tengo fiebre. Lo que tengo es distinto. Creo que tendríamos que hablar.

Lluc también se acercó a ella y la besó.

—¿Ha sido duro el vuelo? —preguntó, como si quisiera evitar un tema que todavía no quería afrontar.

—Más vale que tú también te sientes —dije, poniéndole una mano en el hombro.

Obedeció, poniendo la cabeza entre las manos como si esperase recibir la peor noticia del mundo.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó Clara con una voz que empezaba a ser preocupada.

Ella le cogió una mano y miró en mi dirección.

Como no cogiéramos el toro por los cuernos, aquello se iba a convertir en un malentendido bestial.

—Tu madre está bien, o al menos no tiene nada grave o que no tenga remedio.

Nos quedamos todos en silencio de nuevo hasta que, al fin, Lluc levantó la cabeza:

—¿Pensáis decirlo o qué? La intriga no es sana, ¿lo sabíais?

Marta suspiró con fuerza, como si intentara decidir la manera más fácil de decir una cosa tan complicada.

—Esperamos un bebé —dije sin querer pensar más en la mejor manera de decirlo.

—¿Un bebé? —preguntó Clara, todavía despistada.

—¿Mamá? ¿Toni está intentando decir que estáis embarazados?

Clara se tapó la boca con las manos.

—¡Sí, eso es lo que intenta decir!

—Bueno, la que está embarazada es ella, ¡aunque yo asumo mi parte de responsabilidad!

—¿Acaso no sabéis que para evitar esta situación es por lo que la gente utiliza los preservativos? ¡Mira que ya lo habíamos hablado! —exclamó Lluç burlándose de nosotros y sonriendo ante la idea de ser un hermano tan mayor.

Marta soltó el aire que retenía en los pulmones mientras Clara la abrazaba con fuerza.

—¡Mamá, qué bien! Una hermanita para mí...

—¡Todavía no sabemos si va a ser una niña...! —dijo Marta como si ya lo hubiese repetido millones de veces.

Nos miramos sonriendo, lo más difícil ya estaba hecho. Al menos, de todo lo que podíamos hacer en esos momentos.

CAPÍTULO 17

«Serà una gran festa
no em diguis que no
no inventis excuses
que ens coneixem prou
[Serà una gran festa
no me digas que no
no inventes excusas
que nos conecemos muy bien]»
(Els Pets, *Vine a la festa*)

Nos despedimos de los chicos para salir hacia la fiesta.

Se habían pasado toda la tarde buscando nombres para su hermana (si la criatura al final resultaba ser un niño, yo me iba a partir de risa, ¿por qué estaban todos convencidos de que sería una niña?).

Estaba muy nerviosa, no sabía muy bien por qué, pero Isa y Damiá no habían conseguido que me entusiasmara con la idea de aquella fiesta.

Toni también parecía absorto en algo, permanecía callado, como yo.

—¿En qué piensas? —le pregunté, intentando romper el silencio.

Él se rio flojito y me puso una mano sobre la pierna desnuda bajo el fino vestido de verano.

—Pensaba en el giro que ha dado mi vida en menos de medio año. En la suerte que he tenido y en que estás preciosa.

—¿Pensabas todo eso al mismo tiempo?

—Todo eso y que todavía no sé cómo comportarme en la maldita fiesta.

—¡Uf! ¡A mí también me tiene muy nerviosa ese tema! Creo que hasta que no lleguemos no podremos hacernos una idea de cómo actuar.

Veinte minutos más tarde aparcábamos muy cerca de casa de Tomeu. Con solo bajar del coche oímos una música suave que salía de la casa.

La puerta estaba abierta y dentro diferentes grupos de personas hablaban y reían. Todo era muy civilizado. La música no estaba alta y la gente hablaba bajito.

La mujer de Tomeu salió a recibirnos. Tenía los ojos líquidos, como si las lágrimas luchasen por salir, pero ella las estuviera manteniendo a raya.

Me abrazó con fuerza y después nos hizo pasar.

Habían decorado la casa, no demasiado; todo lo habían escogido en tonos blancos, el conjunto transmitía una agradable sensación de paz. También habían colocado dos mesas, una con comida y otra con bebida, donde predominaba por sobre todas las demás el cava.

Entramos en la habitación donde Tomeu estaba tumbado en la cama (su mujer nos había dicho que no se había podido levantar ni para sentarse en la silla).

Damiá estaba de pie a la izquierda de la cama; a su lado, Brígida, sentada en una butaca con brazos de madera, nos saludó con una sonrisa; en la otra parte, Isa estaba sobre la cama y Ruth, en el suelo, apoyada en la pared.

Cuando Tomeu me vio alargó los brazos en un gesto cargado de alegría, aunque no de vitalidad. Me miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Los únicos que me faltaban para hacer de esta una de las mejores noches de mi vida!

—¡No podrás quejarte! —exclamó Damiá—. ¡Ha regresado de México a punto para la fiesta!

Isa se levantó y me dejó su sitio al lado del homenajead.

Le cogí las manos y lo besé, controlando las lágrimas a la fuerza.

—Os habéis perdido el «¡sorpresa!» —dijo Brígida.

—¡Sí! Os habéis perdido cómo casi me mandan al otro barrio dos o tres días antes de hora con el susto que me han dado —dijo Tomeu, riéndose a medias.

—¡Vaya! ¡Ahora le ha dado por el humor negro! —dijo Ruth, que había hecho sentar a Isa en el suelo, entre sus piernas.

—Yo, si es humor, no me importa si es negro como, si es amarillo o si es rojo. Además, con el «colocón» que llevo, no sé ni lo que digo. —Después, mirándome dijo añadió—: Como dice Groucho Marx: «¡Perdone que no me levante!»

Le di un golpecito en el brazo al tiempo que me reía.

Damiá y Brígida se fueron hacia la sala arrastrando con ellos a Toni, dejándonos a Tomeu y a mí solos. Era la temida hora del adiós.

Él parecía muy cansado pero contento. Tenía una sonrisa beatífica, de paz.

Yo no podía, ni quería, soltarle las manos.

La cama estaba girada hacia la puerta de manera que estando en ella podía ver a la gente que llegaba sin moverse demasiado.

—No te puedes hacer una idea de la alegría que me habéis dado —me dijo al oído—. Poder despedirme de todos es genial.

—¡Ay, Tomeu! ¡Cuánto te voy a echar de menos! —contesté, ya sin poderme controlar y enterrando la cara en su pecho.

Él me acarició el pelo.

—¡No tanto como yo a ti! —me dijo con suavidad—. ¡Qué le vamos a hacer! Me esperan en otra fiesta a la que no puedo faltar.

Me había puesto a llorar y no creí poder parar nunca más.

—¡No llores más mujer, que en tu estado no es bueno!

—¿Qué estado? —levanté la cabeza espantada.

—¡Si tienes una cara de embarazada que no te aguantas!

—¡Madre mía, vaya ojo más fino tienes! ¡Si todavía no lo saben más que Toni y los chicos!

—No te preocupes, ¡me llevaré tu secreto a la tumba! —dijo mientras levantaba la mano derecha.

—¡No seas animal! Estas bromas no hacen ninguna gracia.

—¿Podrías concederme un último deseo?

—¡Claro que sí! ¿Qué quieres que haga?

—¿Le pondrás Julia? Me hubiese gustado mucho tener una hija que se llamara Julia.

—De acuerdo, pero si es niño se llamará Tomeu.

—¡Es que será una niña!

—¿Puede saberse qué puñetas os ha dado a todos con eso de que será una niña?

Estuvimos un buen rato sentados, mirando cómo la gente hablaba y reía; al final, todo el mundo empezó a marcharse.

Nosotros fuimos los últimos. Toni me cogía fuerte de la mano mientras yo pensaba en la vida que teníamos por delante.

Todo lo que se nos venía encima parecía muy pesado, pero tenía unas ganas inmensas de disfrutar de cada instante, intentando no dejar nada para mañana porque, al final, el equipaje que nos llevamos no son más que los pequeños momentos que la mayoría de las veces dejamos pasar sin prestarles la atención suficiente.

EPÍLOGO

*Jo estaré amb tu per sempre més
així que tanca els ulls
tanca els ulls
tanca els ulls
i dorm.*

[Yo estaré contigo para siempre
así que cierra los ojos
cierra los ojos
cierra los ojos
y duerme]

Sau, Tanca els ulls

Han pasado siete años desde que Toni y yo decidimos que queríamos seguir adelante con toda esta locura.

No todo ha salido como esperábamos, los inicios fueron un tanto idílicos, estábamos muy enamorados, la relación empezaba y todo era maravilloso; en dos palabras, amor y alegría.

Con todo y con eso, cuando llegó Julia (sí, todos tuvieron razón y fue niña), las cosas se complicaron un poco; aparte de dos adolescentes en casa, había un recién nacido. La niña resultó ser llorona y dormía muy poco. Al principio, a todos les hacía mucha gracia, pero después de tres meses de no dormir todos estábamos bastante irritables, por decirlo de manera agradable...

Y... debéis estar preguntándoos si la maternidad después de los cuarenta es tan terrible.

A lo mejor terrible no es la palabra más adecuada. Yo me sentía mucho más cansada que quince años atrás, cuando había tenido a Lluç y a Clara,

pero Toni lo compensaba de sobra con su ilusión y sus ganas de hacer cosas.

Los chicos estaban felices con el cambio y yo me sentía más joven, y no solo por poderme pasear de la mano de un pedazo de hombre de treinta y pocos años... La niña me había rejuvenecido a su vez. Ir con ella por el mundo hacía que descubriésemos las cosas de nuevo juntas, y esta sensación era ya, de por sí, maravillosa. Pasar una hora mirándola contemplar con intriga el ir y venir de las olas puede parecer aburrido, pero no lo era, porque me hacía sentir como si yo también lo viera por primera vez, aunque a través de sus ojos.

De todas formas, no todo fue tan maravilloso, no era igual pasar una noche sin dormir a los veinticinco que a los cuarenta y cinco, pero creo que para comprobar eso tampoco hace falta ser madre añosa.

Hay muchas cosas que ahora me estresan y que antes no lo hacían y también me preocupo más por cosas que antes no me preocupaban para nada. Supongo que eso no son más que manías que van adquiriéndose con la edad.

Toni ha resultado ser el mejor padre del mundo y no solo para Julia, sino también para Lluc y Clara, que le adoran.

Hace unos cuatro años le ofrecieron ser socio de la clínica y, después de consultarlo con todos nosotros, aceptó. Le encanta el trabajo, le encanta la vida y le encanta yo (esto último es lo que más me gusta, para qué negarlo), y cuando lo dice, se nota que lo dice de corazón.

De Cristina no supimos nada más; nunca ha vuelto a dar señales de vida, ni ella, ni su abogado. Toni piensa que debió encontrar a otro gilipollas del que aprovecharse y que, en el fondo, hemos tenido suerte.

David está felizmente casado con Graciela, y ya van por el quinto hijo. Parece que están muy bien, por lo que él cuenta. Yo estoy convencida de que a ella todavía nadie le ha explicado lo que es un preservativo; digo a ella porque David antes lo sabía, no sé si por el camino lo habrá olvidado...

Los niños, bueno, ya no debería llamarles niños, aunque para mí lo serán siempre, ya viven su propia vida como quien dice...

Lluc quiere ser médico y está en Barcelona; dice que estudia, de hecho,

saca buenas notas, aunque también sale y disfruta mucho de lo que le ofrece la ciudad, que es lo que debe hacerse a su edad. Sigue cambiando de novia como quien cambia de calzoncillos, pero desde que le pedimos por favor que no las trajera a casa, no hemos conocido a ninguna otra. Es que en cuanto nos acostubrábamos a una, la cambiaba y ya estábamos hartos de tener que despedirnos tan a menudo de chicas tan majas.

Clara ha visitado varias veces a su padre y a sus hermanos, de hecho, estuvo a punto de ir a trabajar a Cancún una temporada, pero lo pensó mejor después de que naciera el quinto de sus hermanos. Estudia Turismo y vive con nosotros. No ha habido manera de convencerla de que se fuera a vivir a Palma a un piso de estudiantes, prefiere hacer el viaje todos los días. Aunque nosotros lo recordemos como una de las mejores épocas de nuestras vidas, ella ni siquiera ha querido intentarlo.

Como predijo Toni, mima a su hermana, la viste como a una princesa y a nosotros no nos deja ni opinar. Dice que a ella siempre la obligué a vestir como a un chico y que por eso se está resarcendo con la niña.

Por descontado, ella y Caterina siguen siendo inseparables, con el añadido de Teresa, que desde que se conocieron aquel sábado tampoco se ha separado de ellas.

Creemos que sale con uno de los mellizos, pero como todo el día entran y salen de la casa no nos aclaramos y ella tampoco nos facilita mucha información que digamos... Pienso que así es como deben ser las cosas, aunque a veces me dan ganas de sacar a relucir la escena que nos montó a Toni y a mí cuando empezábamos a salir juntos.

En cuanto a la carta que Toni me escribió cuando partí hacia México, y que había colocado en la bolsa de mano, la olvidé por completo cuando me di cuenta de que estaba embarazada. Cuando me acordé de ella, había desaparecido.

Toni dice que él no tiene nada que ver con tal desaparición; lo que es yo, no me lo acabo de creer.

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas a las que debo agradecer que hayan leído lo que empezó como un entretenimiento y que, al final, se convirtió en la novela que tenéis en las manos.

No obstante, quiero agradecerlo especialmente a Amadeo Corbí, que fue la primera persona que leyó lo que todavía era un proyecto. Me animó muchísimo a que acabara de escribirlo y, sobre todo, me dijo que se había reído mucho y a mí —aunque creciera oyendo a mi abuelo decir que «es mejor reír a que se rían de ti»— me encanta que la gente se ría conmigo.

Pero, sobre todo, debo agradecer a Jeroni Vidal (mi Toni particular), su apoyo, su amor y toda la ayuda y paciencia que me brinda a diario y sin la cual está claro que no podría haber dedicado tanto tiempo de mi vida a sentarme delante del ordenador para escribir todo esto. Me reitero en lo dicho: los de Sopa de Cabra se equivocaban, yo sí encontré *al meu princep blau*.

También quiero agradecer el esfuerzo que han hecho todos lo que han perdido su valiosísimo tiempo leyendo lo que había escrito y animándome. Me habéis ayudado a perseverar para que mi sueño se convirtiera en realidad. Este libro también es vuestro.

Si te ha gustado

Te quiero, Marta

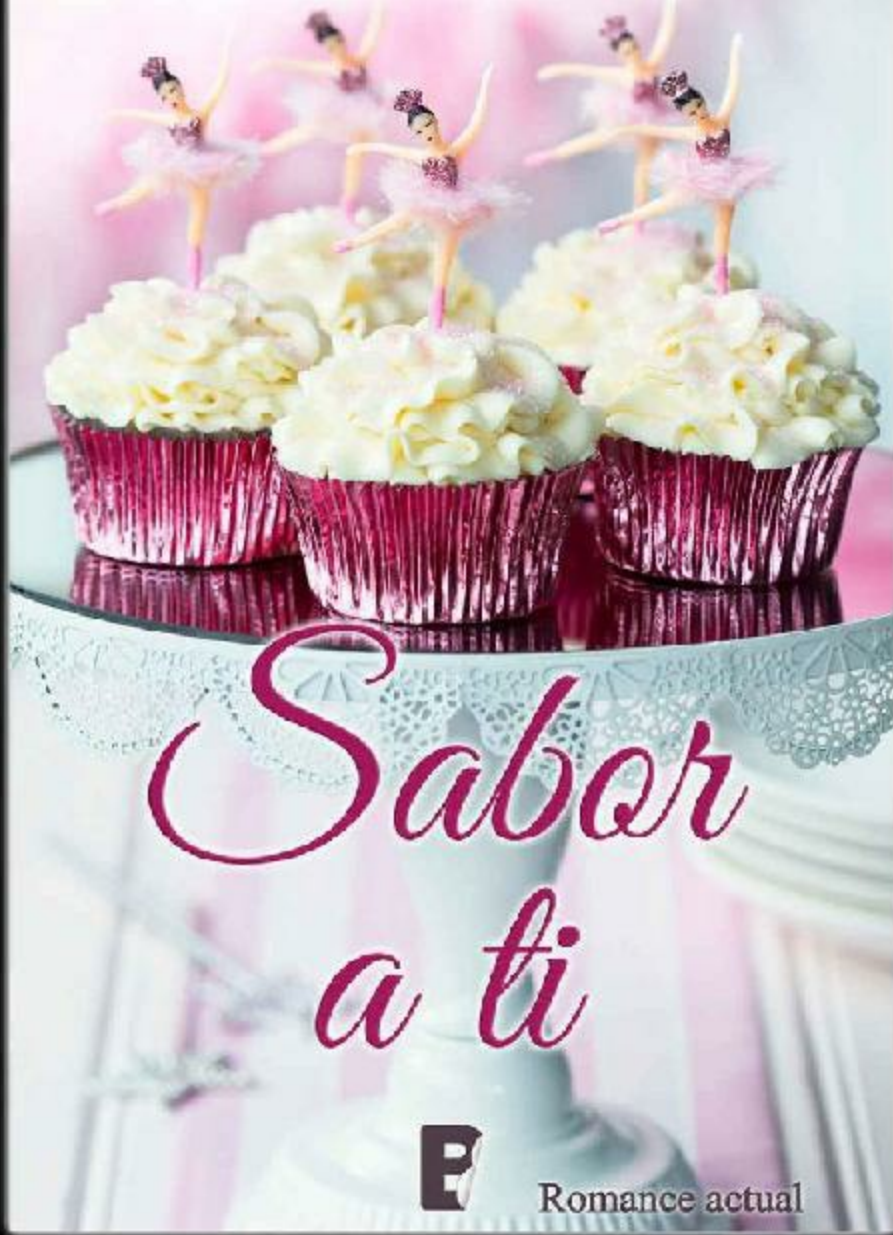
te recomendamos comenzar a leer

Sabor a ti

de Dacar Santana

Selección RNR

DACAR SANTANA



PRÓLOGO

18 de septiembre de 1998

Querido diario:

Hoy estoy contenta. He descubierto qué quiero ser cuando sea mayor: esposa perfecta y *prima ballerina*. Tendré un marido que me adore. A poder ser, un dentista (que mi madre dice que ganan una fortuna...). No querrá separarse de mí en ningún momento, acompañándome en las giras con la compañía y trabajando, mientras, como voluntario con los pobres (ellos también se merecen tener unos dientes sanos). Tendremos seis hijos, tres niños y tres niñas, a los que malcriaremos sin parar.

Le cocinaré y lo mimaré con dulces muchísimo más ricos que los que hace el tonto presumido de mi hermano, y no querrá dejarme nunca. ¡¡Seremos taaaan felices!! Todas mis amigas se morirán de envidia.

Marzo de 2015

La vida es un asco. Todo me sale mal... Creía que a estas alturas ya sería conocida mundialmente como bailarina, pero mi lesión de rodilla lo impidió; estaba convencida de que estaría casada y con, como mínimo, dos niños sueltos en el mundo, pero nada. Aquí estoy, sin poder bailar profesionalmente, más sola que la una y sin un hombre a la vista.

Para colmo, el cerdo de mi hermano sigue sin dejarme vender mis dulces ni mis propios postres en la *pasticeria*. «No son italianos, Tazia», me dice con su tono de voz prepotente.

¿Acaso no se da cuenta de que si el que los hace es un italiano se convierten en ítalos al instante? Corto de miras... hombre irritante.

Pero ¿sabes qué es lo peor? Saber que si mis padres estuvieran en España, le darían la razón al perfecto de Cosimo.

Tal vez sea hora de que deje el negocio familiar y busque algo por mí misma.